

TIERRA DE HECHICEROS

Lupita Arciga



**Tierra de hechiceros**

**Lupita Arciga**

# Capítulo 1

MEYCROW

Al huir, un hombre joven tropieza con una piedra en su camino y cae de bruces sobre la fresca hierba. De su mano escapa una dorada moneda que en el acto recupera para continuar corriendo. El día aún es joven. El cielo encima de su cabeza resplandece en un hermoso azul, limpio de nubes. Mira con apremio sobre su hombro y nota que quien lo persigue no cesa en su deseo de atraparlo y partirlo en dos, como lo amenazara. Sin detenerse orienta sus sentidos. Hinchaba el pecho de aire, con el rostro iluminado, lleno de vitalidad como ese hermoso bosque que lo rodea. Esquiva troncos de árboles, salta con agilidad sobre rocas de mediano tamaño; setos de frutilla, en los que enanos trabajan recolectando. Uno lo riñe molesto: le ha tumbado de la cabeza el sombrero de paja, pero el joven no lo atiende. Si contara con el tiempo necesario, tal vez se detuviera y disculpara con él, pero no puede hacerlo. Luego, escuchan la pesada carrera tras él y se lanzan fuera de su camino. A su paso, el gigante que es para ellos maltrata los setos. Lo miran azorados; saben que, si logra atrapar al muchacho, éste no volverá a ver la luz del día.

Un tanto agotado, el joven se oculta tras el grueso tronco de un árbol. Mientras recupera aliento, observa maravillado la dorada moneda, en la que aparece la figura de un cisne con las alas abiertas, aunque duda que sea para emprender el vuelo. La muerde verificando es oro real y, al escuchar el rabioso gruñido de su perseguidor, reanuda su loca carrera. No es momento de soñar despierto ni hacer planes con lo que obtendrá de aquella moneda. Una colina plagada de hierba le ofrece la oportunidad de barrerse por ella con rapidez. Su cabello por debajo de los hombros se sacude como las ramas del sauce ante una brisa mañanera. Abajo, sus pies golpean una vara larga y de buen grosor que le gusta para pelear en un futuro. La toma al tiempo que, desde lo alto, un hombre de aspecto fornido grita con rabia: "¡Ladrón!".

Al verlo descender con decisión, el joven sigue corriendo. Pulsa la vara en sus manos: parece fuerte, resistente. No duda usarla como pértiga y así avanzar más, dejando atrás al hombre de extraña apariencia.

—El río —sonríe avistándolo unos metros adelante, sin detenerse.

Clava la vara en la orilla húmeda, impulsándose hasta una gran piedra en medio del cauce.

—¡Wow! —grita victorioso, retando a su perseguidor.

Éste llega al margen, pero no entra al río. Una fuerza extraña lo repele, lo obliga a contenerse. Los ojos amarillos resplandecen con coraje; aprieta las grandes manos, como retorciendo en ellas el cuello del joven. Éste lo invita a seguirlo, pero sabe bien que no va a hacerlo. Con una mano en alto se despide y sigue su camino, con aire ufano, hacia la ciudad portuaria de Xidon.

Su hogar es uno de los últimos y más humildes. No hay nadie a esas horas. Su hermana mayor, Edwina tiene un puesto en el mercado y aún no vuelve. Su cuñado Tom se emplea en todo lo que le ofrecen: cargador, jardinero, porquerizo y cuando no está trabajando recorre la playa en busca de conchas, caracoles y cuanto el mar arrastra, para que su mujer haga adornos con ellos. Él, Edrik no tiene un oficio específico. Él ama recorrer de Norte a Sur y Este a Oeste el puerto y sus alrededores, descubriendo nuevos senderos y buscando el soñado tesoro que termine con su pobreza y la de los suyos.

Su habitación es la incómoda buhardilla, por la que tiene que moverse encorvado. Deja su bastón en un rincón, al igual que la ropa; apesta demasiado ya. Se cambia rápidamente, saliendo de nuevo. La noche ha caído de lleno en Xidon. A lo lejos, en el horizonte de la bahía, se extinguen los últimos destellos del sol. Se oculta de inmediato en un callejón al escuchar voces que discuten.

—¡Es que no es posible, Tom! —la mujer protesta— Son casi cuatro días sin saber de él. ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Con quién?

—Ya sabes cómo es —replica el varón—. A Edrik le atrae la aventura.

—Me preocupa...

—Y yo creo que exageras, mujer.

—Tengo miedo por él...

Las voces se apagan lentamente al ir alejándose. Edrik deja el callejón y los ve perdiéndose al fondo de la calle empedrada. Mueve la cabeza negativamente preguntándose por qué su hermana y todas las mujeres son tan preocupadas. Retoma sus pasos, dirigiéndose a la taberna de Sholz. Tiene tiempo de no pararse en ella y siente que esa noche es una buena idea visitarla.

## Capítulo 2

Hay música alegre de tambores y flautas cuando entra al local. Mujeres de amplios escotes sirven vino aquí y allá, además de ser deliciosa compañía de parroquianos y hombres de paso. Al fondo del tugurio ve a Sholz, llenando jarras con exquisito licor. No pierde de vista sus pasos, acercándose al gran mostrador. Reconoce que es un joven con cierto garbo, a pesar de su humilde origen. La sonrisa que luce en el tostado rostro lo invita estar alerta.

—Sholz —lo saluda con zalamería al estar ante él.

—Si no muestras primero tu dinero, no te serviré nada —replica el hombre con tono grave.

—Dinero —sonríe con cierta picardía—. Traigo más que suficiente conmigo, Sholz.

—Quiero verlo.

Sin borrar su sonrisa, el joven busca en su bolsillo y toma en su mano, envolviéndola bien en ella, su preciada moneda. La azota fuerte contra el mostrador, de manera que atrae la atención de todos. Luego, despega su mano de ella, dejándola ver muy lentamente. El tabernero casi tira el vino al ver la rutilante moneda. La toma rápidamente, con una expresión de fascinación en el rostro. Dándole la espalda al joven la examina concienzudamente para al final morderla entre sus manchados dientes.

—¿De dónde la sacaste? —inquire sirviéndole en uno de sus mejores tarros.

—Por ahí en el bosque —responde con cierta fanfarronería, pero igual nota la agitación del sujeto.

—Nunca vi nada igual.

—¿Qué tal si me das por ella no solo una vasija de vino? También una pieza de jamón y otra de pan.

—Claro que sí, muchacho —no duda—. Lo que quieras.

—Queso. Dicen que tienes el mejor de todo Xidon. Y... ¿dos botellas de vino de tu cava personal? Envíalos a casa de mi hermana, ¿quieres?

—Lo haré.

—Tal vez haya más como esas.

—Sí, sí... —continúa, encantado con la pieza.

Edrik va a una mesa para disfrutar su vino. Sholz por su parte, deja a su hijo a cargo y sale de inmediato. Se pierde a paso veloz en la oscuridad de la calle, con la moneda bien apretada en su puño.

## Capítulo 3

Mar adentro, en un barco de nombre El Luna, el profesor Certar, hombre estudioso y de variados conocimientos sale a cubierta para admirar el plano estrellado de esa noche. Sin embargo, el lienzo permanece oscuro, invadido por oscuros nubarrones. Decepcionado se apresta a regresar a su camarote, pero aquella figura inclinada en la batayola se le hace familiar. El vestido y el morral que cuelga hacia su costado derecho le recuerdan quién es.

—Veka —casi corre en su auxilio.

La sujeta con suavidad por el talle, ayudándola a enderezarse. La rescata de lo que imagina peligro inminente.

—Padre, ¿qué haces? —replica la muchacha.

—Ibas a caer...

—¡No...!

—¿Volvías el estómago?

—No, padre. Veía a una sirena y un tritón.

—¿Qué? —se asoma también, pero sólo ve las olas golpeando el casco.

—Se fueron —reprocha molesta y vuelve a bajo seguida por el hombre.

Apenas entrar a su compartimiento de su morral saca un legajo de hojas en blanco y con un trozo de carboncillo comienza a dibujar con destreza. Su padre se sienta a su lado para ver su trabajo.

—Que interesante —expone después de admirar embelesado como los trazos le desvelaban a los protagonistas—. ¿Realmente llevan el torso desnudo?

—Y firme como las montañas.

—Él no luce muy feliz.

—Porque me descubriste y creo que no le pareció que los estuviera

observando.

—¿Y qué hacían?

—Nadar, padre.

—¡Oh! —consiente.

—¿Cuándo llegamos por fin a ese dichoso puerto?

—Esta misma noche y desembarcamos mañana.

—¡Ay, al fin! Ansío tierra firme.

—Xidon es prácticamente desconocido para todos, hija. Después de las desapariciones de hace cincuenta años, el rey canceló todas las expediciones. Con la ascensión de su hijo, el miedo pasa a segundo término y exploraremos donde los otros no pudieron, o más bien, no se atrevieron a ir.

—¿Quién nos va a recibir?

—El gobernador es mi viejo amigo Tippen. Lo recordarás...

—Tippen —busca en su memoria—. Sí. Aquel muy gordo y de abundante pelo, hasta en la planta de los pies.

—Precisamente. Lo último que supe de él es que al fin se había casado y tenía ocho hijas.

Se queda en silencio, pensando en él y de pronto alarga la mirada y el pensamiento a otros tiempos. Esos en los que conociera a la madre de Veka y se convirtieran en los mejores de su vida. La joven lo sabe. Sonríe con añoranza y dándole un beso a su padre se arrebujaba en el lecho para dormir. Él, sueña despierto.

## Capítulo 4

Después de beber rico vino y disfrutar de la compañía de una de las chicas de Sholz, Edrik encamina sus pasos de vuelta a casa de su hermana. Ligeramente embotado; en sus labios todavía el sabor de Lizana, hace planes para regresar al otro lado y explorar un poco más adentro. En una intersección lo ataja de pronto un quinteto de soldados. Ni siquiera hace por escapar. Los hombres lo apresan y lo llevan ante su superior.

La pieza en la que se encuentra tiene poca luz. Contra el ventanal se dibuja la sombra de un hombre alto y fuerte que permanece con las manos a la espalda, mirando hacia la cercana plaza. En ella se levanta un cadalso, donde los cuerpos de tres hombres cuelgan desde esa misma mañana. Una gruesa niebla que empieza a descender los envuelve en su manto frío. El hombre se aparta y se sienta al borde del pesado escritorio; sin que la poca luz de la pieza lo descubra. De pronto, sobre el mueble, Edrik ve la moneda con el cisne acuñado girando y despidiendo débiles destellos, hasta quedar inmóvil. El joven deja escapar un profundo suspiro. "Maldito, Sholz", aprieta los dientes.

—¿Tienes idea de lo que es esto, muchacho? —el hombre con voz potente inquiera.

—Una moneda de oro —asiente falto de emoción.

—Una moneda de oro —repite sin cambiar posición—. Sí, pero no cualquier oro... Edrik. Su peso aventaja en mucho a las nuestras.

—¿Sí? —arruga el ceño confuso.

—¿Dónde la encontraste? ¿O la robaste a alguien?

—¿Robar? ¿Yo? ¡Claro que no! La encontré, vagando por el bosque.

—¿Dónde?

—En el bosque. No sé exactamente dónde.

El hombre se planta erguido sobre el piso y Edrik ve el impecable uniforme del militar y los galones en sus hombros como capitán. Se acerca a él, dejándolo a la vista de los ojos marrón del joven. El hombre frisa los treinta y cinco o cuarenta años. Lleva el pelo a los hombros, matizado ligeramente con destellos plateados. Los ojos verdes son inquisitivos, fríos. Algunas cicatrices tenues adornan pómulos y frente; la más profunda deforma el labio superior, pero el bigote y la barba bien cortados lo oculta a ojos no observadores. A un gesto suyo sus hombros

sujetan al joven, inmovilizándolo.

—Edrik, Edrik —dice. Camina ante él—. Eres un personaje bastante conocido por el puerto. ¿Verdad, muchachos?

—Sí —ríen con malicia y el joven forcejea molesto.

—Eres un hombre sin oficio ni beneficio.

—No le hago mal a nadie.

—Pero tampoco bien. Vagabundeando aquí y allá sin desaprovechar aquello mal puesto...

—¡No soy un ladrón! —aprieta los dientes.

—Quiero el lugar exacto donde "encontraste" la moneda.

—¡Por el bosque! Bajo alguna piedra o un tronco. Yo lo reviso todo.

—No me convences —se apoya de nuevo en el escritorio.

A un gesto suyo, uno de sus hombres clava sus puños en el estómago y el rostro del joven.

—¿Edrik?

—Ya le he dicho... capitán —jadea.

Una nueva andanada de golpes lo deja sin aliento y sangra de su boca y nariz.

—Le dijiste a Sholz que habría más. Luego entonces, sabes dónde conseguirlas.

—Dije... eso... para impresionar... nada más.

—¡Vaya si impresionaste! Éste oro es de una pureza nunca antes vista.

Se acerca a él y lo toma de su cabello para que lo mire de frente.

—¡Y yo quiero ese oro, Edrik! ¿Dónde lo encontraste?

## Capítulo 5

El muchacho niega con la cabeza. El capitán se endereza de nuevo y sus hombres lo golpean hasta dejarlo tendido en el piso. Por un momento, en la pieza sólo se oyen sus jadeos, leves lamentos y una tos sanguinolenta.

—Ésta tarde —retoma la palabra el militar—. De camino aquí pasé por el mercado.

Edrik levanta la cabeza al oír mencionarlo. El dolor que experimenta se desvanece y toma su lugar un profundo odio. Le nace en las entrañas, semejante a un incendio que inicia, pero se esparce rápidamente.

—Edwina se veía feliz ante su insignificante puesto de adornos y muñecos hechos de caracoles y conchas. ¿El hijo que espera es del tipo con el que vive? O tal vez... ¿mío?

—¡Miserable! —salta sobre él, pero los guardias lo sujetan.

—Dicen que el tal Tom es un dechado de virtudes. Supongo que sería un golpe terrible para Edwina que... su hombre terminara de pronto en la horca.

—¡Él es honrado! —lo mira con tal rabia que al hablar esparce saliva.

—Aparentemente —se echa atrás—. ¿Qué tal si en una revisión de rutina le encuentran armas propias del ejército de su majestad? Eso lo pondría en el patíbulo en un chasquido de dedos. La pobre de Edwina quedaría viuda y su hijo sin padre. Sería una lástima, ¿no crees?

—Deje en paz a mi hermana y su familia.

—Dime lo que quiero.

—Está bien —consiente después de un momento.

Se suelta molesto de los guardias. Limpia con su ropa la sangre en boca y nariz,

—La encontré del otro lado del río —confiesa.

—¿Qué? —lo mira perplejo— ¿Te atreviste a cruzar el río cuando nadie

lo ha hecho por cincuenta años?

—Así es.

—Y sobreviviste —le sorprende.

—Aquí estoy, ¿no?

—Por supuesto. Sigue.

—Del otro lado del río —camina hasta el mapa colgado en la pared— todo es diferente. Aunque uno no lo nota a simple vista. El bosque. Los ríos, lagos y animales son los mismos, pero... cuando encuentras las primeras aldeas y los primeros moradores... ya no es igual.

—Explícate.

—Hay ciudades como Xidon, con gente como nosotros. Pero entre ellos viven también enanos, brujas, Krangs y algunos otros seres que no conozco muy bien todavía.

—¿Qué estupideces dices?

—No son estupideces. Es real, capitán. Ahí hay... magia.

Todos se miran y de repente ríen divertidos; incrédulos.

—¡Es cierto! En el bosque he visto unicornios y en el cielo caballos voladores. Pegasos.

—Creo que te mandaré ahorcar con tu conuño Tom.

—¡No!

—Desvarías...

—La moneda es real. ¿O no?

—Sí...

—Venía hacia acá y encontré en el camino a un Krangs durmiendo contra un tronco. Tenía la moneda entre sus dedos.

—Entonces sí la robaste.

—¡Él la robó a alguien más!

—Enciérrenlo y vayan por el concuño...

—¡Maldita sea! ¡Digo la verdad, Pelat! Lo juro por el hijo que lleva mi hermana en su seno.

—Aquí jamás hemos visto ni enanos, brujas, krats...

—Krang. Dicen que son guerreros formidables, pero el que yo me encontré, aunque era fuerte y ágil, me pareció que no tenía mucho seso. Lo burlé con facilidad, además que no pueden cruzar el río de éste lado. No sé por qué.

—Eso ratifica tu mentira. Serás ahorcado con Tom antes del mediodía.

—Y nunca tendrá el tesoro del cisne.

—¿Tesoro?

—Oro más puro que el nuestro. Usted mismo lo dijo. ¿No quiere saber de dónde lo sacan?

—No trates de engañarme, muchacho.

—Tengo dos años explorando el otro lado. Conozco algunas comunidades y he hecho algunos amigos. Jamás han sentido curiosidad por nuestro lado. Algo los ahuyenta.

—¡Hum...!

—Puedo llevarlo para que se cerciore por usted mismo.

—Claro —frota su barbilla pensativo—. Está al llegar un profesor que manda el reino. A explorar. Tú vas a ser nuestro guía. Si no hallamos lo que cuentas, te colgaré del primer árbol en el camino.

Edrik consiente. El capitán Pelat lo deja libre, no sin antes advertirle que, si intenta huir, su hermana pagará las consecuencias.

## Capítulo 6

La niebla se dispersa a su paso. Antes de llegar a su casa ve a un grupo de jóvenes, poniéndose de acuerdo, contra el muro de una casa. Cuando advierte su presencia, uno se descuelga de ellos para alcanzarlo.

—¿Dónde te habías metido? —reclama. Es un joven de su misma edad, larguirucho, de rizados cabellos que tiran al dorado e incipiente bigote y barba.

—Por el bosque —responde siguiendo de largo.

—Nos dejaste solos en el asunto de las gordas de Tippen —tira de sus ropas para detenerlo.

—Lo olvidé —quiere llegar a casa.

—Siempre es lo mismo, Edrik —lo sujeta del brazo—. La vez anterior fue con Sholz y el maldito casi nos atrapa.

—Pero no pasó...

—Estás trabajando por tu cuenta, ¿verdad?

—No, Mevi...

—Eso es. A nosotros nos pones en la boca del lobo, mientras tú, tranquilito y solo te mueves quién sabe por dónde.

—Piensa lo que quieras —busca llegar a casa, pero el joven no se lo permite y de pronto lo echa al lodo de un puñetazo.

Cuantos estaban con él van y los rodean, invitándolos a seguir golpeándose. Edrik se levanta escupiéndole sangre.

—Estoy molido, Mevi —dice—. Deja el asunto para otro momento, ¿quieres?

—Cobarde —espeta, golpeándolo de nuevo.

Edrik cae una vez más. Desde su postura lo mira molesto. Sorprende a Mevi tomándolo de las piernas y lo derriba para pelear en el lodo. Ambos ruedan intercambiando golpes. Los gritos de la riña llaman la atención de Edwina. Sale de su choza.

—¡Edrik! —grita al reconocerlo— ¡Basta! ¡Basta! ¡¡Tom!!

Ante sus gritos, el hombre sale corriendo de la casa e interviene para controlar a los que pelean.

—¡Suéltame! —forcejea con rabia Edrik.

—¡Qué pasa contigo! —reclama Edwina.

—¡Él comenzó!

—¿Mevi?

—¡Tu hermano no tiene palabra, Edwina! —reprocha, jaloneándose también.

—¡Jamás te la he dado, idiota!

—¡Edrik! Por favor, Mevi...

Lo invita a irse. El joven consiente. Mira con rabia a Edrik y llamando a los suyos se marchan. Tom arrastra consigo al joven.

—He tratado de convencerme desde hace tiempo que con la edad madurarás y serás responsable —dice la mujer—, pero ya eres un hombre y sigues cometiendo estupideces.

—¡Qué estupideces, Edwina!

—¡Todos aquí saben que Mevi y sus muchachos se dedican a robar...!

—¡Yo no!

—¿De verdad, Edrik?

—¡Por qué crees que peleábamos!

—Tranquilo —interviene Tom—. Deja de gritarle a tu hermana. La altera y en su estado no es bueno para ella ni para el bebé.

—Has que se asee, Tom. Por favor.

—Sí. ¿Vamos, Edrik?

## Capítulo 7

Lo sigue afuera, bajo un pequeño techo donde está un tonel con agua. Edrik se desviste, mientras Tom llena un cubo de madera con agua y se lo echa encima.

—¡Maldita sea! —protesta— ¡Está fría, Tom!

—Mejor —llena otro cubo—. Así apagaré más rápido tu ira.

Se lava el lodo que cubre su cabeza y cuerpo. Ambos guardan silencio. Edrik pensando en cómo saldrá del problema con Pelat. No tiene idea de dónde encontrar más de ese oro que quiere. Tom, buscando las palabras para dirigirse al muchacho. No es su padre ni su hermano mayor, pero en el tiempo que llevan conviviendo ha aprendido a estimarlo y preocuparse por él. Le talla con la misma camisa las zonas que tiene cubiertas todavía de lodo.

—Tu hermana vive preocupada por ti —se anima el hombre a decir, después de un breve lapso de silencio.

—No tiene por qué.

—Claro que sí, Edrik. Eres su hermano. Su única familia. Cuando no llegas, por su mente pasan todo tipo de calamidades.

—¿Y tú qué haces para remediarlo?

—Lo que yo le diga no es suficiente si no te sabe aquí o te ve. ¿A dónde vas? ¿Qué haces?

—Nada malo, Tom. Yo... —titubea antes de responder— trato de encontrar un tesoro.

—¿Qué? Edrik, por favor...

—¡He estado a punto de hallarlo!

—¡Esas son tonterías! Empléate en el puerto. Faltan cargadores...

—Eso no es para mí, Tom. Yo necesito moverme. Ir aquí y allá. Buscar...

—Un tesoro...

—¡Sí! Sé que los hay. Del otro lado del río.

—Estás loco.

—¡Encontré una moneda de oro y debe haber más! Estoy seguro que hay más.

—¿Sí? Déjame ver esa moneda que dices.

—Eh... —esquiva su mirada— ya no la tengo. ¡Pero no porque esté mintiendo en todo! Estaba tan emocionado de tenerla que cometí el estúpido error de ir a la taberna de Sholz y comprarme un trago.

—Idiota...

—¡Lo sé, lo sé! Apenas di la espalda, él fue con el chisme a Pelat.

—Ese maldito cobarde.

—Ahora quiere que lo lleve a donde encontré la moneda.

—No vas a hacerlo, ¿verdad?

—Amenazó a Edwina, Tom...

—Desgraciado...

—Dijo que nos colgaría a ti y a mí. Ella quedaría sola...

—Voy a matarlo, Edrik... —aprieta los dientes y retuerce en sus manos la camisa sucia.

—Creo que yo tendré más oportunidad al viajar al otro lado del río. Tú tienes que cuidar de Edwina y su hijo.

—Tienes razón. ¿Cuándo saldrán?

—En unos días, supongo. Mañana llega un profesor que va a explorarlo todo. Yo... seré el guía.

—Eso es lo que le diremos a Edwina, pero sin mencionar al cobarde ese.

—Está bien.

## Capítulo 8

El Luna atraca sin dificultad. Una veintena de hombres llenan de equipaje el muelle. Veka observa con detenimiento cuanto ve: el murmullo propio de la gente por el muelle; hombres, mujeres que ofrecen su producto; niños aquí y allá llevando y trayendo cosas; canastos con pescado fresco, fruta diversa, racimos de bananos, flores, abalorios. Admira el hermoso cielo azul en el que las gaviotas vuelan.

—¡Certar! —un hombre enjuto y lampiño se acerca a él con los brazos abiertos para recibirlo.

—¿Y usted quién es? —lo mira confuso.

—¡Yo, grandísimo despistado! ¡Tippen!

—¿Tippen? ¿Qué pasó con toda tu grasa y todo tu cabello?

—¡Ah! Mi mujer y mis hijas me consumen día con día, viejo amigo. Pero, ¿qué veo? ¿Acaso esta hermosa señorita es Veka, tu hija?

—Precisamente.

—Bienvenida —le tiende las huesudas manos para saludarla.

—¿Señor gobernador? —hace una graciosa inclinación ante él.

—Casi es el retrato vivo de Rommy.

—En pocos años lo será —acepta lleno de orgullo.

—¡Vamos, vamos! Que los hombres se encarguen del equipaje.

—Estoy impresionado, Tippen —van tras él—. No eres ni la mitad de lo que fuiste.

—¡Ah, pero soy feliz, Certar! ¡Soy feliz!

Muy a primera hora, Edrik había dejado la casa de su hermana y se hallaba en un cercano soto, practicando con la pértiga que encontrara del otro lado. Hacia media mañana casi domina la mayoría de sus movimientos de defensa con ella. Puede usarla como atalaya, apoyándola en diagonal, con su cuerpo cargado al otro extremo; escala para impulsarse hacia un árbol o techo; un garrote eficaz; lanza. Contiene el impulso de blandirla con fuerza contra el rostro del capitán Pelat, al

encontrarse con el amorado y aún hinchado de Mevi.

—¿Qué quieres? —continúa ejercitándose.

—Sabía que te encontraría aquí.

—¿Quieres seguir peleando?

—Te escuché anoche...

—¿Qué cosa?

—Tu plática con Tom.

—¿Qué? —contiene sus movimientos— ¿Cómo?

—Quería seguir rompiéndote la cara, pero cuando mencionaste a Pelat, el coraje se me esfumó más rápido que pronto. ¿Él te dio la primera paliza?

—Sus perros. Ya sabes que a él no le gusta mancharse las manos de sangre con cualquiera.

—Quiero ir contigo en esa expedición.

—No —retoma su ejercicio.

—A mí también me interesa encontrar tesoros.

—Tú ya has caído en un calabozo por robo. Pelat te tendrá siempre en la mira.

—Juro que no haré nada que lo perturbe.

—Del otro lado del río, las cosas son diferentes, Mevi.

—No me da miedo lo diferente. Será bastante interesante. Además, necesitas apoyo para rebanarle el cuello a ese bastardo. ¿O crees poder solo con él? ¡Vamos, Edrik! Odio al maldito tanto como tú. Ordenó a sus hombres matar a palos a Junco, mi perro cazador. ¿Recuerdas?

Edrik consiente. Era un perro que él también estimaba y, que, en varias ocasiones lo había salvado de ser sorprendido por la guardia durante sus andanzas nocturnas por las calles del centro de Xidon.

—Juntos agitaremos mejor las aguas —el joven suena un poco

zalamero—. Si se presenta la oportunidad...

—No la dejaremos ir —le ofrece su mano y Mevi le entrega la suya, sellando su alianza.

Después de un baño en la tina y una reconfortante siesta, Veka deja la fastuosa casa del gobernador y recorre las tranquilas calles de Xidon. Su juventud y belleza llaman la atención de cuantos se cruzan con ella. La mayoría ahí tienen la piel bronceada, en cambio, Veka es blanca como la espuma del mar. Su cabello castaño brilla, como si luz propia tuviera y no opaco como las mujeres del puerto, que no saben de jabones, esencias y aromáticas lociones para cuidarlo. Sus ropas destacan también, incluso entre las que se consideran de cuna noble. De colores luminosos, alegres y amplios vuelos porque Veka es toda una amazona y le encanta montar a caballo. Pocos son los que advierten que no calza zapatillas, sino botas. Diseñadas por ella misma: resistentes, con suelas capaces de recorrer los caminos más accidentados y difíciles, pero a la vez cómodas y ligeras. Recorre las calles con sumo interés, admirando los altos muros de las casas, los balcones adornados con hermosas flores, tupidas enredaderas y aves canoras enjauladas.

## Capítulo 9

Sus pasos la llevan hasta la plaza principal. Se siente atraída por los sollozos de algunas mujeres y se da cuenta que hay hombres, montados en una vieja carreta, afanando por descolgar un cuerpo de la horca. De inmediato saca hojas para plasmar en ellos el suceso. Tres guardias observan con indiferencia la dolorosa maniobra de los otros. De pronto, un hombre joven llama su atención al saltar a la carreta y luego al tronco del que cuelga el ajusticiado. Hace breves indicaciones a los familiares y él corta la soga con una daga. Ayuda a envolver el cuerpo entre frazadas y los despide, palmeando fraternal hombros y espalda. Veka traza líneas con rapidez sin perder detalle. Al levantar la vista, el hombre está frente a ella. Nota que es joven; de ojos y cabello marrón que cae naturalmente sobre unos hombros fuertes. No le impresionan los golpes que deforman ligeramente sus facciones; sí, el gesto masculino que parece recriminarla de algo.

—¿Nunca habías visto a un ahorcado? —inquire marcando un poco su ceño.

—Demasiados me parece —responde, sin apartar sus ojos de oliva de los suyos.

Inesperadamente, él le quita de las manos los dibujos, revisándolos. Hay una ligera expresión de asombro en su rostro ante la osadía de aquel extraño.

—¿Por qué haces esto? —sacude el papel.

—Es historia —se los pide, sin salir del todo de su turbación—. Mi trabajo es recogerla en imágenes.

—¿Para qué?

—Para luego entregarla a los maestros del Liceo y ellos las incluyan en sus libros.

—¿A un infeliz que fue ahorcado por robar un cerdo?

—¿Ese fue su delito?

—Sí.

—¿Y los otros?

—Esos eran asesinos.

Ella consiente, mirando los cuerpos meciéndose. Sacude la cabeza no concibiendo del todo, la idea de que al otro hombre lo ahorcaran por robar un cerdo.

—No eres de aquí, ¿verdad? —inquire Edrik al notar lo distinta que es de las muchachas de Xidon y ella niega con la cabeza.

El joven se atreve entonces a mirarla con detenimiento. Ella hace algunas anotaciones en sus dibujos, pero siente cómo la escudriña con interés.

—Deja de verme de esa manera —pide.

—¿Qué manera?

—Así tan fijo.

—¿Te molesta?

—Me incomoda —consiente y retoma sus pasos.

Él se queda en su lugar, viendo hacia dónde se dirige: al mercado. La sigue con interés. Aunque no lo ve, la joven siente tras de ella su mirada. Se mezcla entre la gente que llena el mercado. Luego, se vuelve para sorprenderlo muy cerca, pero no lo ve. Revisa con suma atención. No está entre la gente que cruza y se entrecruza yendo por el lugar. Deja escapar un suspiro de alivio, olvidándolo y concentrándose en su paseo. Allí no toma ninguna imagen en papel, pero sí retiene otras en la memoria que le gustaría inmortalizar en un lienzo. Llama su atención la mujer que con manos laboriosas teje y entrelaza cuentas de colores. Nota que está por su séptimo mes de embarazo. Sonríe con afecto a cuantos la saludan y ofrece a su vez su trabajo. Calcula debe tener entre veintisiete y treinta años. Lleva el cabello claro trenzado; lo adornan flores y plumas en una diadema que ella misma confeccionara. Se acerca a su puesto para ver de cerca cuanto hace.

—¡Hola! —saluda con simpatía.

—¡Hola! —Edwina responde en el mismo tono.

—¿Usted qué vende aquí? —revisa cuanto tiene en la mesa y cuelga en pequeños tendederos.

—Adornos diversos que yo misma hago —le muestra collares, pulseras y muñecos hechos de distintos materiales.

—¿Es una estrella de mar? —toma un broche pegado con resina a la estrella citada.

—Sí —consiente la mujer, colocándosela en la bella cabellera—. A usted se le ve maravillosamente en ese pelo tan lindo.

—¿Cómo la consiguió? —inquire fascinada.

—Mi marido es como una comadreja. Se mete en todas partes...

—Hasta debajo de las piedras...

Aquella repentina voz masculina las sorprende a ambas, pero al ver a Edrik ninguna de las dos dice nada e ignoran el comentario y al muchacho.

—Él me trae todo esto —Edwina sonrío de nuevo— y yo los transformo en adornos.

—Es usted muy creativa...

—Le viene de familia. Es mi hermana —guiña un ojo Edrik.

—Eh... la felicito sinceramente.

—¿Por ser mi hermana?

—Edrik, por favor —reconviene con discreción.

—Quiero esto —toma pulseras y collares, algunos adornos para el cabello, una pluma de ave ideal para escribir— y definitivamente esto también —toca la estrella en su cabeza.

—Esa se la obsequio.

—¡Oh, no! ¿Cómo va a regalar su trabajo?

—Usted me ha hecho la mejor compra en mucho tiempo. Por favor, acéptela.

—Pero...

—Yo lo pagaré —Edrik hurga en sus bolsillos.

—No —espetan a una vez.

El joven levanta las manos, limpias de monedas. No lleva ninguna en el cuerpo y la que tenía, Pelat se la había quedado. Sin decir nada se aleja.

—Acéptela, por favor.

—Muchas gracias —consiente.

Decide regresar al palacio del gobernador. Edrik la sigue con discreción. Ella no es como las jóvenes que conoce. Lo sabe tras sus pasos. Se detiene de pronto y mira en derredor, pero no lo ubica. Él conoce su ciudad; sabe cómo ocultarse y volverse casi invisible. La sigue. Experimenta una emoción nueva con la extranjera. Desde el mismo momento en que la viera apostada ante la plaza y pasando en papel la escena del descolgamiento. Le pareció que invadía un espacio que sólo le pertenecía a la familia del muerto. Por eso su iniciativa de ayudarlos. Pensó que se detendría, pero ella continuó y hasta lo incluyó en su dibujo. Reconocía que era bastante buena en ello.

La calle de la casa del gobernador se ve atestada de coches y jinetes que llegan. Al reconocer a Pelat, Edrik se frena. Busca refugio en la pared de un callejón. Observa con discreción. La joven entra a la propiedad y el capitán la mira con aire salaz. Un sabor acre le sube a la boca. ¿Habría mujer con la que no fornicase al mirarla? ¿Qué hace ella ahí? Se retira, brotándole en la mente cientos de conjeturas.

## Capítulo 10

En la habitación que le asignaran, Veka estudia sus dibujos. Detalla expresiones, agrega sombras con sus dedos manchados de carboncillo. Luego, deja a un lado sus hojas, tomando otra que acomoda en aquella hoja de madera que le sirve de soporte. Toma su trozo de carboncillo, pero titubea al colocarlo en la hoja. Lo hace a un lado, abrazándose a sus rodillas.

—¿Qué me pasa? —se pregunta confusa.

Deja su asiento y sale al balcón. Ve el movimiento que hay en los jardines. Cómo los criados del gobernador, arengados por sus hijas y su mujer, los mandan por allí y por allá cumpliendo sus caprichos. No entiende la razón para aquella fiesta. Ella y su padre son gente solitaria, sencilla, entregados a su trabajo de estudio e investigación. Las aglomeraciones bulliciosas no les gustan. Vuelve adentro. Retoma su hoja en blanco, su carboncillo y sin darse cuenta dibuja el rostro de Edrik. Los cortes por los golpes, las tumefacciones; todo. Al terminarlo, lo pone cara abajo en su cama y esconde el rostro entre sus brazos.

Al caer la noche, ella y su padre tienen que departir con los invitados del gobernador.

—Capitán Pelat —le pide que se acerque el mandatario—. Certar, Veka, éste es el hombre que se encargará de la seguridad en su viaje. El capitán Pelat es un valeroso militar que ha traído verdadero orden a Xidon.

Ambos consienten, pero nada impresionados. Oculto entre las ramas más altas de los cercanos árboles, Edrik no deja escapar detalle alguno. Los extranjeros lucen visiblemente incómodos; aunque no está seguro si por la ostentuosidad del ágape o por considerarlo inferior a su clase.

A pesar de sus intentos, Pelat no logra un momento a solas con Veka. No advierte que la joven lo esquiva cada vez con gran sutilidad. A pesar de sus grandes cuidados, Edrik es descubierto por ella. Con discreción va hasta el árbol.

—¿Qué haces ahí? —inquire.

—Viendo de lejos la vida de los ricos —responde, abrazado a su tronco.

—¿Para qué?

—Curiosidad.

—¿Qué pasará si te descubren?

—¿Quieres averiguarlo? —desciende unas cuantas ramas.

—No —conmina sin aspavientos y él sonríe con agrado.

—Tienes muy buena vista —felicita.

—Sólo soy más observadora que otros.

—¿Qué haces aquí?

—Mi padre y yo somos invitados del gobernador. Ellos se conocen desde hace mucho tiempo.

—¿Están de vacaciones?

—No.

—¿Te quedarás definitivamente?

Ella no logra responder. Las hijas del gobernador la llaman y llegan para llevarla de regreso a la fiesta. Edrik tiene que volver a casa. Ha estado la mayor parte del día acechando el lugar y no ha ido por ella ni para cambiarse de ropa. Preparándose para acostarse, Edwina entra a la buhardilla.

—¿Es verdad lo que Tom me dijo?

—¿Qué cosa? —arregla su camastro.

—¿Qué vas a trabajar con un profesor en una expedición?

—iAh, s ! S .

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Ya lo hizo Tom.

—S , pero me gustaría saberlo primero de ti.  A dónde irán?

—Eso aún no lo sé bien, Edwina. Ni siquiera conozco al tipo. Apenas llegó.

—¿Y cómo vas a trabajar con él?

—Porque están reclutando gente. Hasta Mevi se ofreció.

—¡Ah...! —consiente y mira a su alrededor.

Aquella no es una pieza que le vaya bien a un hombre y, se da cuenta que, su hermano menor ya es uno. Lo ve ir encorvado aquí y allá. Su cabeza roza o golpea algunas partes. Edrik no es más un chiquillo. Aunque no lo considere lo suficientemente maduro todavía. Va y se sienta a su lado en el camastro.

—Se un buen elemento, ¿quieres? —arregla su cabello.

—Ya —no le agrada que sea maternal con él—. Haré bien mi trabajo y no voy a decepcionarte ni decepcionar a nadie más.

—Bien —consiente, pero cuando intenta darle un beso, él la esquiva buscando alcanzar su vara.

## Capítulo 11

Sonríe con tristeza, pero comprende su rechazo. Lo deja. Edrik revisa el tramo de dos metros. Es roble. Ligeramente retorcido en algunas de sus partes. No hay huella de que haya sido cortado con ningún tipo de utensilio. O que se haya desprendido de un tronco más grande por la acción de los elementos. Le parece extraño, pero no se entretiene en buscar respuesta para eso. Toma su daga con la intención de grabarle con la hoja su nombre; pero se arrepiente. A su mente acude el rostro de Veka, nada cordial ni afectivo con él; pero no puede evitar pensarla. Se recuesta con ella presente.

—Quiero verla de nuevo —se levanta y se apresta salir.

Se frena de pronto. ¿Para qué hacerlo si tiene que salir tal vez por meses fuera? Golpea con su puño la viga del techo.

—¡Maldito, Pelat! —espeta.

Aunque sabe dónde encontrarla, los siguientes días ni siquiera pasa por la calle del gobernador. Se presenta ante Pelat para recibir sus órdenes, conocer a los hombres que los acompañarán; aprobar o no las carretas que transportarán todo lo que los exploradores precisan. Algunas veces, por ahí ve al gobernador y a Certar, pero no imagina que es el hombre que encabeza la expedición.

Para sacarse del pensamiento a Veka, visita noche tras noche la taberna de Sholz. Se embriaga y divierte con sus chicas. Por su parte, ella quema docenas de dibujos de él en la chimenea de su habitación y se muestra ansiosa por iniciar ya su viaje hacia las tierras inexploradas de Xidon.

—¿Qué incineras, hija? —Certar entra a su habitación y la sorprende avivando el fuego.

—Papeles que ya no son útiles —responde.

—¿Nerviosa?

—No, padre. Ansiosa, más bien.

—No hay referente alguno del sitio al que vamos.

—Eso jamás nos ha detenido.

—Sí, pero... hace cincuenta años, cada explorador que se aventuró en

esas lindes, jamás regresó.

Veka deja de usar el atizador y va a sentarse a los pies de su padre.

—¿Qué te preocupa? —sonríe— ¿Qué nos perdamos juntos?

—Eres lo único que tengo en la vida —le roza con ternura la fina barbilla—. Si por estar a mi lado te sucediera...

—Lo que sea, padre. Juntos sabremos afrontarlo.

—No tenemos idea de lo que encontraremos.

—Cuando exploramos los ríos del Sagreth decías lo mismo y fue la más maravillosa de las experiencias. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te preocupes por mí? Me gusta estar contigo y lo que hacemos.

Le sonríe, besa sus manos y él sujeta su rostro para plasmar sus labios en su frente. Ambos miran las llamas en la chimenea.

El fogón en casa de Edwina es más austero. Mevi pone más leños, mientras que Edrik luce ensimismado ante las llamas.

—¿Qué piensas?

—Tal vez estemos fuera un buen tiempo.

—¿Y?

—Sí —se espabila—. ¿Y?

—Cuéntame más de lo que hay por allá. Las brujas son las que me preocupan. ¿Es verdad que comen carne humana?

—Dicen que prefieren a los niños, a las mujeres jóvenes. A los hombres los hacen sus esclavos para copular con ellos.

—Prefiero que me castren.

—Si caes bajo su poder no puedes evitarlo.

—¿Y cómo peleas con ellas?

—Supongo que con inteligencia.

—Tengo inteligencia. Aunque... no sé si sea suficiente para vencer a

una bruja.

—Eres rápido usando tu daga.

—Eso sí.

—Practica más con ella.

—Hasta dormido —la saca de su funda en un parpadeo y juega con ella en sus manos.

—Edrik, Mevi —llama Edwina—. La cena está lista.

Esa noche, le cuesta como nunca dormir. Cambia una y otra vez su posición en el lecho; hace a un lado su frazada, la recoge y se cubre con ella hasta la cabeza. Abajo, los ronquidos de Tom vibran por cada rincón de la casa. Edwina no parece advertirlo. Duerme tranquila, soñando con el nacimiento de su bebé. Ya han decidido su nombre: Shaun, si es varón. Kristal, si es una niña. La mayor parte de las veces, Edrik no presta atención a los bufidos de su concuño, pero esa noche en especial, no entiende por qué lo exasperan. Termina por sentarse. Escucha sólo unos momentos más los resoplidos del hombre y luego decide levantarse, tomar su vara y salir por ahí; a la playa tal vez y practicar con ella.

Cuando deja la casa de su hermana, la niebla que lo cubre todo comienza a levantarse. El amanecer no está lejano. En un ligero trote se encamina hacia la playa. Sigue la vereda plagada de arbustos y pequeñas flores amarillas, blancas y rosadas. Sus botas desgastadas puntean arena húmeda. Aspira el aroma del mar, lo escucha. Las olas lucen un poco picadas. Clava su báculo en la arena, impulsándose por encima de una pequeña duna. Al caer del otro lado, descubre una figura femenina, de pie, mirando las olas que se ciernen con violencia sobre la playa. Sólo con su forma de vestir y su porte sabe de quién se trata. Se acerca a ella sin llamar su atención. A un par de metros se detiene. La mira. El viento que corre juega con su cabello suelto y parece que ella disfruta eso. No lucha contra él, no vuelve los castaños rizados a su sitio o hace por recogerlo y dominarlo en una coleta. Él, mira el cielo. Clarea un poco más. El banco de niebla se retira.

—No piensas meterte a nadar con esas olas locas, ¿verdad? —se atreve hablar.

Ante aquella repentina voz, Veka se vuelve con sobresalto. Instintivamente, aprieta con fuerza contra su pecho, el morral que cuelga de su hombro. De momento, por las sombras que parecen cubrirlo, el cabello pegado al rostro, no lo reconoce; sino hasta que da un paso más

hacia ella.

—¡Ah! —esboza una sonrisa— Eres tú.

—¿Esperabas a alguien? —arruga el ceño y mira en derredor.

—Lo único que espero es el amanecer —mira de nuevo hacia la mar.

Él consiente. Da un paso más y está a su lado. La mira por el rabillo del ojo y advierte la estrella de mar, prendida entre sus cabellos alborotados.

—¿En serio estás usando la baratija que le compraste a Edwina? —ríe entre incrédulo y sorprendido.

—¿Por qué no? Me gusta mucho.

—Es basura arrojada por el mar.

—No deberías decir eso.

—Es la verdad. Si hurgas en la arena encontrarás mejores piezas que esa...

—Pero yo no podría adornarla como lo hace tu hermana. Ella tiene talento. No menosprecies su creatividad.

—Para lo que le sirve a la pobre. Gana una miseria en sus mejores días y los demás... nada.

—¿Tú no la ayudas?

La mira fijo por unos momentos. Esboza una sonrisa y mira alrededor. El cielo se ha despejado un poco más. La niebla casi ha desaparecido.

—Yo —rasga la húmeda arena con su bota—. Soy guía. De cazadores. En éstos momentos no hay mucho trabajo. Es temporada baja, ¿sabes?

—¿Y de qué vives? ¿De las baratijas que logra vender tu hermana?

El joven siente el impacto con fuerza en el estómago y como una bofetada fría al rostro. Pero se sobrepone sin dar muestras de haber sido herido por sus palabras. La mira de frente. Nota que sus ojos brillan con intensidad.

—Qué —dice Veka—. ¿Por qué me miras así?

—Tus ojos...

—¿Qué tienen? ¿Vas a decirme que jamás habías visto unos ojos como los míos?

—Sí, claro. No abundan por el puerto, pero algunos tienen ojos verdes, o azules... como Tom, mi concuño. Los tuyos... irradian como... una luz.

—¿Una luz? —ríe un tanto cohibida y baja la cabeza porque nadie le había dicho algo igual. Le cuesta aceptarlo, pero se siente halagada.

—Mira —llama su atención Edrik—. Es el amanecer.

Se vuelve hacia el horizonte y nota los primeros destellos del sol, dando señales de vida.

—¡Oh! —exclama fascinada y se tumba en la arena con su bloc en las manos— Es hermoso. Y las nubes que se están levantando lo embellecen aún más. Con los primeros rayos se pintarán de rosa. Serán el marco perfecto junto con esas olas encrespadas.

Con sus tizas de colores tira líneas aquí y allí, difumina con las yemas de sus dedos, sin dejar de hablar.

—Seguramente dirás que sólo es un orto más, pero ninguno es igual que al anterior. Todos son únicos y maravillosos...

De pronto, entre las olas salta una pareja de delfines.

—¿Viste eso? —casi grita de la emoción, pero volviendo el rostro hacia donde él estaba, no lo ve más.

Sigue las huellas de sus pasos por la arena húmeda con la mirada. Tal vez se fuera antes de que iniciara su estúpida perorata. Con un aire de desilusión regresa a su dibujo; primero lenta, triste y luego animada de nuevo, vigorizada por el azote de aquellas olas y el viento rodeándola.

## Capítulo 12

Un gran contingente de hombres a pie y a caballo saca de sus hogares a los pobladores de Xidon. Nadie, menor de cincuenta años recuerda haber visto una movilización igual. Montado en un viejo rocín, Edrik es la burla de muchos de los que encuentra a su paso.

—¡Miren que porte...! —lo señalan entre risas.

—¡Más grande que el de un rey...!

—¿Cómo llamas a tu jamelgo, Edrik? “¿El último suspiro?”.

Y las carcajadas se multiplican. El muchacho querría embestirlos con su montura, pero debe aceptar que tienen razón. Su caballo es viejo, débil y tal vez no soporte ni la mitad de la jornada. Pelat lo había escogido personalmente para él, humillándolo ante sus hombres. Aprieta los labios y los dientes, tragando las palabras que querría escupirles; pero espera un mejor momento para ello. Quizás, cuando tenga el tesoro que ansía y deje de ser menos que ellos.

Al pasar ante la humilde vivienda de Edwina, ella sale para despedirlo. Trata de ir a su paso haciéndole mil y un recomendaciones.

—No te expongas a lo tonto ni retes a tus superiores. Sé gentil y decente...

—¡Tom! —llama al cuñado para que la contenga.

—¡Cúidate, Edrik! —grita angustiada.

—No te preocupes —Pelat avanza cerca—. Yo me encargo de él.

La mujer evita verlo de frente y se abraza a su esposo. Al sentirla temblar, Tom lo mira con desprecio. Pelat sonrío con cinismo.

—¡Ay, ay...! —suspira evocando algún recuerdo.

Más de cien hombres abandonan Xidon. A su paso libran numerosas colinas. En el horizonte, el mar es apenas una débil línea azul. Se avanza a paso seguro. Por momentos, Edrik se adelanta y revisa los senderos que se abren a su paso, orientándose hacia dónde seguir. Pelat y varios de sus hombres lo siguen con interés.

—Sabes hacia dónde ir, ¿no, muchacho?

—No lo ponga en duda —lo esquivó.

—Aquí veo muy buenas ramas de árbol para colgarte.

—Si cree que no le soy útil —lo encara—, haga lo que tenga que hacer. De lo contrario, no estorbe mi trabajo.

Monta con agilidad su caballo y llama a todos a seguir.

—¡Adelante! —ordena Pelat molesto.

\*\*\*

—¿Por qué no avanzamos? —Veka se asoma por los pliegues que cubren su carreta.

—No sé —responde su padre y mientras habla se reanuda la marcha.

La muchacha vuelve al interior del vehículo. Montado en su caballo, Edrik señala al cochero continúe. Luego, se empareja al paso en la que Mevi y sus hombres viajan.

—¿Todo bien? —inquire.

—Como el sueño de un bebé —consiente el joven—. ¿Aún falta para el río?

—No. Ya lo estamos atravesando. Quiero que pongas toda tu atención. Cualquier ruido o movimiento que no te parezca natural... avísame.

—Bien.

Se adelanta de nuevo y sus amigos se ríen de su viejo caballo. Mevi los reprende, pero al avistar las salidas ancas del rocín, ríe también.

—No te preocupes, viejo —Edrik palmea su caballo—. Estoy seguro que en tus tiempos fuiste el mejor de todos.

El jamelgo sacude su cabeza y su gastada crin, como si comprendiera y a la vez agradeciera las palabras del joven. Entra a buen paso en el río, atravesando un poco más de veinte metros de una corriente tranquila. Suben la colina arbolada y cubierta de arbustos. Edrik agudiza sus sentidos. El variado canto de los cantos no se modifica. Algunas ardillas trepan asustadas un tronco o una rama para ocultarse en su nido.

Cervatillos también corren a ocultarse ante la presencia de extraños. El paso de los caballos y las carretas acaban con el pacífico ambiente del bosque. Al caer la tarde, Pelat ordena parar y levantar las tiendas para acampar y pasar la noche. Certar abandona la carreta, necesita estirar las piernas cuanto antes. Cuando invita a Veka, ella prefiere quedarse en el transporte. Su padre se siente extrañado ante el rechazo, pero no la interroga al respecto. Su entorno lo llama y con una lente de aumento en la mano va y examina los arbustos que crecen cerca.

Veka se arrellana entre los bultos que colman el piso del carro. Mira el retrato que ha hecho de Edrik para luego hacerlo bola en su puño y lanzarlo contra la pared de tela del vehículo. La envoltura rebota, cayendo sobre su pecho. Quiere ignorarlo, pero sólo momentáneamente. Lo alisa lo mejor posible y lo mira fijo. Tal y como él la mirara en la playa. ¿Sería sincero en sus palabras, o sólo evadía sus preguntas? Con sus dedos manchados por el carboncillo detalla algunas sombras del cabello del hombre ondeando contra su rostro.

—Edrik —apenas susurra—. ¿Te veré de nuevo algún día?

El joven porteño revisa que las tiendas sean levantadas lo más rápido posible. Pelat no quiere dormir a la intemperie. Nota a Mevi ocultándose tras un grueso tronco de árbol. Con un gesto le pide que lo alcance. Un tanto contrariado mira alrededor, esperando que nadie note su ausencia y va tras él.

—¿Qué haces? —lo sujeta de un brazo al encontrarlo.

—Ésta noche puede ser una buena oportunidad para rebanarle el gañote a Pelat —sonríe, con un puñal aserrado entre sus manos.

—¿Estás loco? Acabamos de salir de Xidon.

—¿Y...?

—Nos harán regresar, se abrirá una investigación... ¿y en quién crees que caerán todas las sospechas? No en ti, por supuesto.

—¿Y cuánto esperaremos? ¿Dos, tres días?

—Semanas mejor.

—¡Nos perderemos, Edrik!

—No conmigo al frente. Ya he estado aquí. He explorado lo suficiente y encontraré el camino de regreso.

Mevi se queda callado. No le gusta mucho la idea de su compañero, pero al parecer no hay más de donde agarrarse.

—Bien —acepta—, pero si nos pierdes... te mato.

—Una sentencia más. No estorba.

Se separan y cada cual regresa a la labor que efectuaba. Atravesando entre carretas aparcadas, Edrik cree ver a Veka sentada ante una fogata, pero a desandar sus pasos para verificarlo no ve a nadie. Sacude la cabeza. El deseo de su mente le ha jugado una broma. Se presenta ante el capitán para informarle que todas las tiendas han sido levantadas y lo conduce personalmente a la asignada al militar.

—Encárgate de que sea una noche tranquila para todos —ordena antes de entrar a la tienda.

—Así será... capitán —responde a la ancha espalda.

Imagina que saca su puñal con rapidez y lo hunde hasta la empuñadura, atravesándole el corazón. Luego, ante el grito de Pelat sus soldados lo capturan y para el amanecer cuelga de la rama de un árbol. Edwina, Tom y su hijo sufren las consecuencias de su estupidez. Sacude la cabeza para alejar de ella aquellos pensamientos. Aprieta los puños. Debe tener paciencia. Aprovechar la oportunidad indicada, no dejarse guiar por un arrebató.

Monta guardia durante toda la noche. Escucha ruidos entre lo más espeso del bosque, pero nada ve. En la lejanía aprecia gritos que no logra identificar. No parecen animales ni personas. El corazón le salta en el pecho, inquietándolo por momentos, como si algo o alguien le acechara y presto estuviera a atacarlo. En su tienda, Pelat ronca a sus anchas. Por la mañana, mientras todos se levantan y preparan lo necesario para desayunar, él se prepara un lecho con hojas, durmiendo hasta que uno de los soldados del capitán va y lo despierta encajándole la punta de su bota en un costado. Somnoliento todavía, supervisa el levantamiento de las tiendas y en su rocín esquelético toma la punta de la caravana para continuar su camino. Con el sol en sus espaldas, Mevi se acerca a él corriendo, llevándole un trozo de pan y carne seca.

—No vi que desayunaras nada —le dice jadeante.

—Gracias —acepta los alimentos.

## Capítulo 13

El joven larguirucho queda en su sitio, a la espera de su carreta. En la que viaja Certar y su hija pasa primero delante de él. Apenas ve al profesor que luce abstraído en un puñado de hojas. Habla consigo mismo, no con su compañero; niega o asiente con la cabeza, sonrío complacido. Al muchacho le parece que no está bien de la cabeza. Cuando la carreta le muestra la parte trasera, ve apenas, como una visión a Veka, cepillando su larga cabellera. La cree una hermosa visión, pero duda que sea real. No hay mujeres en aquella expedición. Nadie la ha mencionado. Salta sobre la caja de su carreta y no pierde de vista la que se bambolea metros adelante. Los pliegues de la lona se sacuden, pero no ve dentro a nadie más. Mueve la cabeza negativamente, riéndose de sí mismo. Sus compañeros lo señalan y se preguntan de qué se reirá. Levantan los hombros con indiferencia, cierran los ojos, prefieren dormitar un poco más.

Terminando el pan y la carne que Mevi le llevara, Edrik desata su pequeño odre de la silla y bebe agua suficiente. No tarda en tener a un lado al capitán y varios de sus hombres. Inclina un poco la cabeza, como si buscara algún rastro, pero el militar se abstiene de interrogarlo. Sólo empareja su montura a la suya. Eso lo relaja un poco, pero le cuesta ocultar el desagrado que le produce la cercanía del hombre.

En el ambiente se escuchan diversas voces de pájaros en un armonioso concierto de cantos. El viento que corre acaricia las ramas de los árboles. Hay una gratificante quietud. De pronto, tras unos arbustos, escapan tres pequeñas humanidades que intentan huir. Los caballos se inquietan ante la inesperada presencia. Mientras lucha con sus riendas y controla su montura, Pelat ordena a sus hombres ir por ellos. Los guardias los lazan con sogas y los capturan.

—¿Qué hace? —reclama Edrik.

—Huyeron ante nuestra presencia. Algo ocultan.

—¡Son enanos! —los señala—. No ven seguido a gente como nosotros por aquí. Déjelos ir.

—No sin antes interrogarlos.

—¿Sobre qué? ¿El oro?

Al oír la palabra Oro, los hombres de baja estatura se miran entre ellos. Pelat no pone oídos a la voz de Edrik. Desmonta para ir ante los enanos. Ninguno de ellos sobrepasa el metro. Visten humildemente, pero portan consigo pequeños puñales y espadas. Al verlas, los hombres del

capitán se burlan de ellos.

—¡A callar! —ordena el hombre, llevando sus manos a la cintura. Mira hacia abajo a los pequeños hombres— Soy el capitán Pelat, al servicio de su majestad, el rey Damont. Identifíquense.

Los hombrecitos fruncen el ceño, confusos. Los miran a todos, se miran entre ellos, pero nada dicen.

—¿Acaso no entienden nuestro idioma? —mira a Edrik.

—Lo que no entienden son sus palabras.

Desmonta también para acercarse a ellos. Se acuclilla para verlos de frente.

—¡Hola! —saluda en tono menos rudo— Yo soy Edrik, de Xidon. ¿Ustedes cómo se llaman?

—Yo soy Mon —responde uno con gesto grave.

—Par —contesta otro, lacónico.

—Yo me llamo Nash —dice el que parece ser el más joven de los tres—. ¿Por qué nos apresan?

—¿Por qué huyeron? —interroga Pelat.

—Él es un hombre de la ley —explica Edrik—. Como corrieron al verlo cree que cometieron un delito.

—Ustedes son demasiados —interviene Mon con el ceño fruncido—. Nos asustamos porque nunca vimos algo igual.

—Somos cazadores —secunda Nash y los hombres de Pelat se burlan de nuevo.

—¡Basta! —ordena su capitán— ¿Hay alguna aldea cercana?

—Están a dos días de "Guisantes". Por ahí —señalan los tres al mismo punto.

—"Caracolas" a la misma distancia, pero por allá...

—"Tal vez mueras" queda más cerca. Si continúan la misma ruta.

—¿Qué clase de estúpidos nombres son esos?

Edrik alza los hombros sin saber qué responder. No se ha quedado el tiempo suficiente, en cada una de las comunidades que ha visitado, como para conocer sus nombres. De pronto se ve corriendo en medio de la noche, con los gritos de varios hombres, armados de garrotes y bieldos tratando de alcanzarlo.

—Nuestras familias nos esperan —la voz del enano lo saca de sus recuerdos—. Déjenos ir.

—No me gusta la mirada de estos enanos, capitán.

—Tal vez si los dejamos ir vayan por más de los suyos. Si son muchos podrían acabar con nosotros, señor.

—¿Edrik?

—Eh... no he interactuado mucho con ellos. Sé que no se dejan de nadie y protegen a la familia hasta con su vida.

—iHum...!

—Capitán, no cometa un error con ellos.

—¿Sí? ¿Cómo cuál podría ser?

—Que los cuelgue, por ejemplo.

—¿Colgarnos? —espeta el más joven, Nash y traga con dificultad.

—Pero si no hemos hecho nada.

—Capitán —insiste Edrik—. Desármelos y déjelos ir. No son un peligro real para nosotros.

—Escuche al muchacho, capitán —Mon los mira fijo—. Si nos deja ir continuarán su viaje tranquilamente. En cambio... si nos asesina, mi familia los perseguirá hasta tomar venganza.

Pelat observa los grisáceos ojos. Aquella mirada no es la de cualquiera, sino la de un líder con verdadera autoridad. Importante para los suyos.

—Desármenlos —ordena—. Átenlos bien y échenlos a una de las jaulas.

—Pero, capitán...

—No cuestiones mis decisiones, Edrik. Recuerda que tú no eres nadie.

El joven echa el cuerpo atrás, ofendido. Los tres pequeños forcejean, pero maniatados son presa fácil de quienes los duplican en número y en tamaño.

## Capítulo 14

Al escuchar protestas por el camino, Veka sale de su carreta para saber de quién proviene. Ve a los de constitución pequeña, retorciéndose entre los brazos de los soldados.

—Pero, ¿qué hacen? —reclama— ¿A dónde llevan a esos hombres?

—Son prisioneros, señorita.

—¿Por qué? ¿Qué hicieron?

—Absolutamente nada, niña bonita —sonríe prendado Nash.

—Son órdenes del capitán —siguen su camino.

—Pero... —quiere seguirlos, pero opta por buscar a Pelat.

Al avistarlo va directamente al hombre que arregla el estribo de su silla para montar, pero se frena de pronto al ver cerca de él a Edrik, montando también. Tiene un vuelco en todo su ser; lo mismo que él. Sus ojos son un estallido de luces de colores y sus corazones un par de briosos potros que corren a su encuentro. Ambos, como si lo decidieran de común acuerdo, esquivan su mutua presencia y miran a otro lado sin llamar la atención de Pelat.

—Qué absurdo atropello acaba de cometer, capitán —reclama.

—No comprendo, señorita.

—¿Por qué ha hecho prisioneros a esos hombres? Usted no tiene ninguna autoridad sobre ellos.

—En eso se equivoca, señorita. Estas tierras también pertenecen al reino, por tanto, mi autoridad prevalece intacta.

—Ese, es un error común que se comete en los nuevos territorios. Si ésta es zona inexplorada, los legítimos dueños de ella son aquellos con los que nos encontramos. Como esos hombres pequeños.

—Ese es su punto de vista, señorita. Pero nuestras leyes dicen lo contrario. Vuelva a su carreta, por favor.

—Pero...

—Edrik —su voz lo espabila—. Acompaña a la señorita.

—¿Yo? Claro —desmonta y en el acto, llevando de las riendas su montura la invita a volver a su coche.

Ambos caminan en silencio un par de metros. Tiemblan inquietos, nerviosos, pero a la vez emocionados.

—¿Qué haces aquí? —inquiére él.

—Lo mismo te pregunto.

—Soy quien guía la expedición. ¿Recuerdas que te dije que era uno? ¿Un guía?

—Dijiste que de cazadores.

—También puedo guiar expediciones. Tú, ¿qué haces aquí?

—Mi padre encabeza el equipo de investigación.

—¿Tu padre es el hombre con espejuelos que parece ir de un orbe a otro?

—Eres el primero que lo describe con exactitud —sonríe—. Pero en ese viaje aparente, él no pierde detalle de cuanto ocurre a su alrededor. Es un tanto de estrategia y un mucho de precaución.

—Entiendo.

—¿De verdad?

—Su hija en medio de tantos hombres. Tan joven, tan bella... debe dormir con un ojo abierto.

Ella ríe con aire divertido. Edrik se relaja al escucharla. ¿A quién debe agradecer aquel bendito encuentro?

—Sé defenderme —le asegura Veka—. Y a mi padre también.

—¿En serio? —se atreve a mostrar cierta mofa.

—No te atrevas a probarme —llega a su carreta—. Saldrías lastimado.

—¿Me permites dudarlo?

—Estás advertido —sube a ella y el vehículo se pone en movimiento.

El joven se siente a punto de un grito de algarabía, pero el paso de un grupo de hombres de Pelat lo invitan a controlarse. Monta su caballo y continúan hasta que la tarde y la noche caen.

En la jaula, los enanos dormitan junto a pollos y gallinas. Par se espabila al inhalar una pluma. Llama a su compañero, señalando a Nash. Tiene la mirada perdida y sonrío de manera etérea.

—¿A ti qué te pasa? —el hombrecito lo sacude con sus pies.

—Mon —lo ve ilusionado—. Creo que me he enamorado.

—¿De la joven que vimos antes?

—¿Te fijaste la manera en que nos defendió? Y nos llamó hombres.

—Eso somos.

—¿Y quién nos considera tales? Para todos somos enanos. Nada más.

—¡Hum!

—¿Qué vamos a hacer, Mon? —inquiére Par.

—Por el momento nada —le muestra sus manos atadas.

—Las sogas nunca nos han detenido —sonríe con picardía.

—Pero sí la idea de encontrar oro. El muchacho lo mencionó —dice Nash.

—¿Crees que sepan sobre Meycrow? —Par mira a su líder.

—No. Pero quizás lo busquen... también. Meycrow. La ciudad de oro. Los abuelos de mi abuelo... generación tras generación la buscaron hasta dejar la vida en ello. ¿Será posible que un extranjero llegue y de con ella para saquearla a su antojo?

—No será la primera vez...

—Pues no —aprieta los dientes—. Busquemos la manera de permanecer con ellos. Somos buenos cazadores...

—Conocemos los bosques mejor que nadie.

—Las aldeas y comarcas... —consiente Par.

—Los peligros —ríen en complicidad.

—Un momento —salta Nash—. Me opongo terminantemente a dañar a esa niña bella. ¡Nos defendió!

—No sabemos con qué fines, Nash.

—Siento que la amo.

—¿Y Runa?

—No significa nada para mí y ella lo sabe.

—Están comprometidos, Nash.

—Por culpa del viejo Seylor.

—Desespera por descendencia —ríen con aire burlesco.

—¡Ah, qué se busque a otro! Mi corazón... ya encontró dueña.

## Capítulo 15

Con un cabo de vela encendida, Edrik observa una huella marcada en lodo seco. Es la planta de un pie calzado. Compara la suya y a su lado parece la de un niño. Mevi y él se miran sorprendidos.

—¿Qué clase de hombre tiene un pie tan grande, Edrik? —inquire el joven.

—Uno muy alto... supongo.

—No la habías visto antes, ¿verdad?

Niega con la cabeza, tratando de recordar a alguien mucho más alto que él. Algunos krangs son altos; pero ninguno supera los dos metros, está seguro.

—¿Se lo vas a decir a Pelat?

—Debo hacerlo —se levanta y vuelven al campamento.

Por curiosidad, Mevi compara su pie con las huellas; se estremece al imaginar el tamaño de su dueño.

Hay un revuelo entre los hombres del capitán; el mismo Pelat y Certar al ser informados. De inmediato quieren ver esa huella. Unos cuantos hombres quedan en el campamento; vigilando. Mon y los suyos observan con curiosidad, pero no se explican el alboroto. En un momento todo vuelve a ser silencio. Entonces, los tres hombres pequeños escuchan con atención. Hasta los grillos en la hierba han dejado de cantar. Aguzan el oído y la mirada.

—¿Mon...?

—¡Sshh...! —conmina y revisan su entorno.

Veka se espabila con sobresalto en su camastro. El canto de los grillos había sido un arrullo en su reposo, pero no los escuchaba más. El silencio le produce escalofríos. Deja la carreta. Hay pocos hombres haciendo sus rondas. Mira al estrellado cielo; luego, a su alrededor. Conoce la sensación: acecho. Va directamente a donde la fogata arde y algunos hombres cabecean. Los caballos atados se inquietan. Hay algunos ruidos alrededor, pero nada ve. El crujido de ramas espabila a los guardias. Antes de poder decir nada, un terrible grito inquieta más a los animales.

—¡Venga aquí, señorita! —la conminan.

—¡Qué pasa! —exclama con sobresalto.

—¡Creo que fue Herdon! ¡Herdon! ¿Estás bien?

No hay respuesta. Un nuevo grito los cimbra, pero es muy distinto al primero.

—Eso pareció grito de mujer —dice la joven.

—¿Quién está ahí? —toman astillas encendidas iluminando la oscuridad.

No hay respuesta. Los hombres se miran y luego hacen barrera ante Veka, llevando la mano a la empuñadura de la espada. De pronto, de lo profundo del bosque escapan seres extraños que se mueven en el aire y visten totalmente de negro. Todos gritan al ser embestidos y huyen ante lo desconocido. Unas risas escalofriantes los persiguen.

—¡Carne fresca! —gritan tras ellos.

Una mano huesuda se tiende tras Veka y la sujeta con fuerza por el talle. Su grito de horror, ante la vista de un rostro de facciones marchitas, se pierde en el bosque.

—¿Qué fue eso? —Edrik endereza el cuerpo y barre con su antorcha la oscuridad.

—El viento —asegura Certar tumbado en el suelo para observar con detenimiento aquella huella.

—¿Es real, profesor? —inquire Pelat a su lado.

—Definitivamente —consiente, tomando medidas.

—Y... ¿de qué altura estamos hablando?

—Si mis cálculos son precisos... es alguien con estatura aproximada de... dos metros y ochenta y cinco centímetros.

—¿Dos ochenta y cinco? Es más alto que un oso grizzly.

—No hay ser humano que mida tanto. ¿O sí?

—Al menos no conocido. Quizás... ésta sea una raza oculta. Con cierto

grado de civilización pues calza sus pies y no de manera rústica.

Gritos desenfundados los alertan. Pelat y sus hombres sacan la espada. Luego, otros tantos llegan a ellos, llevando a rastras a otros pálidos como un cadáver.

—¿Qué pasa? —inquire el militar.

—¡Fuimos atacados! —gritan con espanto.

—¡Qué! ¿Por quién?

—¿Y mi hija? —se angustia Certar.

—¡Hablen, imbéciles!

—¡No sé lo que eran! —responde temblando de miedo— Salieron de lo más oscuro, con ojos destellantes, risas que erizaban la piel...

—¿Risas?

—Carcajadas frías y horribles.

—¿Cómo eran?

—¡No sé! Yo... me escondí cuando uno levantó a Hedron y se lo llevó volando.

—¿Volaba? —Pelat se sorprende más.

—Sí, señor.

—Quiero más información —se ponen en camino de regreso.

—¡No sé más...!

—¿Pronunciaron alguna palabra?

—Creo que oí que uno decía: Carne fresca.

—Brujas —Edrik echa el cuerpo atrás con angustia.

—¿Hacia dónde se fueron?

—No sé.

—¿Y ustedes?

## Capítulo 16

Todos niegan con la cabeza, temblando de miedo. Al llegar al campamento, todo es quietud en él.

—¿Dónde estaban! —inquire Pelat.

—¿De dónde salieron? —los presiona a su vez Edrik.

—¡No sé, no sé...!

—¡Todo pasó rápido...!

—¡Imbéciles...!

—¿Y mi hija?

—Estaba aquí en la fogata, pero...

—Pero, ¿qué? ¡Hablen!

—Se la llevaron también.

—¡A dónde...!

—¡No vi!

—¡Nosotros sí! —las vocecitas de los enanos llegan a ellos.

Edrik va de inmediato hasta donde están presos.

—Nosotros lo vimos todo —asegura Mon y sus compañeros lo confirman.

—¿Eran brujas?

—Seis para ser exacto —acepta Par.

—¿Hacia dónde se fueron? —inquire Pelat.

—La dirección no tiene sentido cuando uno no conoce el bosque lo suficiente.

—Por favor —suplica Certar—. Se llevaron a mi hija y es lo único que me queda en la vida.

—Yo daría con gusto la mía por salvarla, señor —sonríe Nash.

—Sáquenlos de aquí y los guiaremos a ellas —afirma Mon.

—Olvídenlo.

—Por favor, capitán...

—Son prisioneros.

—¡La vida de mi hija corre peligro! Si ellos pueden ayudar...

—Tal vez nos lleven a una trampa.

—Nosotros no congeniamos con brujas —dice Nash.

—Han robado a muchos de nuestros niños.

—Matar a una, es un acto heroico para nuestro pueblo.

Los hombres miran a Pelat. Éste continúa indeciso.

—La muchacha vive todavía —confía Mon—, pero su tiempo se agota.

—Capitán...

—Por favor —suplica Certar.

En un claro del bosque, media docena de brujas avivan el fuego alrededor de un gran caldero renegrido. De la rama de un árbol seco, Veka cuelga atada de sus manos. Los hombres yacen tumbados en el suelo, mojados por un extraño brebaje que las horribles mujeres les obligaron a beber. Convulsionan ligeramente y sus ojos quedan en blanco. Las mujeres ríen con satisfacción; yendo a ellos para besarlos y estimularlos sexualmente. Veka desvía la mirada con repulsión. Busca la manera de aflojar sus ataduras y escapar; pero la ataron con nudos fuertes. Forcejea sin resultado alguno.

Mientras cinco de las brujas copulan con los varones, la sexta se acerca a Veka. Sus facciones son tan espantosas que la joven no tolera su vista. Bajo una hirsuta mata de cabello ceniciento, brillan unos ojos en color rojizo. De piel verrugosa, marchita por los muchos años, nariz grotesca que se alarga un poco más que del común para olfatear un poco mejor que otros; manos largas, huesudas con uñas negras y fuertes como

garras.

—Hermosa virgo —sus dedos grotescos la sujetan de la barbilla obligándola a verla—. Tu sangre caliente nos fortalecerá a mí y a mis hermanas.

Le rasga la blusa, tocando la lozana piel de su vientre,

—No —forcejea con rabia mientras la horrible mujer la acaricia.

Luego, en un zarpazo la hiere, haciéndola sangrar. El grito de Veka alerta a Edrik y sigue a los enanos con mayor confianza. Pelat hace lo mismo, con cinco de sus mejores hombres a su lado.

—Si los enanos intentan escapar —advierte—, mátenlos.

—Sí, capitán.

La bruja recoge en sus uñas algunas gotas de sangre y la paladea entre su amoratada lengua y dientes renegridos.

—¡Ah, exquisita! —exclama con deleite— Hacía tanto tiempo que no teníamos por aquí a una virgen.

Chupa en su vientre la sangre que mana por la herida.

—¡Apártate de mí, bruja asquerosa! —se sacude evitándole lamer su sangre.

Las brujas ríen ante sus insultos. Los hombres han saciado su apetito carnal. Sin dudarlo los degüellan y todas van a donde Veka cuelga.

—¡No! —intenta alejarlas, pateando.

## Capítulo 17

Sin embargo, las brujas la someten y se turnan para saborear la herida hecha por su hermana. Ésta, junto al caldero que hierve afila cuchillos. Su nariz percibe cierto aroma que se confunde con otros tantos. Observa en torno, pero nada ve. Mira a los hombres en el suelo y va a ellos para olfatearlos. Su aroma se asemeja al que percibe, pero hay algo más que no logra identificar. Aspira con fruición por todos los puntos cardinales y luego levanta la cabeza. De pronto ve a Nash, con un garrote en mano, cayendo sobre ella desde la rama de un árbol. La golpea con toda la fuerza de que es capaz. De otro extremo aparece Edrik e impacta su bastón en la frente de la mujer cayendo ésta sumamente aturdida.

—¡Atrás, engendros del mal! —Pelat amenaza con su espada.

Mon y Par pelean también contra ellas. Edrik usa con destreza su bastón, balanceándose en él y pateando con decisión los horribles rostros; algunas dan de lleno contra el caldero y sus ropas toman fuego.

—¡Agh! —gritan espantadas y huyen por el bosque.

—¡Veka!

—¡Padre...!

Con el cuchillo que la bruja afilara, Nash, trepado en el árbol corta la sogá y Edrik la recibe en sus brazos.

—¿Estás bien? —inquire.

—No del todo —lo mira a los ojos—. Esas mujeres estuvieron lamiendo la herida que me hicieron. ¡Iban a beber toda mi sangre! Después...

—Se alimentarían contigo.

—Mataron a esos hombres.

Edrik va a ellos y comprueba que así es. La bruja tendida en el suelo con la frente abierta, se espabila. Toma una extraña escoba, la monta con agilidad y sale volando en ella sin que nadie logre impedirlo.

—Escapó la maldita —gruñe Mon, enfundando la espada.

—¿Cómo me encontraron?

Todos miran a los enanos. La joven va a ellos y planta en cada mejilla un beso de agradecimiento. Nash se ilusiona más. Nadie le había dado un beso tan sincero. Mon le da un codazo en el costado para que se comporte. El hombrecito endereza su postura y frunce el ceño.

—Salgamos de aquí —ordena Pelat.

Después de un baño y una minuciosa curación por parte de su padre, Veka duerme profundamente. Certar pasa una mano por su frente.

—¿Hay fiebre? —inquire Edrik, asomado entre los pliegues de la carreta.

—No.

Consiente y sigue su ronda por el campamento. Se da cuenta que Mon y sus compañeros de nuevo están en la jaula. Busca de inmediato a Pelat. Lo encuentra fuera de su tienda, tratando de ubicarse en su mapa.

—Veo que hizo prisioneros a los enanos de nuevo.

—No confío en ellos.

—Nos llevaron exactamente a Veka y los otros. Para mí son elementos útiles para la expedición.

—No los conocemos. No sabemos lo que ronda por sus mentes. Tal vez en la primera oportunidad nos degüellen a todos...

—¿Y va a hacer lo mismo con cuantos nos encontremos? Lo creía más valiente, Pelat.

—¿Qué insinúas? —se pone de pie molesto.

—¿Qué tal si mañana nos encontramos con el dueño de esa huella? ¿Qué hará entonces? ¿Asesinarlo antes de saber si es un ser pacífico o alguien peligroso? Creo... que los enanos serán más ayuda que un problema.

—¿Te responsabilizas de ellos?

Lo piensa unos momentos.

—Sí —consiente.

—Bien. Advérteles lo que pasará si fallan.

—Claro —vuelve a la jaula y libera a los hombres pequeños.

—¿Nos devolverán también nuestras armas? —inquire Mon.

—Paso por paso, ¿de acuerdo? —frunce el ceño el joven.

—Está bien —acepta el líder.

—¿Cómo está la niña? —quiere saber Nash.

—Duerme tranquila. Vengan conmigo.

Los lleva con Mevi y sus hombres.

—Recuerden —Edrik les habla—. Si escapan, Pelat me colgará del árbol más alto a su alcance y si los atrapa...

—Nos colgará de tus pies, supongo —dice Mon.

—Y no errarías, viejo —palmea su hombro Mevi.

—Pelat es de ese tipo —consiente el joven.

—No huiremos —asegura Mon.

En cuanto el día despierta retoman su camino. Edrik empareja su jamelgo a la carreta en la que Veka viaja.

—¿Cómo estás? —inquire.

—Bien —asegura sonriendo—. Tuve horrendas pesadillas con las brujas, pero tú llegaste para echarlas.

—¿En serio estuve en tus sueños? —sonríe halagado.

—Sí.

—Y... ¿qué más pasó?

—Nada. Desperté y el sueño terminó.

—¡Ah...! —no oculta su decepción.

## Capítulo 18

Al notar que lo llaman golpea los costados del caballo yendo hasta Pelat que observa en la lejanía.

—¿Qué lugar es ese? —señala la comunidad a lo lejos.

—Tal vez mueras —responde.

—¿Cuál es la razón de ese nombre?

—Según cuentan —explica Mon en una reunión con todos—. Los primeros que llegaron al valle estaban enfermos. Les gustó el lugar por fértil y agua abundante muy cerca. Comenzaron a levantar sus hogares, pero también a morir los más débiles. Se volvió de común entre ellos decir: Tal vez mueras hoy, mañana o pasado; sin que jamás se les ocurriera otro nombre. Quedó así hasta nuestros días.

—Es absurdo.

—Pero cierto —sonríe Nash, estirándose sobre las plantas de los pies buscando parecer más alto ante Veka.

—¿Qué encontraremos? —inquire Pelat.

—Eso no podemos saberlo. Todo depende de quién asuma la autoridad.

—Explícate.

—Sí —interviene Par—. Como Tal vez mueras es villorrio de paso, muchos llegan, causan el desorden matando a las autoridades en turno, se adueñan del pueblo y gobiernan hasta que se enfadan y se van.

—O todo puede estar tranquilo —dice Nash a su vez, coqueteando discretamente—. Si es así no hay problema. La gente allí no se mete con nadie. Podemos conseguir lo que queramos y continuar nuestro camino en paz.

—¿Edrik?

—No me quedé mucho. Yo... tomé algunas cosas por ahí y seguí mi camino.

—Lo ideal es que bajemos unos cuantos y exploremos —propone Mon.

—A nosotros nos conocen y saben que somos gente de paz.

—Quiero ir —se apresta Veka.

—Yo puedo hacerte compañía —levanta la mano Nash.

—Bien —consiente Pelat— irán los enanos, la señorita Veka, Edrik y yo. Prepárense.

9

—Hijita, ¿estás segura? —inquire Certar ajustando los cinchos de su silla.

—Sí, padre —sonríe—. No te preocupes.

—Sí, profesor —guiña un ojo Nash compartiendo sitio con la joven—. Yo la cuido.

Se abraza a ella encantado y bajan hacia el valle con buen paso.

Al entrar a la comunidad no ven nada fuera de lo común. La gente recorre las calles y aceras con tranquilidad, en busca de lo necesario para la comida. Los forasteros llaman la atención momentáneamente, pero ante el saludo afable de los enanos siguen sus actividades normales.

Cargando sacos a la espalda, por una de las aceras camina una familia de enanos que se dirige a una pequeña carreta tirada por un asno. Uno de los niños mira a los que viajan a caballo.

—¡Mira, padre! —señala a los enanos— ¡Es el tío Mon! ¡Tío Mon!

—Recontra —espeto molesto el hombrecito.

—¡Mon! —su hermano corre a él— ¿Qué haces con esos grandulones?

—Trabajo, Pika —se despide.

—Creí que estabas de cacería.

—Cacé un empleo.

—Par, Nash... ¿es cierto?

—Totalmente, Pika.

—¡No nos esperen en un buen tiempo!

—¿No hay lugar para mí?

—¡No! —espetan todos a una voz.

—¡Ah...!

—¡Adiós, tío Mon!

—¡Adiós, Eri!

A una orden de Pelat se detienen ante lo que parece ser una taberna. Entran y llaman la atención de cuantos se encuentran allí. No por Veka, sino por la manera en que Nash sostiene su mano. Se miran entre sí y rompen en hilarante carcajada. Edrik se adelanta, obligando a la singular pareja soltar sus manos. Luego sujeta a Veka llevándola hasta una de las mesas.

—¿Qué pasa? —escapa de él molesta.

—¿Acaso no los escuchas? Se ríen de ti y de Nash.

—¿Qué hicimos?

—En sus mentes, en estos momentos, de todo. Las parejas disímbricas aquí, no son bien vistas.

—Pero Nash y yo no somos pareja.

—La manera en que él sujetaba tu mano anuncia lo contrario.

—Lo siento, bonita —el enano le guiña un ojo con picardía.

## Capítulo 19

Ella sólo mueve la cabeza negativamente.

—¡Tabernero! —golpea la mesa Mon— ¡Tráeme tu mejor vino! El capitán Pelat paga.

—No abuses, enano —reproche el militar buscando entre sus ropas dinero.

Escuchan caballos afuera y gente apeándose. Luego, entra una docena de hombres de extraña apariencia.

—Krangs —dice Par.

Estos son altos y atléticos. De piel bronceada y ojos de colores fuera de lo convencional. Los más son de color amarillo, otros los tienen rojos, otros más verde limón. De ropas ceñidas que marcan su perfecta constitución. Al pasar ante la mesa de Edrik y los enanos los miran con recelo. Van directamente a la barra, ordenando vino y qué comer. El pelambre que lucen en la cabeza es de tonalidades que van desde el dorado hasta el negro y se esparce como la piel en los animales: por sus hombros, ciertas zonas de los brazos, los dorsos de las manos. Por la puerta principal entran dos krangs más. Uno de ellos es al que Edrik le robara la moneda y el otro, es una mujer de brillantes ojos violeta que se fija de inmediato en el joven. Imágenes confusas golpean de pronto su mente. Está con él en una terraza en el rellano de una montaña escarpada. Sonríen, se abrazan y se besan, admirando el maravilloso día nevado ante ellos. Edrik tiene más años encima y dentro del hogar se oyen risas de niños. La mujer krangs parpadea turbada y está de nuevo en la taberna. Ella posee un porte distinguido. El pelambre pardo se extiende por su frente y casi la mitad de su cara del lado derecho; tiene en ellos manchones más tenues, como lunares. A su espalda, en fundas de piel resistente lleva un par de espadas que se cruzan. Los mangos son de oro puro que destellan tanto en los ojos de Pelat como en los de los enanos. El que la acompaña mira también a Edrik. Sabe que lo ha visto antes, pero no recuerda dónde. El joven esquiva su mirada con naturalidad.

—Es mujer —comenta Veka con admiración— y muy bonita.

—También peligrosa, mi niña bella —dice Nash.

—¿La conocen? —inquire Pelat.

—Es Sajjara, la hija del líder krangs.

—¿Qué son ellos? ¿Hombres bestia?, ¿o bestias hombres?

—Son una raza única —explica Mon—. Sus singularidades se deben a que nunca se mezclan con otras razas. Su linaje está perfectamente delineado gracias a sus ancianos. Son más fuertes que un hombre común. También sus mujeres. ¿Ven la manera en que Sajjara lleva a la espalda las fundas de sus espadas? No cualquiera las porta así. Únicamente los mejores guerreros.

—Los otros la llevan al cinto —observa Pelat—. ¿Acaso significa que ella...?

—Es la líder de ésta partida.

—¿Una mujer al mando? Inaudito.

—Le dije que aquí las cosas son diferentes —interviene Edrik.

El que entrara con Sajjara mira de nuevo al porteño. Arruga el marcado ceño y bufa con molestia al lado de la krangs.

—El que entró con ella —de nuevo habla el joven—, ¿quién es?

—Garu —responde Par—. Su hermano mayor.

—¿Y ella lo aventaja?

—Garu tuvo un encuentro desafortunado. Cayó por un barranco. Se mantuvo al borde de la muerte por mucho tiempo. Cuando se recuperó... no era más el mismo. Antes era el más bravo de los krangs. Su presencia imponía a donde llegara. Orash, su padre, estaba seguro lo sucedería a su muerte. Pero... hoy es como un adolescente krangs. Conserva su fuerza y sus habilidades para pelear. Pero no es más el estratega con liderazgo. Ese... Sajjara lo tiene ahora.

—¿Alguna celada? —inquire Pelat.

—Garu dice que fue un gigante —responde Nash, bebiendo su vino.

—¡Tú! —Garu señala de pronto a Edrik— ¡Eres el ladrón!

Se acerca con la intención de atacarlo. El joven salta de su asiento, subiendo a la mesa.

—Tranquilo, Garu —lo contiene Sajjara, adelantándolo y mira

desafiante a Edrik.

Pelat saca su espada y los enanos buscan las suyas, pero no las llevan consigo. Veka no se mueve de su asiento observando con suma atención cuanto sucede. La bella krangs se acerca un poco más al joven guía.

—¡El robó mi moneda, Sajjara! —señala Garu— Que me la devuelva.

—Ya oíste a mi hermano, extranjero.

—Lo siento, pero ya no la tengo. A mí también —mira a Pelat— me fue birlada.

—¡Mentira! —el krangs quiere atacarlo, pero su hermana lo impide.

Lo encara mirándolo a los ojos. Él, aunque tentado a esquivarla, no aparta la mirada.

—No más, Garu —casi toca la frente con impresionante cicatriz—. Ahora creo cuanto dijiste.

—Pero él robó mi moneda —lo señala como niño despojado.

—Tampoco la tiene ya.

—Dice mentiras.

—Juro que no, amigo —asegura Edrik arriba de la mesa todavía.

—¡Yo no soy tu amigo... ladrón! —adelanta el fornido pecho.

—Vuelve a la barra, Garu —la mujer lo obliga a retroceder—. Termina de comer.

—Quiero mi moneda, Sajjara.

—La encontraremos después. Ve con los otros.

## Capítulo 20

El krangs obedece, aunque no de buena gana. Ella queda ante los enanos y los extranjeros. Mira de nuevo a Edrik. Él baja de la mesa, yendo a ella para mirarla ligeramente hacia arriba. Debe alcanzar un poco más del 1.80. Atlético, pero sin perder su feminidad. Lleva en sus orejas aretes de oro en forma de cabeza de león.

—¿Describes la moneda que robaste a mi hermano? —le dice.

—Eh...

—Sólo quiero saber cómo era. Él volvió a casa con una historia increíble. Si describes la misma moneda... Garu no inventó nada. Dime cómo era.

Edrik mira a Pelat y éste consciente con un movimiento de cabeza.

—Bueno... yo iba de regreso a casa y encontré a tu hermano durmiendo contra un árbol. Totalmente de pie, ¿cómo alguien puede dormir de pie? Eh... me acerqué, con curiosidad, más que nada. En su mano tenía una moneda de oro.

—¿Sí?

—Como él dormía... se me hizo fácil tomarla de su mano y llevármela. No con el fin de causar algún mal, sino...

—Sin malicia alguna, imagino —es un tanto irónica y el rostro del joven se colorea de carmín. Baja la cabeza con aire avergonzado.

—La moneda era de oro puro y tenía acuñada en una de sus caras, un cisne con las alas abiertas.

—Sí —sonríe—. Es precisamente como Garu la describió.

—¿Esa es la historia que no podían creerle? —interviene Veka.

—No —ni siquiera baja la mirada a ella. Su atención está puesta en Edrik y, mientras habla, las escenas de su visión se repiten una y otra vez—. Lo increíble es que Garu dice que el gigante que provocó su accidente se la regaló.

—Por lo visto esos gigantes son un mito para todos —habla Pelat.

—Nadie los ha visto —comenta Nash.

—No al menos alguien que se considere de fiar. Casi siempre se trata de los más ebrios, mitómanos de nacimiento, locos o inocentes como Garu.

—Disculpe, señorita —se acerca el capitán.

—Mi nombre es Sajjara, hija de Orash y Briana, señores de Mazra. No puede hablarme como si yo fuera una simple mujer. Soy una guerrea krangs que podría decapitarlo en dos movimientos.

—¿En serio...?

Aun habla cuando ella desenfunda sus espadas y las coloca al cuello del hombre como las hojas de unas afiladas tijeras. Los ojos de Edrik y los enanos se agrandan deseando que ella asesine al hombre. Veka contiene la respiración entre sorprendida y asustada. Ni siquiera advirtió el momento en que la krangs sacó sus armas. Ninguno de los que están con ella hace movimiento alguno; siguen alimentándose y bebiendo tranquilamente. Los lugareños, en cambio, quedan petrificados en sus asientos. El bocado a medio camino cae sobre la mesa ante el temblor de sus dedos. El tabernero busca el más apartado rincón tras el mostrador. El extranjero no tiene ni la más mínima oportunidad.

10

Con satisfacción, Sajjara nota como el rostro del militar se perla en un momento de sudor. Con la misma limpieza y rapidez, la krangs vuelve sus armas a sus fundas. Pelat sigue con la boca abierta, pálido como un cadáver y sin respirar normalmente. Sin decir nada más le da la espalda. Pelat mira al joven porteño y le indica con una leve sacudida de cabeza ir tras ella. Edrik lo mira aturdido por un momento. El capitán insiste y el joven comprende entonces las intenciones del militar. Se ha dado cuenta también que atrae a la krangs. Consiente moviendo la cabeza y la sigue de vuelta a la barra.

—Somos exploradores llegados de las playas —se apoya en el mostrador de manera de tenerla de frente—. ¿Conoces las playas? ¿El mar?

Sajjara niega con la cabeza comiendo a dentelladas su carne. Lo observa. Es el hombre, no krangs más atractivo que ha visto hasta el momento. La manera en que sonrío cosquillea su pecho, su piel por entero. Por encima de su hombro voltea a ver a sus hombres. Ninguno les

presta atención hartando su hambre.

—¿No conoces el océano? —su voz acaricia de nuevo sus oídos.

—¿Qué es eso? —inquieta sin dejar de masticar.

—Leguas y leguas de agua que se extienden hasta cansar tu vista. ¿Nunca has navegado? ¿No conocen los botes y los barcos por aquí?

—Botes y barcazas —consiente Garu salpicando por doquier su comida.

—Navegamos por ríos y lagos, pero nunca oímos del mar y el océano.

—Sí. Debe ser ese extraño poder que no les permite ir más allá del río.

—No te entiendo.

—Conformamos una gran expedición.

—¿Tú y ellos? —los señala con desdén.

—No —sonríe y nota como ella sonríe no sólo con su boca, también con sus ojos y toda la expresión de su rostro.

Mira de soslayo a sus compañeros y especialmente a Veka. La muchacha los observa con extrema curiosidad. Casi podría jurar que busca leer sus labios.

—Somos más —asegura, dándole la espalda—. Nos esperan en una colina cercana. Eh... el profesor Certar es un hombre en busca de conocimiento.

—Mi pueblo ama el conocimiento. Los ancianos lo conservan en miles de rollos, folios y libros.

—Debe ser... fascinante. ¿Crees... que lo compartirían con nosotros? —con naturalidad toca el brazo de la mujer. Ella mira la nervuda mano, pero Edrik no la mueve de su sitio.

—¿Con qué fines? —toma un poco de vino y así lo elude.

—Ese mismo: conocer. Conocerte...

Lo mira. Edrik nota cómo las pupilas de sus increíbles ojos violeta se

contraen y dilatan.

—No es decisión mía —lo esquivo ahora con lo que imagina cierta timidez—. Sino de mi padre... y los ancianos.

—Claro —sonríe ampliamente.

Se vuelve de lleno al mostrador, obligando a trabajar el doble a su cabeza. Pide un poco de vino y algo de comer. Mira a Garu que le gruñe con antipatía.

—¿Me estabas buscando? —quiere saber comiendo pequeñas porciones.

—Sí —acepta.

—Pero para constatar lo de la moneda y que el gigante se la regaló.

—Así es.

—Entonces... te interesa más encontrar al gigante.

—Arruinó la vida de mi hermano.

—Claro. Y... ¿tuvieron suerte?

—No.

—¡Hum! —consiente— Y... ¿si te digo que nosotros encontramos sus huellas?

—¿Del gigante? —se alerta y sus hombres con ella— ¿Dónde? ¡Muéstramelas ya...!

Lo toma de sus ropas sacudiéndolo. En la mesa, Veka se levanta con sobresalto. Los krangs llevan la mano a la empuñadura de la espada, pero no harán nada sin una orden de Sajjara.

—Tranquila —escapa de ella con sutilidad.

—¿Dónde fue? ¡Dónde!

—Lejos en el bosque, pero el profesor tomó un molde de ella y puedo mostrártela. Se las mostraré a todos.

—¿A cambio de qué? —endereza la espalda.

—De conocer a los tuyos.

Sajjara lo mira fijo a los ojos. Luego, lo toma de sus ropas para hablarle con autoridad.

—Si tú y los tuyos esconden otras intenciones... los mataremos a todos.

—De los únicos que podrías preocuparte son de Pelat y sus hombres, pero... son pocos y además cobardes.

—Jamás menosprecies a los cobardes. A veces se convierten en los más peligrosos.

El joven consiente, pero no cree que sea así. No después de ver al capitán a punto del desmayo con tan afiladas hojas a su garganta.

## Capítulo 21

Sajjara y los suyos los acompañan. Certar está maravillado, impresionado de conocerlos. ¡Qué descubrimiento tan extraordinario! Una nueva raza, mejor dotada que la propia: fuerte, civilizada, inteligente, con un toque felino en su apariencia, ocular, pilosa. ¿Le permitirían estudiarlos? Sin vacilar les muestra la huella hecha de arcilla. La reacción de temor de Garu al verla, convence a la krangs de llevarlos a Mazra.

Llegada la noche acampan en un prado. Sajjara despliega de inmediato a sus hombres y Garu caza un par de ciervos antes que cualquiera de los subordinados de Pelat y Certar. Hay cierto nerviosismo entre los expedicionarios. ¿Y si de pronto decidían que no eran dignos de sus terrenos? ¿Y si mientras duermen son atacados por ellos, pasados por espada, destrozados entre sus fuertes brazos? Hay inquietud.

A través de los pliegues de su carreta, Veka advierte a Edrik conversando con Sajjara. Un tanto molesta corre la lona y vuelve al lado de su padre que examina los dibujos hechos por su hija y sus observaciones personales.

—¿Qué tienes? —inquire Certar sin levantar la vista.

—Esa mujer. La tal Sajjara...

—¿Sí?

—Me ha borrado por completo de la vista de Edrik y sin mover un solo dedo.

—¡Hum...!

—Acepto que es bastante bella y aun con su porte de guerrera no deja de ser femenina; pero, Edrik me conoció primero. ¡Yo encendí su mirada primero...!

—¿Qué? —Certar deja a un lado el legajo— Veka, ¿te das cuenta de lo que dices?

—¡Oh, padre! —va a él para abrazarlo.

—¡Hija mía! —la besa con ternura.

—No sé qué me pasa —solloza—. Ella es imponente.

—Es lo que científicamente llamamos una hembra alfa.

—Pero en el Sagreth dijiste que yo era una hembra alfa.

—Sí. Aquí tendrás que demostrarlo, pero... ¿para qué lo harías, cariño?

—Me siento confundida, padre.

—Tu futuro está definido, Veka. Desecha esos sentimientos.

—Sí —respira profundo controlando esas repentinas ganas de llorar—. Perdón.

—Sólo no olvides quién eres —sonríe enjugando algunas lágrimas que se le escapan.

Ella consiente y juntos miran los dibujos.

En su tienda, Pelat va de un lado a otro como fiera enjaulada.

—Quiero a tus hombres siempre listos —le habla a un subordinado—. Que observen a esos krangs hasta verlos en sus sueños.

—Sí, capitán.

—Encuentren sus debilidades: físicas, internas, externas... nadie es imbatible. Todos caen. De una u otra forma, todos caen.

—Muy bien, señor.

Cada vez que se ven o se cruzan, Garu llama ladrón a Edrik y exige la devolución de su moneda. Él le sonríe en son de paz, le muestra sus manos, sus ropas libres de bolsillos donde ocultarla. Eso molesta y frustra al krangs que solloza como un niño. Sajjara se sienta con él y lo consuela. Lloro incluso con el hombre.

—Debe ser difícil —la inesperada voz de Veka la sorprende.

—¿A qué te refieres? —se pone de pie, entera de nuevo.

—Ver a tu hermano en su actual condición.

Mientras se acerca a ella, Veka tiene la impresión que Sajjara crece; pero, aunque debe levantar su rostro para mirarla de frente, no echa el cuerpo atrás ni aparta su mirada de oliva, de los violeta de la mujer.

—Después de ser el krangs que era: fuerte, valeroso... reducido a...

—¿A qué? —aprieta los puños y horada con su mirada la de la joven.

—A alguien totalmente distinto —responde serena—. Vulnerado.

—Ahora yo lo protejo. Si alguien se atreve a burlarse de él no vive mucho tiempo.

—Te creo, pero tampoco puedes ir por ahí asesinando a todo aquel que se mofa o abusa de su condición. No todos saben lo que le sucedió. Tomas en cuenta eso, ¿o no?

—Si te preocupa que nuestra raza sea cruel y sanguinaria... tienes razón, pero no nos guiamos por algún deseo de sangre. Las batallas que hemos librado han sido buscando siempre justicia. Si tú o alguno de los tuyos nos defraudan... habrá una reacción implacable.

## Capítulo 22

Veka asiente. Sajjara vuelve con su hermano y lo lleva a donde han levantado su campamento. La joven otea a su alrededor. Edrik la ha estado observando, sentado ante la fogata mientras desbasta con su cuchillo un pedazo de madera. Va hasta él.

—¿Qué estabas haciendo? —inquire el joven.

—Socializar —sonríe.

—¿Lo lograste?

—Ella es... un poco cerrada en ese aspecto, pero quizás con el tiempo se dé.

—Sí. ¿Tienes más familia?

—No. Sólo somos papá y yo. ¿Y tú?

—Tengo una hermana mayor y pronto nacerá mi primero sobrino.

—Felicidades.

—Mi hermana ha sufrido mucho —rasga la madera con la afilada hoja y ve salir de su tienda a Pelat—. Merece toda la felicidad del mundo.

—Es lo que todos queremos para los que más amamos...

Mientras ella habla, Edrik se siente transportado al pasado. Él y su hermana son arrestados por no pagar los impuestos a tiempo. Encerrados en calabozos separados, el joven advierte como Pelat entra al que Edwina es lanzada. Sus gritos desesperados le rasgan el alma. Hiere sus manos buscando abrir la puerta. Lloro de rabia. El capitán deja la celda satisfecho, arreglando sus ropas y su cabello en desorden. Se detiene ante su puerta, mirándolo con burla.

—Azótenlos y déjenles libres —ordena con cinismo.

La rabia en Edrik se multiplica. Sacude la reja con extremo dolor.

—¡Edrik! —el grito de Veka lo saca de su pesadilla despierto.

Se da cuenta entonces que ha rasgado su mano con la daga.

—¿Qué estabas pensando? —reconviene la joven arrastrándolo hasta

su carreta para curarlo.

Él no responde. La mira y mira cuanto hace para intentar aliviar su dolor. Alarga una mano a ella, sujetándola por la nuca y guía su rostro al suyo, besándola. Nash deja caer la vasija con agua que lleva entre las manos al verlos. Hay rabia, celos y decepción en el enano. Se aleja corriendo como novio que ha descubierto una infidelidad.

—Edrik —suspira Veka.

—¿Qué piensas? —acaricia su mejilla.

—Nada —lo mira—. Todo en mi cabeza está en blanco. No sé qué decir. No sé qué sentir. Es... como cuando flotas en el agua: tranquilo, agradable y no quieres que termine.

—Siento lo mismo —asegura y vuelve a besarla, pero entonces ella lo rechaza.

—Tu mano —sonríe nerviosa—, sigue sangrando.

—¡Ah, sí! —lo recuerda también.

Sobre una roca pequeña en medio de aquel arroyo, Nash solloza sus penas. Garu está cerca y lo escucha. Atraviesa la corriente de agua tumbándose al lado del hombrecillo, que se sobresalta al ver a aquel hombrón muy junto a él.

—¿Por qué lloras? —inquire Garu con su vozarrón.

—¡Ah! —moquea un poco— Cosas del corazón, señor krangs.

—¿Te duele? —toca su pecho con uno de sus grotescos dedos.

—No es un dolor precisamente físico. Aunque un poco, sí. Me parece que una mano invisible y enorme... más que la tuya, lo estruja sin miramientos. Pero es algo absurdo, ¿sabes? Los caminos entre ella y yo, más que a unirse, tienden a separarse.

—¿Por qué?

—Porque pertenecemos a diferente raza.

—¿Y ese es un impedimento?

—No debería, pero lo es. ¡Ah! No recuerdo haber experimentado algo igual ni con Runa ni con las otras.

—¿De qué otras hablas?

—Novias del pasado. Piedrecillas brillantes que encontraba a la vera de un río o un arroyo, cuando yo deseaba un diamante o una pepita de oro puro.

—A mí también me gusta el oro.

—Es que en verdad es hermoso, Garu. ¿Puedo llamarte Garu?

—Sí.

—Y tú a mí, Nash. ¿De acuerdo?

—Sí, Nash.

—El oro, amigo mío te abre todas las puertas.

—Brilla como el sol...

—Levanta tu casa, purifica tu sangre y te transforma ante la mirada de todos.

—Yo tenía una moneda de oro. El extranjero me la robó.

—¿Edrik?

—Es un ladrón.

—Él dice que la robaste a alguien más.

—No. Me la obsequió el gigante.

—¡Ah, sí! ¿Por qué lo hizo?

—Salió de pronto en mi camino y Tridak se asustó con él. Yo... caí. Fuerte. Él... bajó como un saltamontes y tomó mi mano. Pidió perdón. Prometió sanarme y hacerme un regalo.

—¿Y cumplió, ¿eh? —sonríe, palmeando el fuerte brazo.

—No sé. ¿Soy sano?

—Eh... sí, ¿o no?

—No sé. Todos dicen que no.

—¡Ah! Claro. Pero... ahora somos amigos, Garu. Y eso es bastante bueno.

—Sí —ríe.

—Sí —Nash ríe también—. Tú y yo juntos haremos de lo pequeño grande y... y de lo grande. ¿De lo grande? —lo invita a completar la frase, pero Garu aguarda con ansiedad que él la termine— ¡De lo grande enorme, Garu!

—¡Sí!

## Capítulo 23

Continúan su camino por un día más; atravesando fértiles valles con gran vegetación, flora interesante, variedad de animales, ríos, arroyos, manantiales en que saciar su sed; ocultos entre lo profundo del bosque, Sajjara le señala a Edrik un grupo de unicornios. Ambos se desprenden de la caravana para perseguirlos y buscar montarlos. La krangs lo hace sencillo y él la sigue. Lo conduce hasta un claro donde una pequeña cascada cae en un riachuelo. Desmontan los unicornios.

—Fue maravilloso.

Sajjara consiente y lo sorprende besándolo apasionadamente. Lo tiende sobre la hierba fresca sin dejar de besarlo y busca abrir sus ropas.

—¿Qué haces? —trata de controlarla.

—¡Sshh! —conmina ella frotando su rostro contra el suyo.

—¡Sajjara! —la aparta, molesto.

—¡Qué! —espeta confusa.

—Nos separamos de la caravana —arregla sus ropas—. Podemos perderlos.

—¿Crees que no sé el camino a mi hogar? —ríe.

Antes de poder decir nada lo hala y vuelve a besarlo.

—Oye, oye —debe escapar de ella.

—Me gustas demasiado, Edrik. Quiero intimar contigo.

—¡Ah, ya veo que sí! Pero éste no me parece el lugar adecuado.

—El lugar adecuado es donde estemos tú y yo.

—Claro, pero es mejor un lecho cómodo, limpio...

—¿Eres de los que se asean antes y después?

—¿Tendrías con ello algún problema?

Lo mira unos momentos, sopesando la situación.

—No —esboza una sonrisa.

—¡Ah! —Edrik respira de nuevo— ¿Nos vamos entonces?

—Sí —acepta, pero lo besa una vez más.

Vuelven con los que no dejan de avanzar. Pasan ante la carreta de Veka, riendo.

—¿Dónde estarían? —inquire Nash, sentado a su lado, con aire malicioso.

Veka no hace comentario alguno. Debe ser indiferente, pero le cuesta. Le entristece, le duele.

A caballo, el profesor Certar queda maravillado ante la panorámica que le ofrece aquel hermoso valle. En medio de frondosos bosques se alza una muralla de varios metros de alto, que alberga una fastuosa ciudad de extraordinarios palacios, calles simétricas que resplandecen con destellos dorados hasta de sus árboles y se extiende por kilómetros.

—La ciudad de oro —espeta el científico con embeleso.

—La ciudad de oro se llama Meycrow —corrige Mon—. Lo que ve es Mazra, hogar de los krangs.

—Son grandes constructores.

—Se sigue equivocando, profesor —ríe ahora Par—. Mazra no la construyeron los ktangs. Ellos la descubrieron... algunos siglos atrás. Nada más.

—¿Quién la construyó entonces? —inquire Pelat fascinado también.

—Esa es una buena pregunta —animan a sus caballos continuar.

—¿Realmente no es de oro?

—No. Sólo es la manera en que el sol la toca al atardecer.

—¡Ah...!

—Sí... a todos nos decepciona siempre.

Sajjara y su partida se adelantan a todos para abrirles paso. Las pesadas puertas de acero se abren en medio de un estruendo de engranes

y poleas. Su pueblo recibe con gusto a Sajjara, pero al ver a los extranjeros todos experimentan el mismo sentimiento: recelo. En los fértiles campos, Pelat ve a hombres y mujeres comunes y corrientes trabajando para los krangs. Guardias de estos los amenazan con látigos al detener su trabajo.

—¿Esclavos? —inquire el militar con Mon.

—Algo hicieron, se lo aseguro.

Veka saluda con simpatía a cuantos encuentran. Son los niños los que se acercan y corren a la par de la carreta, saludándola y preguntándole quién es y lo que hacen ahí. Ella responde a todas sus interrogantes.

## Capítulo 24

El sol deja de tocar los palacios y construcciones de Mazra y las sombras de las montañas cercanas la tocan, oscureciendo antes de tiempo la ciudad. De inmediato, sirvientes y guardias corren presurosos por doquier encendiendo las lámparas suficientes. En el atrio del palacio principal, aguardan varios personajes con sumo interés. Todos ven a una pareja de imponente presencia, ataviados con majestuosidad, aunque los enanos aseguran que la dinastía de los krangs no se gobierna por reyes. Con ellos está una jovencita muy ansiosa de resplandecientes ojos naranja. A su lado, una veintena de krangs de aspecto viejo que visten holgadas túnicas. Sajjara desmonta y con paso presuroso va hasta la pareja, clavando una rodilla ante ellos con sumo respeto.

—Ven aquí, hija mía —sonríe la mujer.

—Madre —va a ella para ser abrazada con sumo cariño.

—¡Madre! —sube corriendo a su vez Garu.

—¡Ah, mi hermoso hijo! Te he extrañado mucho.

—Y yo a ti.

—Promete no marcharte de nuevo entonces.

—¡Hum...! —no responde bajando la cabeza para evitar la promesa.

—Padre —su actitud ante él es diferente.

—¿Qué clase de extranjeros has traído a Mazra, Sajjara? —los celestes ojos del krangs relampaguean.

—Son exploradores, padre —ante el tono rudo de su voz se aparta un poco—. ¿Acaso no te lo explicé Linka? Lo envié por delante para que lo hiciera.

—¿Qué tienen la huella del gigante que atacó a tu hermano?

—Sí, padre. Garu se asustó al verla.

—Que la entreguen a los ancianos —da media vuelta para volver a su palacio—. Cuando ellos la autentifiquen pisarán mi casa. Antes no.

Y se pierde dentro de su maravilloso palacio, seguido de cerca por su esposa, su hija pequeña y el corpulento Garu. Sajjara aprieta ligeramente puños y tensa su mandíbula. Mira de reojo a los ancianos. Tras ella, la

gente de Certar, Pelat y Edrik aguardan con expectación.

—Edrik —llama con autoridad y desciende la escalinata—. Que tu gente entregue la huella del gigante a los ancianos.

—¿Profesor?

—Sí, sí... por aquí, por favor.

—Tú —señala a Pelat— mantén a tus hombres en orden y que nadie se mueva de su lugar. A mi padre no le ha gustado que los trajera.

Sin decir más sube de nuevo al atrio y entra a palacio visiblemente molesta. Va directamente a sus aposentos, donde se despoja de sus armas y sus ropas, emitiendo ligeros sollozos. Se controla en el acto al escuchar que alguien entra. Es Briana, su madre.

—¿Vas a romper algunas cosas?

—Madre —suspira.

—Si quieres hacerlo, no te detengas.

Permanece de pie en su lugar, con el porte de una reina. La krangs la mira unos segundos. Respira un par de ocasiones de manera profunda, como si deseara controlarse. Luego, toma un jarrón cercano y lo azota con rabia en el piso; luego, vuelca de un puntapié un pequeño banco que da contra la pata de la fuerte cama. Su madre la mira con paciencia y tranquilidad. Sajjara va por toda la pieza, arrancando de las paredes los cuadros en ellas, los adornos y arrojándolos contra los sillones y la cama. Al final, va ante su madre y se deja caer de rodillas ante ella, abrazándose a sus piernas.

—Perdóname, madre —espetea agitada.

—¿Estás mejor? —acaricia su cabeza.

—Sí —acepta.

La ayuda a levantarse y la lleva a un sillón limpio.

—Tu padre te ama, Sajjara —afirma enjugando sus lágrimas.

—¡Pero nada de lo que hago le satisface! —exclama molesta.

—Espera mucho de ti...

—No. Espera que sea como Garu antes de su accidente y eso es imposible, madre. ¡Yo soy yo! ¡Por qué no lo entiende! Su maravilloso guerrero se fue. Se lo llevó ese maldito gigante a no sé dónde. Yo, Sajjara, soy tan buena guerrera como lo era mi hermano. Pero todo lo que hago le parece inferior.

—No...

—¡Sí, madre, sí! Esa gente encontró la huella del gigante y están decididos a buscarlo. Quiero ir con ellos y cazar al maldito. Quizás si le traigo su cabeza a Orash, gane un poco de su respeto.

—Sajjara...

—A mí también me duele ver a Garu en ese estado, madre. Quiero matar con mis propias manos al que lo dejó sin inteligencia y malicia.

—No. Eso no. Casi mata a tu hermano. No quiero perderte a ti también, Sajjara.

—A mí no va a sorprenderme como a Garu. Voy a matarlo y le traeré su cabeza a mi padre.

## Capítulo 25

Durante varios días los ancianos estudian concienzudamente el molde de arcilla con la huella del gigante. Sajjara permanece ese mismo tiempo en sus aposentos, rumiando su coraje. Para evitar susceptibilidades, Pelat y sus hombres se mantienen dentro de los límites marcados por los krangs. Certar y Veka hacen pronto amistad con aquellos que pasan cerca. Ella les obsequia retratos hechos en carboncillo y en tinta. A cambio reciben alimento, agua y hasta un poco de ropa, parecida a la de Sajjara. Veka guarda sus amplias faldas para vestir como las mujeres krangs. Son ropas ligeras, frescas que le otorgan mayor movilidad. Luego, de uno de sus arcones saca una espada que ajusta a su cinturón. Al verla, Edrik se muestra totalmente confuso.

—¿Sabes usar ese filo? —la mira con turbación.

—Por supuesto —la saca y practica algunos lances que sorprende aún más al joven—. Las Amazonas de la región del Sagreth me entrenaron. La reina me regaló ésta espada. Dijo que nadie más que yo la merecía.

—¡Ah! Es... muy bonita. Yo... sólo tengo mi daga y... mi bastón de dos metros.

—Porque quieres.

—¡Claro! Si nado en oro, ¿por qué diantres no me compro una buena espada?

—Si la quisieras en verdad hace tiempo que la tendrías. Capacidad para ello te sobra.

—¿Sí? Sí. Creo que tienes razón. Las... espadas jamás me han quitado el sueño.

—No quieres asesinar a nadie.

—¿Y tú sí?

—Es un instrumento de defensa. Quitarle la vida a alguien sería el último recurso.

—¿Lo has hecho?

—Jamás.

Le tiende su mano pidiendo verla. Ella se la entrega con sus ojos puestos en los suyos. Ambos se sonríen en ellos. Edrik examina el arma. El mango tiene grabados de mujeres guerreras que pelean contra hombres y monstruos.

—Nunca vi material igual —lo palpa—. Es... como hueso.

—Es marfil. Más resistente que los huesos comunes.

—¿Y a quién se lo arrancaron?

—Fue obsequio de un viejo mamut que murió a mis pies, mientras acariciaba su cabeza.

—¿Mamut?

—Sí. Diez veces más grande que un cerdo; con la fuerza de quince osos, cubierto de pelo, enormes colmillos y el corazón más tierno que jamás haya visto en una bestia. Tenía casi doscientos años y conocía a todos los que vivían a lo largo del Sagreth. Distinguía a los buenos de los malos y gracias a él las Amazonas nos permitieron vivir entre ellas y su pueblo por casi diez años.

—¿Conoces mucho del orbe?

—Un poco más que otros —acepta.

—Mientras más conozco de ti, más me sorprendes. En cambio, yo...

—Todos somos diferentes, Edrik. Yo empecé a vivir intensamente en brazos de mi madre. Quizás tú lo hagas a partir de hoy.

—No quiero decepcionarte.

Están muy cerca el uno de la otra. Ambos se miran a los ojos. Ambos miran después sus labios. No olvidan el contacto de ellos. Desean tocarse de nuevo, se buscan con ese ansiado deseo. Se acercan un poco más. Veka tiene en la cabeza la voz de su padre diciéndole: Tu futuro está definido, pero no quiere escucharlo. Lo que siente se vuelve cada día más fuerte. Edrik lucha contra sus propios pensamientos. Pelat le ha ordenado relacionarse mucho más con la Krangs. Enamorarla, si algo semejante es posible para él y así poder controlarla. No puede negar que Sajjara es una mujer diferente a cualquier otra, pero bastante atractiva. Sin embargo, él prefería irrumpir en la vida de Veka. Ser parte de su historia y unirla a la suya. A Edwina le gustaría. Estaba seguro. Nada a su alrededor les

interesa. Ambos ansían ese reencuentro de sus labios.

El gañido de un cuerno los llama a todos y espabila a la pareja. Extranjeros y krangs se reúnen ante el palacio principal. Allí ven a los ancianos que muestran la huella de un pie gigante y con ellos está la familia de su líder. Se escuchan murmullos ante la vista de la enorme pisada. Orash se adelanta a los suyos y con las palmas de sus manos en alto solicita el silencio de todos.

—¡Pobladores de Mazra! —habla— Nuestros ancianos han estudiado con detenimiento la huella que los extranjeros encontraron a su llegada a nuestros suelos. Durante largos días deliberaron entre ellos y llegaron a una conclusión unánime.

Orash calla para observarlos a todos, especialmente a los extranjeros.

—¡La huella es real! —espeta y un sinfín de murmullos estalla entre su gente.

—Es real —dicen algunos.

—Garu no mentía.

—Hay un gigante en nuestras tierras.

—Los extranjeros son bienvenidos —consiente con un movimiento de cabeza—, pero quedan sujetos a nuestras leyes y costumbres. Si son sorprendidos en alguna falta, serán castigados de acuerdo a ella. ¿Lo entienden?

—Por supuesto —aceptan.

—Sí —Certar y su hija responden.

Orash baja hasta ellos para saludarlos e invitarlos a pasar a palacio. Sajjara baja al encuentro de Edrik y personalmente lo conduce por su hogar. Garu se siente molesto.

—Mi esposa Briana —presenta el líder.

—Bienvenidos —saluda con afabilidad.

—Que hermosa es usted —sonríe Veka.

—Gracias.

—Yo soy Sajthí —se presenta la más joven—. Nadie parece

recordarme, pero soy la hija menor de Orash y Briana.

—Eres muy bella —Veka aprieta fraternal su barbilla cubierta ligeramente por vello dorado.

—Tú también —la chiquilla la toma de sus manos y roza sus mejillas en ellas—. Me fascina el color de tus ojos.

—Y a mí el de los tuyos.

## Capítulo 26

Ambas ríen con cierto aire de complicidad, como si se tratara de viejas amigas que se ven de nuevo después una larga temporada ausentes. Sajjara no ve bien el entusiasmo que muestra su hermana menor por Veka, pero lo olvida al ver a su lado a Edrik.

—Te extrañé en estos días sin verte —dice él.

—Yo igual, pero debía constatarse la autenticidad de la huella.

—Nosotros nada teníamos de qué preocuparnos.

—Qué bueno. De lo contrario habríamos tenido que pasarlos por espada a todos.

—¿Sí? ¿Lo habrías permitido?

—Por engañarme e instigarme a engañar a mi padre... sin dudarlo.

—¡Ah! Pues... bendito gigante que dejó su huella en ese camino.

—No bendigas al que lastimó a mi hermano.

—Salvó mi cuello... y el que sigamos juntos.

Con discreción alarga su mano y acaricia su mejilla. Ante el contacto la mujer siente estremecer todo su cuerpo.

Más sirvientes terminan de encender las luces del comedor. Pelat no pierde vista su alrededor. La opulencia se derrama por doquier. Orash invita tomen asiento donde lo deseen. Él y su esposa coronan un extremo y sus hijos el otro; Sajjara señala para Edrik la silla cercana a ella. El joven atiende a su petición, bajo la atenta mirada de Veka y satisfacción del capitán. Sajthí se sienta a la izquierda de su madre. Certar y Veka hacia el extremo opuesto de Edrik, Pelat y algunos ancianos.

—El ladrón no —protesta Garu, señalándolo.

—¿Cuál ladrón? —inquire Orash.

—Él robó mi moneda, padre.

—Ese asunto está aclarado, padre —esboza una sonrisa Sajjara—.

Edrik no la tiene ya.

—Él me la robó. No quiero verlo, padre. No quiero.

—Salga del comedor —pide Orash secamente.

Pelat ordena con un movimiento ligero de cabeza que obedezca. Edrik, que ya se había retrepado en su asiento, se levanta con el rostro encendido. Sin atreverse a mirar a nadie sale de la pieza. Veka tiene la intención de ir tras él, pero Certar la contiene y con la mirada le suplica no lo haga. Sajjara deja su asiento también.

—¿A dónde vas, hija? —la detiene la voz de Briana.

—Sólo fue una estúpida moneda de oro —espeto molesto— que ya se perdió entre tantas otras.

—Vuelve a tu asiento —ordena Orash.

La joven krangs empuña las manos apretándolas, tensando al mismo tiempo los músculos de su mandíbula.

—No —contesta y abandona la pieza.

Todos a la mesa quedan en absoluto silencio. Certar advierte cómo los músculos del férreo rostro de Orash tiemblan. Briana desliza su mano sobre la de él, llamándolo al control. El noble krangs consiente y con asentimiento de cabeza ordena sirvan la cena.

Sajjara alcanza a Edrik, quien con paso decidido se encaminaba fuera del fastuoso palacio.

—Ven conmigo —toma su mano y lo lleva a sus aposentos.

—No quiero agrandar las cosas ante tu padre.

—Es Garu quien lo complica todo por esa estúpida moneda.

—Significa mucho para él. Ahora lamento haberla tomado.

—Tu acción te trajo aquí —comienza a besarlo.

—Sí, pero...

—No digas más —asegura la puerta y lo conduce a su lecho.

—Sajjara...

—Está bien —pasa sus dedos por el abundante cabello—. Yo decido quien entra o sale de mi cama.

—Tu padre...

—Estoy en mi período infértil. Está bien.

—¿Segura?

—Las mujeres krangs tenemos plena conciencia de nuestros ciclos. Puedo jurar que en estos momentos soy totalmente infértil.

Ella le arranca la ropa. Edrik se siente más que cohibido ante la osadía de ella.

—Eres hermoso —besa su torso desnudo y lo empuja sobre el lecho.

Se quita su ropa; el joven admira la firmeza de sus pechos. Sajjara se tiende sobre él, deslizando su rostro por su cara, su pecho y hasta su vientre. Edrik quiere escapar, pero ella no se lo permite.

—Pedías un lecho y sábanas limpias —sonríe— y aquí las tienes.

—Sajjara...

—¡Sshh...! —apaga su voz tocando con sus dedos los labios del joven— La primera vez no hacen falta las palabras.

—Es que...

—Deja que nuestros cuerpos se encuentren y se conozcan.

—Me siento algo incómodo.

—Tranquilo —lo besa de nuevo—. Prometo no lastimarte. Haré que lo disfrutes.

—Estoy seguro que sí —sonríe nervioso.

## Capítulo 27

Pretextando un fuerte dolor de cabeza, Veka pide la venia del líder y su esposa para dejar el comedor y retirarse a descansar. Orash y Briana se lo conceden y uno de los criados la conduce a la que será su alcoba. En ella se encuentran los baúles con sus pertenencias. De inmediato se apresta a buscar ropa más cómoda para salir en busca de Edrik, pero unos murmullos llaman su atención a una puerta lateral de aquella alcoba. Va a ella y se pega a la madera para escuchar mejor.

“¡Oh, Sajjara...! —reconoce la voz de Edrik.

“Tranquilo —la voz de ella parece reír.

Veka se aparta de la puerta no muy segura de lo que puede estar sucediendo al otro lado. Toma la perilla y la gira con cuidado, pero la puerta no se abre; está asegurada. Se acucilla para ver a través de la cerradura. La luna que se cuelga por el balcón abierto le muestra a Sajjara montada sobre Edrik. Teniendo placer.

“¿Te gusta? —apenas escucha que ella dice.

“Es... maravilloso —responde de manera entrecortada.

Veka se aparta de la puerta con el corazón desquebrajándosele en el pecho. Sale al balcón, sentándose en un rincón. Una brisa demasiado fresca la estremece y la invita a abrazarse a sí misma.

—¡Ah....! —satisfecha, Sajjara se tumba de bruces al lado de Edrik para dormir.

El joven permanece en su misma posición. Respira agitado todavía y suda profusamente. No es algo que él llegara a pensar jamás, pero, debe convencerse que puede moverse y dejar el lecho. Lo hace con sumo cuidado para no despertar a la krangs. Recoge su ropa del suelo y sale apresurado por el balcón, sin poder creer lo sucedido en aquella cama.

—¡Oh, Edwina! —suspira, mientras se viste, tembloroso todavía—

Ahora te comprendo mejor, hermana.

Se aferra a la balaustrada. Hala aire repetidas veces para recuperar el ritmo de los latidos de su corazón. Advierte movimiento de soslayo. Al volverse, ve, bajo el resplandor de la luna, el rostro pálido de Veka.

—Veka —tiene un vuelco en todo su ser.

La joven con aire decepcionado, vuelve a su habitación.

—No —él busca la manera de llegar al balcón.

Abajo hay por lo menos quince metros y montones de rocas afiladas entre empalizadas agudas. Revisa el muro. La cornisa es muy angosta, pero cree asirse a las piedras que conforma la pared. Se aferra a ellas con decisión.

—¡Ah! —rasga sus dedos, pero logra alcanzar el balcón.

La ventana está abierta, así que no tiene problema para adentrarse.

—Veka.

—¿Qué haces aquí? —mira la puerta lateral cerrada y el joven comprende que ella se ha dado cuenta de todo.

—Veka...

—No me toques —lo rechaza.

—Déjame explicarte —ambos bajan la voz lo necesario.

—Nada tienes que explicarme, Edrik. Me hacía falta esto para darme cuenta del tamaño de mi error.

—¿A qué error te refieres? —frunce el ceño confundido.

—Lo que permitía crecer entre tú y yo.

—Pero...

—Es un imposible.

—Veka...

—Yo estoy comprometida, Edrik.

—¿Qué? —se aparta de ella como si hubiese recibido una bofetada.

—Voy a casarme con el príncipe Geweld. Prometió reunirse con nosotros. Así que... está en camino o tal vez ya llegó a Xidon. Mantén tu distancia conmigo.

Él, sin salir de su turbación, consiente y sin decir absolutamente nada, sale por donde entrara. Sube a la balaustrada con la intención de regresar por la ligera cornisa, pero ante el vacío de su corazón opta por saltar directamente hacia el otro extremo. Si logra alcanzarlo está bien y si no... mucho mejor para él. Se impulsa y para su sorpresa lo libra sin mayores contratiempos.

—¿Edrik? —escucha que Sajjara lo llama. Aprieta los puños, yergue el cuerpo y vuelve con ella.

## Capítulo 28

Con Orash y los ancianos, Certar estudia los mapas que los krangs han trazado a lo largo de las centurias que tienen en aquellos territorios. Certar se da cuenta que es un área muy amplia y la que aún no han explorado lo es mucho más.

—¿Tienen idea de lo que puede haber aquí? —señala el mapa.

—Tabú —responden los ancianos—. Tabú.

—Los ancestros ordenaron no ir más allá de lo ya trazado —comentó Orash, sirviendo una copa de licor a Certar.

—¿Por qué? —la acepta y huele el delicioso efluvio.

—Tabú.

—¿Eso ha sido suficiente para usted?

—Garu es la prueba viviente de ello. Lo encontramos en las lindes de la zona prohibida.

—Entiendo.

—Mis hombres los conducirán hasta ahí, pero no se internarán en ellas.

—Yo sí —Sajjara se levanta retadora.

—Tú menos que nadie —Orash la mira con mucho más que autoridad.

—La zona prohibida debe ser territorio de gigantes. ¿Qué caso tiene ir hasta allá y no buscarlos?

—Nuestras leyes lo prohíben, Sajjara.

—¿Y a ellos no? —señala a sus invitados.

—Son extranjeros. Fuera de Mazra yo no mando sobre ellos.

—Entonces tampoco sobre mí.

—Sajjara —replica un tanto asustada Briana.

—Ve ahora mismo al templo —ordena su padre—. Espérame ahí.

La joven mira a todos y abandona el salón, obedeciendo.

—No seas demasiado duro, Orash —suplica Briana acompañándolo al santuario.

—Esta vez —detiene sus pasos para encararla— tu hija se ha extralimitado, Briana. Quédate aquí.

—Orash...

En el umbral de la entrada, el líder krangs cubre su cabeza y moja sus dedos en un agua cristalina que brota de una piedra en aquella pila natural. Toca sus labios con la humedad y dice para sus adentros: <<Purifica mis labios para decir sólo la verdad>>. Sus pasos hacen eco en el vacío templo. Al frente, ante un desnudo altar, Sajjara permanece de rodillas. Orash va frente a ella.

—De pie —ordena.

—Debo permanecer de rodillas —no levanta ni cabeza ni mirada.

—Sajjara...

—He cometido actos impuros bajo tu techo, padre.

—¿Qué?

—Lo hice con pleno conocimiento y sin culpa.

—¿Con el ladrón? —el krangs aprieta los puños.

—Estoy enamorada de él, padre. Lo llevé a mi cámara, a mi lecho y lo seduje.

—Sajjara —le da una bofetada que ella tolera con firmeza.

—Sé que ansiabas que mi corazón escogiera a uno de nuestros hombres. Ya ha elegido... y es Edrik.

Levanta el rostro para mirarlo. La expresión de Orash la estremece: es de repudio. El krangs le azota el rostro un par de veces más y la joven guerrera cae al piso, sangrando de sus labios.

—No quiero volver a verte —le da la espalda, apretando puños y

dientes—. Lárgate con tu amante.

—Padre...

—Te prohíbo volver a Mazra mientras yo tenga vida.

—¡Estoy enamorada, padre!

—¡De un descastado! —la encara molesto— No es un krangs y viene del otro lado del río. ¡No está bendecido como nosotros!

—¡Las bendiciones son para todos! ¡Los ancianos lo dicen! Edrik...

—¡El ladrón jamás será uno de los nuestros, aunque entierre su semilla en tu vientre! No es un krangs, Sajjara.

—Pero es el hombre que amo. Eso debería bastarte.

—Por siglos, nuestra sangre se ha mantenido pura. Con tu decisión le arrojas fango y la ensucias.

—Perdón, padre —baja la mirada.

—Podría hacerlo —da un paso más cerca de ella— si me entregaras sin vida al ladrón.

—No. Lo amo...

—¡Entonces lárgate! —de nuevo le da la espalda— ¡Que todos ellos se vayan y deseo hasta con mis entrañas, que se pierdan en la zona tabú!

—¡Que así sea entonces! —replica y con el rostro en alto abandona el templo.

## Capítulo 29

Con suma tristeza, Certar se despide de los ancianos y la riqueza de su Acervo. Por orden de Orash, ningún ciudadano de Mazra está en las calles para despedirlos. Pelat y los suyos miran alertas a su alrededor, temiendo una celada. Sajjara y Edrik encabezan la comitiva, con la mirada al frente, la espalda recta, altivos; son seguidos por Mevi, sus hombres y los enanos. Veka permanece en su carreta, dibujando y destruyendo lo que mirara a través de aquella cerradura. Quiere endurecer su corazón; llenarlo de amarga hiel.

Fuera de la vista de los que se marchan, Briana, Sajthí y Garu ven cómo superan la muralla de Mazra.

—Quiero ir con ellos, madre —gimotea Garu.

—¿Y me dejarás sola, hijo mío? —Briana dice entre lágrimas.

—Quiero estar con Sajjara. Quiero encontrar al gigante.

—Garu —acaricia el rostro del hombre.

—Debo hacerlo, madre. Yo... lo escucho llamándome.

—¿A quién? —inquire confusa Sajthí— ¿Al gigante?

El krangs asiente. La chiquilla niega con la cabeza, con sus ojos anaranjados bien abiertos.

—Estás loco —asegura.

—Sajthí —reconviene Briana.

—Perdón, madre, pero lo que dice es absurdo.

Briana toma de la mano a su hijo mayor y lo lleva a un amplio sillón, en el que ambos se sientan.

—¿Qué te dice, hijo? —inquire.

—Que vaya con él y me sanará.

—Lo que te hizo no tiene remedio, Garu.

—Sajthí, ¿por qué no vas y acompañas a tu padre?

—No creo que sea buena idea...

—Ve con él —ordena.

La chiquilla obedece, aunque no de muy buena gana. Madre e hijo quedan a solas.

—Su voz es sincera, madre. Quiero ir.

—Tu padre lo ha prohibido. Sajjara hizo algo muy grave.

—Que la castigue a ella, no a mí.

—Garu —sonríe—. La inocencia que tienes ahora no me duele, sino que me enorgullece. Pero... te vuelve vulnerable y te pone en peligro.

—Yo sigo siendo fuerte.

—Lo sé —toca el musculoso tórax—, pero ya no distingues entre lo bueno y lo malo.

—Si estoy con Sajjara ella me cuidará.

—Pero no puedes ir con ella. Le darías otro disgusto muy grande a tu padre y no quieres disgustarlo, ¿verdad?

—No.

—Obedécelo entonces. Quédate conmigo, hijo.

Él la mira con extrema tristeza y busca su regazo para recibir sus ternuras.

—¿Me cantas, madre? —pide con la vista fija en el balcón abierto.

—Claro que sí —besa su cabeza:

“Nube gris que opacas mi cielo,

deja que el viento te lleve,

mira que mis ojos

se nublan y lloran,

pues mi amado,

se ha marchado y no volverá.

Cabalgando en su brioso corcel,

A luchar por traernos la paz,

Derramando su sangre por krangs,

Entregando su vida por mí.

No hay guerrero más grande que él,

No hay espada con tanto valor,

En su pecho tiene el corazón,

Más bravío que ha dado una krangs.

Nube gris que opacas mi cielo,

Deja que el viento te lleve,

Mira que mis ojos,

Se nublan y lloran,

Pues mi hija...

Se ha marchado...

Y no volverá".

## Capítulo 30

Bajo la sombra de un frondoso árbol, Sajjara mira a lo lejos la torre principal del templo de Mazra. Un par de lágrimas escapan de los bellos ojos violeta.

—Sajjara, ¿estás bien? —Edrik le habla a pocos pasos.

—Sí —contesta, pero no se vuelve a él.

—Lamento lo que pasó.

—Yo no —asegura y alarga su mano a él.

Edrik mira hacia el cercano campamento. La carreta de Veka permanece inamovible en el mismo lugar y no hay señales de ella desde que dejaron Mazra. Se acerca aceptando la mano de la krangs.

—Cuando me convertí en núbil —dice la mujer— y veía como las otras encontraban pareja, pero yo no... comencé a angustiarme en serio. ¡Qué estúpida! Cada noche escapaba de palacio e iba al templo para implorar por una pareja. Sin embargo, todos los que se me acercaban no despertaban ni una mínima emoción en mí. Las de mi edad se desposaron con los que escogieron y dieron fruto pronto. Yo no. Mis padres estaban preocupados. Los ancianos estaban preocupados. Garu molesto porque me estaba portando demasiado exigente y deseaba ser tan buena guerrera como él. Luego tuvo su encuentro con el gigante y... todo comenzó a cambiar. Gané a pulso las dos espadas que me señalan como una guerrea superior. Me convertí en la mano derecha de mi padre y me hice cargo de nuestras fuerzas, tan bien como lo haría mi hermano. Pero Orash nunca lo reconoció en público. Él... muy en el fondo espera que Garu vuelva a ser el que era.

Guarda silencio unos momentos, mirando de nuevo hacia Mazra. Luego, se vuelve a él y besa su mano, mirándolo a los ojos.

—Cuando te vi en esa taberna, me pasó algo muy extraño —quita de sus cabellos un poco de hojas secas y ceniza—. Me vi a tu lado, sobre una terraza muy alta y mirábamos felices las montañas nevadas. Yo te besé. Tú me besaste y tuve una sensación de felicidad que quiero volver a experimentar.

Lleva sus manos al rostro del hombre y acaricia sus mejillas, mientras lo acerca a ella para besarlo.

—Te amo, Edrik —dice.

—Pero, Sajjara... hace tan poco que nos conocemos.

—Pero te he esperado toda mi vida. Te he visto a mi lado. Envejeceremos juntos.

—¿Sí? —su seguridad lo turba.

—No fue un sueño. Lo vi en mis cinco sentidos. Es una premonición.

Lo abraza y lo besa con ternura. Edrik no puede evitar sentirse incómodo.

La noche cae. Con suma discreción, Nash se asoma entre los pliegues de la carreta de Veka.

—¿Puedo pasar, niña bonita? —pide cuando ella lo ve.

—Entra, Nash —consiente en medio de un profundo suspiro.

—No has salido de tu carreta en todo el día. ¿Te sientes mal?

—Un poco —acepta.

El enano va más cerca de ella y posa su pequeña mano en la frente de la joven.

—No parece que tengas fiebre —dice.

—Mi malestar es de otro tipo.

—¡Ah, sí! Creo... saber de cuál. Yo también sufro de los mismo, ¿sabes? Si quieres podemos sanarnos juntos.

—Esa no es la medicina adecuada —sonríe triste.

—¿Cuál sí?

—El tiempo, Nash. Es el linimento perfecto.

—Pero si nosotros le ayudamos...

—No —alarga su mano para volver a su lugar un fleco escapado de su cabello—. Sólo nos causaríamos daño y hasta podríamos llegar a odiarnos.

—Yo jamás lo haría, bella niña.

—Seamos solo amigos, Nash.

—Bueno —quiere mostrar resignación, pero le cuesta trabajo.

Al entrar a la habitación de Garu, Briana encuentra el lecho sin deshacer y el balcón principal abierto. En el suelo ve un trozo de papel arrugado. Lo levanta para ver su contenido. Está en blanco, pero ella conoce el significado. Lo aprieta contra su pecho, mientras sus ojos dorados se desbordan en lágrimas.

## Capítulo 31

Edrik despierta con sobresalto cuando Pelat se lanza en su contra, daga en mano.

—¡Uf! —resopla enjugando su rostro con su brazo desnudo.

Está solo entre las frazadas. Fuera de la tienda ve que todos están ya en movimiento. Se viste rápidamente. Una ligera capa de niebla lo cubre todo.

—¿Cuánto va a durar tu luna de miel? —Mevi le sale al paso y reclama.

Edrik no responde revisando su entorno. Sajjara no está a la vista. Descubre entre algunos árboles a Certar, en compañía de Veka, Nash y hombres que trabajan para él. La joven lleva su legajo y desliza el carboncillo en las hojas con destreza, atendiendo las indicaciones de su padre. Encamina sus pasos hacia ellos. Voces de caballos lo atrae hasta otro extremo: Sajjara, montando su hermoso caballo se acerca a él llevando de sus riendas al viejo jamelgo.

—Deberías sacrificarlo y conseguir otro —le dice en son de burla.

—No voy a sacrificarlo —monta—. Merece vivir tranquilo y feliz sus últimos años. Tal vez lo deje libre en un paraje adecuado.

—Como quieras.

Mientras el resto continúa levantando el campamento, ellos se adelantan para explorar lo que les espera.

—Esto es hermoso —Edrik mira fascinado la maravillosa panorámica de montañas, tupidos bosques, ríos caudalosos.

—¿Ves los macizos que negrean allá? —señala Sajjara.

—Sí.

—Allí comienza la zona tabú. Si continuamos a éste paso llegaremos en unos cinco días.

—¿Tu hermano fue solo hasta allí?

—Quería ser el primero en descubrir lo que los ancianos no quieren

que veamos.

—¿Y qué es...?

—No tengo idea. Regresemos.

Avanzan más de la mitad del día y luego se detienen al encontrar un arroyo con buen caudal, aguas limpias y llenas de peces.

—Pesquen todo lo que puedan —Edrik ordena a Mevi.

—¿Tú qué harás?

—Haz tu trabajo y no repliques.

—Encuentra el tiempo adecuado —lo detiene de un brazo—. Tenemos qué hablar.

—Con Pelat y Sajjara exigiéndome de más —se libra de él—. No lo creo.

—Pero...

—Es imposible, Mevi —mira entorno—. No hay manera de intentarlo, mucho menos de lograrlo. Olvídalo.

—¿Te acobardas?

—Mira a tu alrededor, idiota. ¿Ves alguna oportunidad?

—iHum...!

Llena su cantimplora con agua para beber y mojar un poco su cabeza. En medio de la corriente, sobre una roca de buen tamaño, Veka se sienta para dibujar cuanto ve. Quiere ir a su lado, hablarle; pero se contiene. Al regresar sobre sus huellas se da cuenta que Sajjara lo observa.

—¿Tienes sed? —le entrega su cantimplora.

Ella la acepta y mientras bebe, mira a Veka. La joven siente el peso de sus ojos violeta. El peso del odio.

En medio de serviles reverencias, Tippen y su familia reciben en la mansión del gobernador al príncipe Geweld. Este, despojándose de sus guantes lo examina todo. A través del balcón abierto, Tippen ve los gruesos pelotones de soldados marchando por las calles de Xidon,

arrastrando consigo catapultas y torres para arqueros.

—Cuanto armamento, alteza —dice con timidez—. ¿Para qué si no estamos en guerra?

—Son órdenes de mi padre, Tippen. Hemos tenido algunos levantamientos en los territorios conquistados años atrás. Es bueno que el pueblo vea a lo que se enfrentará si decide sublevarse.

—Claro.

Geweld se acerca a un mapa en la pared. Lo observa con interés.

—Muéstreme dónde están mi prometida y el profesor Certar.

—Eh —va a su lado y señala inseguro la zona no explorada aún—. Aquí... en alguna parte... alteza.

—¿Cuánto hace que partieron?

—Casi un mes.

## Capítulo 32

A su paso encuentran una ciudad en ruinas. Hay escombros diseminados por doquier. Muchas de las fachadas de casas lucen renegridas, como si hubiesen sido incendiadas. Árboles y arbustos crecen sobre las empedradas rúas y otros se alargan hacia el cielo, tendiendo sus brazos a través de amplias ventanas y muros derruidos.

—¿Qué pasaría aquí? —inquire Certar, apeándose en lo que parece la plaza principal.

Allí mismo se levanta un pozo bien construido. Mon se asoma y sólo ve un fondo muy oscuro. De los diversos escombros a su alrededor, escoge uno de regular tamaño y que puede levantar. Luego, lo suelta por la boca del pozo, prestando la debida atención si llega al fondo y golpea masa acuosa. Pero escucha nada más como el escombros da de lleno contra roca sólida.

—El pozo está seco —anuncia a todos—. Lo más seguro es que abandonaron la ciudad porque el agua se acabó.

—Pero vemos destrucción por doquier. Como si hubiesen estado en guerra —señala Veka observándolo todo.

Nadie dice nada más. Siguen mirando los hogares venidos a bajo, el bosque cercano invadiendo sus calles y jardines. En el fondo del pozo un ligero destello lo ilumina. De pronto, de la boca escapa, en medio de una explosión una nube oscura. Mon y otros hombres que se encontraban cerca, son lanzados al suelo con inesperado golpe.

—¡Qué demontres fue eso! —espeta Pelat azorado.

Nadie logra decir nada. Del pozo sale entonces una enorme bestia escamosa que emite escalofriantes gruñidos.

—¡Ah! —gritan horrorizados y corren con pavor a refugiarse.

A excepción de Veka y Certar que miran fascinados como la bestia se eleva hacia el nublado cielo.

—Es...

—Una serpiente dragón —concluye Veka sonriente.

Padre e hija se miran emocionados. Luego, recuerdan a los demás que

no saben hacia dónde correr y ponerse a salvo.

—¡Cúbranse tras algo sólido! —grita Veka, mientras la serpiente da vuelta y desciende escupiendo chorros de fuego.

—¡Corre! —ordena Certar y ambos van hacia una columna tendida a media plaza.

La serpiente dragón va tras los que ve corriendo y con su lengua enreda los cuerpos de tres hombres y los engulle como si de insectos se trataran.

—¡Ah! —grita Pelat con espanto.

Sajjara desenfunda sus espadas y reta a la bestia. Ésta, con sus agresivos ojos ámbar la mira y la embiste dispuesta a incendiarla. Sus fosas nasales liberan una densa nube y de su hocico escapan lenguas de fuego. La guerrera krangs toma posición de ataque.

—¿Qué hace esa loca? —dice Veka— No puede contra una serpiente dragón.

La bestia libera un chorro de fuego. Sajjara entiende demasiado tarde que ha cometido un error.

—Perdóname, padre —susurra viendo el mar de fuego ante ella.

Entonces, una figura corpulenta la sujeta por el talle y la pone a salvo tras un gran bloque de piedra.

—¿Garu? —lo mira confusa— ¿Qué haces aquí?

—Escapé —sonríe.

—¡Oh, Garu! —lo abraza con fuerza— Papá debe estar furioso, pero mamá... ¿sabes que mamá se pondrá triste?

—Él dijo que no había problema.

—¿Quién?

—La voz en mi cabeza —toca la cicatriz en ella.

La serpiente continúa su ataque. Algunos arqueros se atreven a disparar sus flechas, pero éstas no logran hacerle daño alguno; rebotan sobre el escamoso cuerpo. Una nueva lengüetada de fuego alcanza las

carretas.

—¡No! —grita Veka y corre a la suya.

—¡Veka! —Edrik sale tras ella al notar que el dragón la ha descubierto.

Salta sobre ella derribándola cerca del pozo y la serpiente roza con sus escamas la boca del mismo, elevándose de nuevo.

—¿Estás loca?

—¡Allí tengo mi trabajo de años! —quiere continuar.

—¡Ya no puedes salvarlo! —señala el coche totalmente en llamas.

—No —se abraza a él, llorando desconsoladamente.

En el cielo plagado de gruesos cúmulos grises, un relámpago lo ilumina todo. Poco a poco enormes gotas de lluvia comienzan a caer y eso invita a la serpiente dragón regresar al fondo del pozo.

## Capítulo 33

En medio de una tupida manga de lluvia, Veka intenta encontrar algo en buen estado en la carreta.

—Padre, se perdió todo —no deja de llorar.

—Lo sé, cariño —la abraza desolado también—. Tú tienes una maravillosa memoria y sé que lo recuperarás.

—Pero me llevará mucho tiempo.

—Sí y te mantendrá también ocupada —señala a Edrik.

—Tienes razón.

—¡Escuchen todos! —llama su atención Sajjara— La bestia le teme al agua, así que no tenemos de qué preocuparnos. Pasaremos la noche aquí...

—¡Claro que no! —espetta Pelat— Me parece estúpido quedarnos en un lugar donde duerme también una bestia peligrosa. Continuaremos. Un poco de agua no le hace daño a nadie...

El retumbo del cielo apaga su voz.

—Internarnos en el bosque tampoco es una buena idea —expone Sajjara—. Nos quedaremos y pasaremos la noche aquí.

—¿Es una orden?

—Lo es —recalca.

—Yo no me someteré jamás a una mujer. Mucho menos inferior a mí.

—Sajjara no es inferior a nadie —espetta Garu.

—Ni siquiera es mujer normal.

—No se extralimite, capitán —sugiere Certar.

—Aquí quien da las órdenes soy yo, profesor. ¡Recojan lo que aún sirva y pongámonos en movimiento!

—Cometes un error, Pelat —Sajjara lo toma por el brazo y en un reflejo, el hombre impacta su puño en la joven krangs.

Garu gruñe indignado, pero Sajjara lo contiene. Escupe sangre a los pies de Pelat. Luego, se despoja de las fundas que contienen sus espadas y se las entrega a su hermano.

—¿Decidimos si quedarnos o irnos? —le muestra sus puños.

—No quiero lastimarte... —busca desdeñarla.

Ella lanza su puño e impacta limpiamente la nariz del hombre. Al ver la sangre en su mano, Pelat enfurece y ataca con decisión. Sajjara esquiva con gracia los embates del hombre; se atreve a jugar con él, llevándolo tras ella como estúpido alrededor del área de pelea; eso arranca risas y sonrisas a algunos de quienes presencian el encuentro, pero a él lo enfurece; lanza puñetazos sin encontrar blanco. Ella, en cambio conecta en buen sitio sus puños, lastimándolo.

—¡Bien! —felicitá Garu.

Los enanos disfrutan como pocos la pelea. Edrik también, pero no lo hace patente. Pelat embiste a la krangs y cae con ella sobre un charco. Logra golpearla un par de veces; Sajjara lo repele, golpeando su rostro con su talón, dando repetidos giros. El hombre trastabilla, cae de espaldas y no se levanta más. Un poco agitada, sangrando ligeramente de boca y nariz, Sajjara va más cerca de él.

—Pasaremos la noche aquí —dice—. Y es una orden.

Bajo el mando de la krangs, la expedición avanza con mayor rapidez. Al salir a un prado, sorprenden a una manada de pegasos, que, al verlos, salen corriendo y abriendo sus alas remontan al cielo.

—¡Padre! —ríe fascinada Veka.

—¡Qué hermosos! —acepta Certar.

—Quiero uno —Garu golpea los costados de su caballo para seguirlos e intentar capturar uno.

—Increíble —Pelat no puede evitar su asombro.

Muchos buscan capturar alguno, pero los pegasos se elevan y los

esquivan con gracia.

—¡Vamos, Nash! —Par lo lleva en hombros, mientras cabalgan tras uno moteado.

—¡Lo tengo, lo tengo! —roza sus alas y cuando quiere asirse a ellas pierde el equilibrio y cae.

—Idiota.

—¡No me sostuviste bien!

—¿Quieres intentarlo? —sonríe Sajjara.

—¿Tengo posibilidades?

—Más que esos enanos.

Él consiente y monta con ella, yendo en persecución de uno de los pegasos. Muchos han descendido y pastan con tranquilidad, pero otros, ante su acoso retoman el vuelo buscando huir. Edrik se pone de pie sobre la grupa del caballo.

—¡Espera mi señal! —dice Sajjara, emparejándose a uno de reluciente piel dorada.

Despliega sus alas con la intención de escapar volando.

—¡Ahora! —grita la krangs y Edrik salta al lomo del animal.

—¡Lo logró! —grita Veka que no ha perdido detalle de nada.

Edrik se sujeta de la rubia crin, afianzándose al potro que se desprende del suelo.

—¡Wow! —grita el joven eufórico viendo cómo todos quedan a bajo.

—¡Tienes que domarlo! —apenas escucha la voz de la krangs.

—No domo uno normal —sonríe nervioso—. ¿Cómo domar un pegaso?

Éste relincha e intenta lanzarlo de su lomo.

—Tranquilo, bonito —se sujeta de la crin con firmeza—. Soy buen tipo, aunque no lo parezca.

## Capítulo 34

El pegaso se sacude y el joven se afianza a su cuello para no caer. Abajo, se pierde de la vista de todos, excepto de Sajjara que lo sigue a todo galope. El pegaso sube, baja, arquea el cuerpo buscando deshacerse de él, pero Edrik permanece firme sobre su lomo. Algunas ramas de árbol lo azotan lo mismo que al caballo con alas, pero ninguno de los dos cede. Sajjara lo pierde de vista, inquieta, azota su montura buscando por todas partes. De pronto lo ve de nuevo, elevándose; cabalgando por el aire más alto hasta alcanzar algunas nubes parduzcas. Por encima de ellas, Edrik experimenta la total libertad. Ve al sol flotar entre las nubes; algunas aves se emparejan a su paso. Él las mira fascinado, con el pecho rebosante de una emoción jamás sentida. El potro volador vuelve el rostro a él. Sus ojos se encuentran. Edrik comprende esa contracción en sus párpados y nariz. Se afianza a la crin y el bello animal se deja ir en picada.

—¡Wow! —libera otro grito el joven.

A pesar de sus esfuerzos, su cuerpo pierde soporte sobre el lomo y una ráfaga de viento lo arranca de encima del pegaso.

—¡No! —exclama con angustia Veka.

—¡Edrik! —Sajjara fustiga su montura, yendo en su auxilio.

El pegaso lo ve caer. Edrik no borra la sonrisa de su rostro.

—¡Fue increíble, amigo! —le dice— ¡Lo mejor que me ha pasado en la vida! ¡Gracias! ¡Gracias!!

Sigue cayendo. A unos cien metros de tocar violentamente el suelo, el de hermosas alas se desliza con suavidad bajo él, recibéndolo en su lomo. Edrik se abraza a su cuello de inmediato, sin salir de su turbación. El potro desciende y el joven se deja caer sobre la fresca hierba. Sus ojos marrones se encuentran de nuevo, con los ambarinos del caballo con alas. Éste sacude la cabeza, echa a correr y remonta hacia el cielo.

—Gracias, amigo —dice el hombre.

—¡Edrik! —llega a él Sajjara— ¿Estás bien?

—Como nunca —ríe.

—¡Oh! —lo abraza con fuerza y alivio— Ya te veía muerto.

—Yo también.

Lo besa apasionada; ante el disgusto de muchos y la tristeza de Veka. Al caer la tarde llegan a una pequeña ciudad en su camino.

—Darpa —dice Garu—. Gigantes alrededor.

Adelanta su montura. Edrik ve con extrañeza a Sajjara.

—Después de Darpa tuvo su encuentro con el gigante —explica.

—¿Va a estar bien?

—No me separaré de él. No te importa, ¿verdad?

—No, Sajjara. No lo dejes solo.

La krangs apura también el paso de su caballo, yendo tras su hermano. Mon, Nash y Par se miran.

—Abran los ojos más que nunca —ordena su líder,

Asentada sobre una pendiente un poco elevada, cundida de vegetación y roca burda. De hogares levantados con cantera y ladrillo rojo. Aquella es una ciudad pacífica en la que no se extrañan de ver a forasteros acompañados de enanos y krangs. Son recibidos con aprecio en una de las tantas posadas. En una tina esculpida en madera, Veka toma un reconfortante baño. Luego, rechazando la invitación de su padre de bajar a cenar, sale al balcón para admirar la noche tranquila y estrellada. Al mirar hacia un extremo se encuentra con Edrik en el balcón adjunto. De una zancada, él está de pronto a su lado. No media palabra alguna en ellos. Edrik toma entre sus manos el rostro de la joven y la besa con ternura. Ella acaricia su rostro, el cabello largo; lo besa también. El joven la toma en sus brazos y se pierden dentro de la alcoba.

Garu observa el alto macizo de árboles ante él. Escucha susurros a su alrededor y mira azorado a todas partes. Con miedo y respeto a la vez.

—¿Qué es, hermano? —Sajjara mira, pero no advierte nada.

—Están aquí —le confía—. ¿No los escuchas?

Los murmullos se multiplican a su alrededor. Hace de sus manos

puños y su pecho se agita con cierta emoción.

—¡Oye, Sajjara! —se vuelve en redondo esperando verlos salir por todas partes.

—Yo no escucho nada, Garu —imita sus posturas, pero aunque centra toda su atención, no percibe lo que él.

—¡Eres tonta entonces! —replica molesto.

—Sí —sonríe—. Eso debe ser. ¿Qué quieren?

—Que sigamos —señala el bosque—. Atravesemos la boca de la montaña y esperemos la señal.

—¿Cuál señal?

—¡Vamos a escucharla y verla, Sajjara! Pero... no debemos detenernos. Parar nos pone en peligro.

—¿Por qué?

—Hay enemigos.

## Capítulo 35

Con sus labios, Edrik besa los ojos de Veka; recoge en ellos sus lágrimas. Ambos están un poco agitados todavía. Él le sonríe. Ella sonríe y sus cuerpos desnudos se envuelven entre sí para descansar. Antes del amanecer, el joven deja el lecho con el mayor sigilo posible, sin embargo, Veka despierta.

—Debo irme —le dice besándola.

—No —lo toma de un brazo, sonriente y con algo de coquetería.

—Tengo que hacerlo —baja la voz, dándole tiernos besos.

—Volverás con ella, ¿verdad? —su rostro radiante se apaga.

—Así tiene que ser por el momento.

Acaricia su rostro, une su frente a la suya. Besa con suavidad la punta de su nariz. Le ruega entre susurros le permita irse. De igual forma ella le ruega no lo haga. Se quede a su lado y sean uno de nuevo.

—Lo que hay entre Sajjara y yo no es real —asegura en baja voz—. No tiene importancia. ¿Entiendes?

—No.

—Con ella a la cabeza estamos a salvo, Veka. Si ella me protege, yo puedo protegerte. ¿Entiendes ahora?

—Creo que sí, pero...

—Mi corazón está contigo —la besa—. Es tuyo por siempre y para siempre. Aun cuando yo me comporte como un patán. Si te ignoro o te rechazo para irme con Sajjara es sólo porque quiero protegerte.

—Yo sé defenderme, Edrik.

—Contra alguno de los nuestros quizá sí. No contra krangs, Veka. Confía en mí, por favor. Ella es nuestro salvoconducto en éstas tierras, pero mi corazón, mi alma, mi piel te pertenecen sólo a ti. Nunca lo olvides.

Toca su frente con sus labios y sale por el balcón. Veka mira la ventana y pronto la claridad de un nuevo día barre las sombras, llenando

la pieza con luz.

De un arcón de hierro forjado, Certar saca algunas bolsas con oro y paga un par de carretas y caballos. No muy lejos de donde se cierra la transacción, un grupo de hombres observa con sumo interés. Siguen de cerca al profesor y su gente. A medio día retoman su camino, seguidos discretamente por una veintena de jinetes.

18

Garu señala hacia dónde ir. Las voces en su cabeza le indican seguir bosque adentro. Descienden pequeñas colinas, atraviesan arroyos, donde ciervos pequeños huyen espantados ante su presencia; luego, se desvían hacia el Este, cruzan más arroyos y suben pequeñas colinas.

—Garu —dice Sajjara a su lado—. Nos trajiste de vuelta al punto de partida, hermano.

—Es que —golpea su cabeza un tanto confundido—. Él dejó de hablarme. Dejó de hablarme, Sajjara. ¿Por qué?

—Tranquilo.

—Dijo que fuéramos por el bosque, bajando las colinas y atravesando arroyos...

—Así lo hicimos al principio, pero luego retrocedimos.

—No lo hagamos ésta vez —recomienda Edirk.

—Tú no te metas, ladrón —el krangs lo amenaza—. El gigante me habla a mí, no a ti.

—Perdón, Garu.

—Dile que se vaya, Sajjara.

—Aléjate, Edrik.

Él consiente y va hasta donde Veka sigue trabajando en sus dibujos. Levanta la vista al reconocer el paso de su viejo caballo. Él le guiña un ojo y ella sonrío con timidez, regresando a sus dibujos.

—¡No podemos detenernos, Sajjara! —exclama con impotencia Garu—

¡Parar nos pone en peligro!

—¿Por dónde seguimos?

—¡Por el bosque! —señala de nuevo— Pero el bosque nos trae aquí otra vez.

—Tal vez olvidas algo de lo que el gigante te dijo.

—¿Qué?

—Tú tienes que recordarlo. Continuemos y piensa lo que podría ser.

—Me siento mal, Sajjara.

—No pasa nada, hermano. Sólo concéntrate. ¿Sí?

—Está bien.

—Continuemos —ordena seguir.

Pelat, que prácticamente ha desaparecido para todos, entorna los ojos con fastidio. Piensa en que en cualquier momento encontrará la oportunidad indicada y dará a la krangs y su hermano lo que merecen. Se pierde en los planes que fragua su cabeza. La altiva hija de Orash vulnerada ante él, sometida con cadenas, a su entera disposición. Entonces será tan sencillo como lo fuera con la dulce Edwina: una liebre temblorosa y asustada entre sus manos. Disfrutará lastimarla, de eso no tiene duda.

## Capítulo 36

Continúan por la misma ruta. En el punto que Garu se desviara nuevos susurros tocan su cabeza: <<Hay peligro. Huye. ¡Huye!>> —le advierten. El krangs frena su montura. Abre más los intensos ojos amarillos, sondeando su entorno.

—¿Garu?

—Corran —espetea con su respiración contenida.

—¿Por qué?

—¡Corran! —su voz fuerte espanta a las aves en los árboles.

Sale al galope y Sajjara tras él. Todos azotan sus monturas, yendo como locos tras el krangs.

—¡Qué pasa! —Veka da de tumbos en su carreta.

—¡Ordenaron ir corriendo! —informa el conductor.

Va a la parte trasera para ver la carreta en la que viaja su padre. Ve cómo una gavilla de desconocidos les da alcance y a punta de espada derriban a varios hombres.

—¡Padre! —grita dándose cuenta que uno de los facinerosos busca alcanzar el vehículo.

Se arranca la falda para que no le estorbe. Bajo ella lleva la ropa que los krangs le regalaran y su espada con mango de marfil al cinto.

—¡Reduzca un poco la velocidad! —grita al conductor.

—¡Qué!

—¡Sólo un poco!

—¡Qué piensa hacer!

—¡Haga lo que le digo!

Totalmente confuso, el hombre obedece. Las testas de los caballos que lo siguen están a su alcance. Se aferra a sus cabezadas y salta sobre el eje que los mantiene unidos.

—¡Está loca, muchacha! —espeta el segundo cochero.

—¡Olvídese de mí y manténgalo firme! —pide.

Se sujeta al resto del arnés y salta sobre uno de los caballos. Luego, después de darse valor tomando bocanadas de aire, se vuelve de frente a él. Mira la distancia que la separa del pescante.

—¡Se va a matar! —asegura el hombre.

Ella está consiente que es una posibilidad. Ve que más de sus hombres caen por el camino, asesinados por quienes los atacan. Uno está por darle alcance al guía.

—¡Cuidado! —advierte Veka.

El chófer lo mira y da de fuetazos al sujeto, buscando alejarlo, pero otro lo sorprende por el extremo opuesto.

—¡No! —grita la joven al ver cómo lo lanzan fuera.

Un jinete más se acerca a ella y la sujeta por la cintura, montándola con él.

—¡Pero qué buena pesca! —ríe encantado.

Veka no duda en lo que tiene que hacer; clava sus pulgares en los ojos del hombre y cuando éste suelta las riendas lo arroja de la montura. Ella, sujeta a la cabeza de la silla, se vuelve con agilidad y toma control sobre el caballo. Espada en mano golpea con sus talones al animal, exigiéndole más velocidad. Alcanza a los ladrones. Pone en práctica una de las enseñanzas de las amazonas: inclina todo el cuerpo hacia su derecha, ubicando un punto específico en los cuartos traseros del caballo; luego, con su espada, hace un tajo limpio. El caballo se duele y cae aparatosamente, golpeando contra un compañero que derriba de igual manera su jinete. Repite la acción las veces precisas hasta que está segura no hay más ladrones. Va en pos de la carreta de su padre que no tiene conductor. Salta al asiento y toma las riendas. Tras ella, un hombre que no es su padre aparta los pliegues de la lona que cubre la carreta y saca una daga, dispuesto a asesinarla.

—¡¡Abajo!! —ve de pronto que Edrik arroja su bastón con fuerza.

Veka obedece y la vara impacta con fuerza la frente del hombre. El joven salta al lado de ella. Dentro, Certar pelea con otros dos que buscan lanzar al camino el arcón de hierro forjado. Uno amenaza a Edrik con su puñal. Él detiene la mano armada, midiendo con rabia sus fuerzas. Entre los árboles del bosque surgen más jinetes que los emboscan. Nash se da

cuenta que someten al conductor de la carreta de Veka y advierte a Mevi. Éste llama a sus hombres y frenando su loca carrera van en auxilio de ellos.

## Capítulo 37

Al parar de repente, tanto Edrik, Certar y quienes los atacan son expulsados con violencia de la carreta. Caen sobre el camino. Lo mismo que el arcón, el cual se abre derramando las bolsas con el oro. Los ladrones lo quieren.

—¡Toma las que puedas y larguémonos! —grita uno.

—¡No! —espeta Certar lanzándose hacia el sujeto y lo derriba.

El hombre lo recibe, enterrándole la hoja de su puñal en el hombro.

—¡Padre!

—¡Profesor! —espeta Edrik al verlo derrumbarse.

Con su vara golpea con rabia al sujeto, dejándolo inconsciente. Los otros buscan robar el oro, pero los enfrenta de igual manera.

—Padre —la joven va a él para buscar controlar la hemorragia.

Mevi y los otros se enfrentan por el camino, de jinete a jinete. Nash salta sobre uno clavando sus dientes en el hombre. Pelat y los suyos se unen a la pelea, mientras que Sajjara sigue tras Garu a todo galope, sin advertir lo que deja atrás. Concentrada en no perder de vista la ancha y fuerte espalda de su hermano.

—Padre —solloza Veka.

—Voy a estar bien —sonríe, oprimiendo el hombro—. No tocó ninguna arteria. No te preocupes.

—¿Seguro? —rasga la camisa para verificarlo.

—¿Crees que no conozco mi cuerpo?

Sajjara se frena al no oír tras ellos a los demás. Ve que Garu no se detiene y se pierde en el bosque. Ella duda en ir tras él o volver. Apretando los dientes, fustiga su caballo y regresa sobre sus huellas. Cuando llega a todos, el enfrentamiento ha terminado. Los ladrones huyen por el bosque y los hombres se felicitan por haberlos vencido. Hay algunos cuerpos tendidos, otros más se quejan por alguna herida. No ve a Edrik

por ninguna parte. Clava los talones en su caballo yendo en su busca.

El joven porteño levanta el arcón con el resto del oro. Ni una bolsa lograron llevarse. Las doradas monedas brillan en sus ojos marrón. Jamás había visto tantas en un solo lugar. La devuelve a la carreta y ayuda a Veka con su padre.

—¿Está bien? —inquire.

—Sí —sonríe—. Sólo necesita descanso.

—Estás herida —ve sangre en su rostro.

—No es mía —la limpia.

—¡Edrik! —Sajjara lo llama.

Desmonta de un salto y va a él con apremio.

—Estamos bien —anuncia, pero ella no lo cree hasta que lo revisa—. Sajjara, por favor.

Le molesta el manoseo y la preocupación de la krangs. Se siente como un animal en venta, no como el hombre que es.

—Dejé a mi hermano solo, por ti —pega su frente a la de él—. ¿Sabes lo que significa?

—¿Que Edrik es más importante que todo para ti? —responde Veka.

—En su estado no sé si él lo va a entender, Edrik —ella la ignora.

Lo besa repetidas veces, incomodando a los jóvenes. Sin desmontar de su caballo, Pelat observa y aplaude el buen trabajo del porteño. La mujer está prendada de él.

Casi al amanecer ubican de nuevo a Garu, vagando por el camino con las riendas de su caballo en las manos.

—Hermano, perdóname —dice Sajjara.

—¡Encontré la boca de la montaña! —espeta él sonriente.

Los guía por algunos metros más, señalando la abertura que se pierde entre las rocas diseminadas por la zona. Edrik salta de su caballo y ve grandes huellas que se adentran a ella.

—¡Son las mismas que vimos antes, profesor! —indica emocionado.

—¿Huellas del gigante? —inquire, doliéndose un poco Certar.

—Más de uno, señor.

—¿Qué?

—Aquí veo... tres pares distintos de huellas.

—Eso significa —interviene Veka—, que muy probablemente haya una comunidad de gigantes del otro lado.

—La pregunta es —habla Pelat—. ¿Son amigos o enemigos para nosotros?

En un mortero, Veka mezcla diversas hierbas formando una pasta. Nash se acerca corriendo, llevando consigo un tarro con miel.

—La conseguiste —sonríe la joven.

—Por ti, hasta el fin del orbe la busco —dice el enano con ojos destellantes.

—Gracias, Nash —la recibe y da cuenta de los piquetes en sus manos, rostro y cabeza—. Nash...

—Estaré bien, mi niña. No es la primera vez que me enfrento a abejas y salgo victorioso.

—Pero te picaron mucho.

—Son las heridas de la batalla. Ganadas por ti me saben a Gloria.

—¡Oh, Nash! Gracias. Pero no vuelvas a arriesgarte así, por favor.

—No le temo al peligro, bonita.

—Eres muy valiente —consiente—. Pero no vuelvas a hacerlo. ¿De acuerdo?

—Bien.

La deja para que cure a su padre y casi pierde el sentido a medio

camino. Edrik lo toma en sus brazos.

—Que mi bella no me vea así —jadea suplicante.

El joven consiente llevándolo con Mon y Par. En aquel momento de confusión y alboroto, varios hombres, llevando de las riendas sus caballos, abandonan el campamento y a todos.

## Capítulo 38

Garu permanece ante la oscura boca de aquella cueva. Mirando al fondo, con sus grandes manos vueltas puño. Sajjara se le acerca.

—¿Escuchas algo? —inquire y él niega con la cabeza.

Una ráfaga de viento demasiado fresca escapa de la abertura, estremeciendo a la krangs y obligándola a abrazarse a sí misma y frotar sus brazos desnudos.

—Si hay más de ellos —continúa la mujer— quizás no podamos darles batalla, Garu. ¿Por qué no regresas a Mazra...?

—No hay regreso —se niega—. Ya estamos aquí, Sajjara.

—Pero tal vez necesitemos ayuda.

—Tal vez.

—A mí, Orash no va a escucharme, pero a ti sí. Ve por él a casa, hermano.

Garu mueve la cabeza negativamente. Cualquier razón que ella le presenta, él la rechaza. Incluso la de ir a descansar.

Después de una noche inquieta para Certar, el amanecer le obsequia una extraordinaria visión. En la boca de la cueva, ve a un hombre de gran estatura, complexión fuerte y vestido de oro. El sol que se abre paso entre nubes, árboles y montañas le arrancan destellos dorados. Calza alpargatas que anuda hasta casi tocar sus pantorrillas; usa muñequeras metálicas, un peto en el que advierte con detallada claridad, un cisne con las alas abiertas grabado exquisitamente. En la cabeza un casco bruñido, del que escapan algunos rizos rubios. Certar alarga su mano a él, seguro de poder tocarlo. El hombre da media vuelta y se pierde al interior de la cueva.

—Aguarde —dice y su voz despierta a Veka.

—Padre...

—El gigante, Veka —señala la abertura—. Estaba allí.

—¿Qué pasa? —Edrik se acerca al oír sus voces.

—Seguramente soñabas, padre —posa sus manos en su rostro y

frente.

—No, hija. Allí estaba.

—¿Qué? —inquire Edrik de nuevo.

—Dice que el gigante.

—¡Maldita sea! —escuchan a Pelat— ¡Los cobardes huyeron!

Todos van a él al oír su amarga protesta.

—¡Mis hombres me dejaron solo! —patea las frazadas acomodadas como si cubrieran cuerpos— ¡Se largaron mientras dormía!

—Varios de mis hombres también, Edrik —informa Mevi con vergüenza.

—¡Profesor! —llegan otros con el arca de su caudal vacío.

—Tuvieron miedo —suspira Certar.

—Cobardes —espetea Sajjara.

Con menos de la mitad de los que eran en un principio, penetran la cueva. Cuando la luz del día se apaga a sus espaldas, Edrik, Mevi y los enanos encienden algunas antorchas.

—Dame —Garu le arrebató la suya a Edrik.

Va por delante con decisión. Sajjara y los otros, llevando los caballos de sus riendas lo siguen. Veka conduce una de las carretas. Certar no deja de balbucear que ha visto a un gigante. Lo describe de pies a cabeza, aunque no puede detallar sus facciones.

Una nube de murciélagos los embiste. Pelat blande la espada sin ton ni son para alejarlos.

—¡Basta! —Sajjara interpone su espada, deteniéndolo— Deje de atacarlos. Ellos sólo se defienden. Vuelva el filo a su funda.

Ante el intenso destello de los ojos violeta, el capitán obedece.

Prosiguen durante lo que para todos resulta demasiado tiempo. De pronto, la radiante luz del sol los ciega. Cuando sus ojos se acostumbran de nuevo, tienen ante sí una panorámica extraordinaria. Hacia donde miran hay saltos de agua, hermosas cascadas que descienden como en terrazas; bosques exuberantes, de todos los verdes imaginables. En el

azul del cielo, junto a aves de diversos tamaños, ven también volar a pegasos que descienden a ricos pastos, en los que juegan y corren con libertad total. En la lejanía se eleva una gran montaña, de la que escapa una ligera estela de humo. No advierten asentamientos humanos, pero la vegetación tan tupida debe esconderlos.

Garu señala el sendero y baja por un costado. Todos lo siguen. Al internarse en el bosque, puntos luminosos avanzan a su paso con curiosidad.

—¿Qué son? —Mevi los esquivó.

—Insectos. No los molestes.

—Ellos me molestan a mí —manotea.

Sajjara levanta su mano pidiendo detenerse. Garu la mira molesto.

—Debemos seguir —dice.

—Oscurece. Tenemos que descansar, hermano.

—Si paramos corremos peligro.

—Hemos caminado todo el día —replican los otros, desmontando.

—No, Sajjara. Diles que monten y sigan.

—Yo también estoy cansada, hermano. ¿Tú no?

—No.

—Necesito limpiar la herida de mi padre y curarlo de nuevo.

—Relájate, Garu —Edrik toca su hombro.

El krangs se vuelve molesto a él y le da un puñetazo tal, que el joven se desprende del suelo unos milímetros y cae atolondrado un par de metros lejos.

—¡Edrik!

Certar contiene a Veka. Que Sajjara se encargue de él. La joven consiente en un movimiento de cabeza.

—¡Eres un bruto, Garu! —replica la mujer con coraje— Maldito idiota.

El krangs los mira a todos. Sólo expresión de miedo descubre en cada rostro. Aprieta los puños y corre bosque adentro, seguido por una nubecilla de los bichos luminosos.

—Edrik...

—Ya —balbucea escupiendo un poco de sangre—, ya voy Edwina. Un momentito más, ¿sí?

—Ese fue un gran golpe —afirma Mon—. En sus cabales... lo mata, ¿verdad?

—En sus cabales —responde Sajjara, humedeciendo el rostro del joven—, lo decapita de un limpio tajo.

—Entonces, Edrik es un chico con suerte.

## Capítulo 39

Sin que lo note, Nash sigue de cerca a Garu. Lo encuentra en un pequeño claro, sentado en una roca, con los hombros caídos y sollozando. Se acerca con precaución, pero en su camino pisa algunas ramas secas que alertan al krangs y lo hacen volverse dispuesto a destrozar a quien sea.

—¡Soy yo! —espeta con sobresalto el enano.

—¿Qué quieres? —vuelve a su misma posición y limpia con su brazo los mocos que escurre su nariz.

—Hacerte compañía, amigo.

—Sajjara me llamó maldito.

—Sí. Es un insulto fuerte entre ustedes, ¿verdad?

—Sólo maldecimos a nuestros enemigos. No nuestra sangre.

—Creo que se asustó por la manera en que enviaste a volar a su novio.

—¿Su novio? ¿El ladrón es novio de Sajjara?

—No te habías dado cuenta, ¿eh? Duermen juntos, Garu.

—¿Ellos? ¿Unen sus cuerpos?

—Hasta fundirse como dos barras de oro, amigo.

El krangs no dice nada. Baja la mirada a sus grandes manos, en las que advierte algunas gotas de sangre. Las cierra en fuertes puños.

—¿No te molesta, Garu? ¿Qué tu hermana esté con un hombre que viene del otro lado del río? ¿Con el ladrón?

—Sajjara debe quererlo. Y más que a mí.

—¡Oh, Garu! Eso... no es bueno.

—Pero para ella sí.

—¿Hum...? —lo mira confuso.

—Quiero a Sajjara feliz.

—Pero... se trata de Edrik. ¡Del ladrón, Garu!

—Hace feliz a Sajjara.

—Sí y el muy canalla también enamora a mi niña bella.

—¿Tu niña bella?

—Sí. Veka.

—¿El ladrón enamora a Veka? —tensa los músculos de su mandíbula.

—Descaradamente, Garu.

—Ella es mala entonces. La castigaré.

Se levanta, con la decisión pintada en el grotesco rostro.

—No, no —Nash se cuelga del fuerte brazo para contenerlo—. A mi bella no. A Edrik.

—A las mujeres del otro lado del río les gusta robar los hombres de otras.

—Pero, Veka no, Garu. Ella no. Es él quien la sonsaca. Edrik. El ladrón. Si quieres castigar a alguien, castígalo a él. A él.

—Sajjara se molestará más conmigo.

—Entonces haz que Edrik no se acerque a Veka. Dile que si lo ves junto a ella le romperás un dedo.

—¿Al ladrón?

—No. A Veka.

—Si veo al ladrón con Veka, le romperé un dedo a ella.

—Sí, pero no lo vas a hacer en realidad. Sólo es... una advertencia para que él no se le acerque. ¿Entiendes?

El hombre consiente, mirándolo fijamente.

—No vayas a olvidarlo, ¿eh? —palmea el fornido tórax.

Regresan al campamento, pero no encuentran a nadie en él. Todos —incluyendo a los caballos— han desaparecido.

—¿Dónde están todos? —Garu, espada en mano espeta.

—Aquí los dejé —asegura Nash.

Nota la yesca en la fogata sofocada inesperadamente. Las frazadas dispuestas para descansar; los utensilios de Veka con los que cura a su padre, pero ni una sola huella de personas ajenas sorprendiendo a los suyos.

—¡Sajjara! —llama Garu.

—¡Sshh! —pide el enano— ¿Qué tal si quienes se los llevaron andan ahí todavía?

—¡Que vengan! —asiente— ¡Sajjara!

Los puntos luminosos comienzan a llegar y rodearlos.

“Sacude... —Garu es advertido.

Se prenden a sus ropas, su cabeza, su piel.

—¡Espántalos! —manotea el krangs— ¡Que no te invadan!

—¡Ay, ay! —manotea y salta el enano.

Corren sin sentido, evitando los enjambres cada vez más nutridos y de pronto encuentran una multitud, afanados en adherir los cuerpos de sus compañeros en un muro con más de seis metros de ancho, por tres de alto.

—¡Sajjara! —Garu descubre a su hermana.

## Capítulo 40

La mujer permanece inconsciente, cubierta en su totalidad por miles de aquellos insectos luminosos. En cuanto la toca, su mano es invadida por ellos.

—No, Garu —lo hala Nash, sin dejar de sacudirse.

—¡Sajjara! —la llama de nuevo.

Pero no hay respuesta. De ninguno. Un nuevo enjambre los amenaza. Ambos corren, pero mientras más bichos logran adherirse a ellos su fuerza y voluntad va minando. Los nuevos susurros en la cabeza de Garu lo invitan a lanzarse al agua. Ve un arroyo cerca y se deja caer de golpe en la fresca corriente. Las nubes de insectos se esparcen asustadas. Garu las salpica y ellos huyen.

—Nash —lo ayuda a llegar al agua.

—Qué sueño tan delicioso —suspira el enano.

—Despierta —lo hunde en el agua.

—¡Agh! ¡Qué haces! ¿Quieres ahogarme?

—No les gusta el agua.

—¿No?

Llenan los odres y bañan a sus compañeros. Los destellantes bichos se dispersan y los cuerpos de todos —hasta los caballos— se espabilan.

—¿Garu? —inquire Sajjara.

—¿Ves que no debemos parar? —él la sostiene en sus brazos.

—¿Qué... pasó? —inquire confusa Veka.

—Casi son alimento de esos bichos luminosos —contesta Nash, teniéndola en su regazo.

—Y tú diciendo que no los molestara —replica Mevi.

—Sólo son insectos.

—Sería bueno capturar algunos y estudiarlos, hija —sugiere Certar.

—Sí, padre. ¿Me ayudas, Nash?

—Por supuesto.

—Nos hicieron caer en un profundo sueño —hace anotaciones en su legajo de pliegos.

—Con destino directo a la muerte —comenta Pelat—. Ni siquiera me di cuenta en qué momento me dormí.

—Sin sensación de picaduras...

—Y una fuerza descomunal del enjambre.

—El nido se parece un poco al de las termitas. Tal vez tengan algún parentesco.

—Tenemos que movernos, Sajjara.

—Sí. Al menos lejos de ese nido.

Atraviesan el arroyo y deciden asentarse cerca de él. La mañana siguiente es lluviosa. Conforme avanzan, la lluvia aumenta, engrosando arroyuelos que arrastran consigo, además de piedrecillas y ramas, algunos troncos. Una rueda de la carreta se atora un poco; golpea una piedra desquebrajándola. Más adelante, una corriente más potente los detiene. Los krangs quieren continuar, pero sus caballos se niegan a entrar al afluente.

—¡Camina, Tridak! —Garu golpea sus costados— ¡Sólo es agua!

—Tal vez debamos acampar aquí y esperar que el río disminuya —recomienda Edrik.

—¡No! —se opone con energía Garu.

—Sajjara...

—Parar nos pone en peligro, dice mi hermano.

—Atravesar el río también puede ser peligroso.

—Garu está siendo guiado, Edrik.

—Sí. Por un gigante que casi lo mata —interviene Pelat—. ¿No es

ilógico?

—Tal vez sí, pero sus advertencias también nos han salvado la vida.

Garu logra que su caballo entre al caudal y atraviése. Sajjara lo sigue.

—¡Vamos, viejo! —invita Edrik— Ya has llegado hasta aquí, ¿por qué no un poco más? ¡Vamos!

El rocín consiente a sus órdenes. La corriente lo empuja; los cascos golpean contra las piedras del lecho: protesta, se asusta un poco, pero el joven no deja de hablarle y animarlo a continuar. Pelat, por su parte, cruza el río azotando con rabia su montura.

Veka entrega las riendas a su padre. Ella deja la carreta y sujetando de sus cabezadas a los caballos, los conduce río adentro.

—Yo debería hacer eso, hija —dice Certar.

—Tu hombro está débil todavía —replica la joven con el agua rozando sus rodillas.

Los caballos se inquietan, sacudiendo las testas más de lo ordinario.

—Tranquilos —ella los calma.

Siente de pronto como el afluente sube demasiado de nivel. Todos escuchan el estruendo del río.

—¡Crecida! —grita Edrik con angustia.

—¡Ven aquí, Veka! —grita a su vez Certar, viendo cómo baja de la montaña gran cantidad de agua que arrastra incluso árboles completos.

La joven se aferra a los caballos, pero estos se sacuden, relinchan y encabritan asustados. Las manos de Veka resbalan de los cinchos.

—¡Veka! —su padre le tiende una mano.

Ella busca tomarla. Una rama grande la azota y la arrebatada de él.

—¡Padre! —la corriente cada vez más turbia y potente la arrastra consigo.

—¡Veka! —Edrik salta de su viejo caballo. Usando su pértiga intenta alcanzarla por la orilla del río.

—iEdrik! —a su vez, Sajjara va tras él.

Con suma dificultad, Certar logra atravesar el río, pero una rueda se rompe al ser golpeada por los troncos.

—iVeka!

—iEdrik! —ella se esfuerza por nadar hacia la orilla, sin embargo, la corriente es demasiado potente.

## Capítulo 41

Metros más adelante se escucha el rugido de una cascada. El joven da un gran salto ayudado con su pértiga y cae sobre una roca, al tiempo que Veka cruza ante ella. Alarga su mano y sujeta a la joven de la suya. Está al borde de la caída y la fuerte corriente no le permite asirla correctamente.

—Veka —la mira fijo a los ojos y ella a él.

El agua lodosa vuelve sus manos cada vez más escurridizas.

—¡Edrik! —oye a sus espaldas.

—¡Ayúdame, Sajjara!

—¡Viene más agua y basura con ella!

—¡Ayúdame! ¡Se me resbala...!

No termina la frase cuando Veka se desprende de sus dedos y cae al torrente en medio de angustioso grito.

—¡¡Veka...!! —desgarra a su vez su garganta.

—¡Vámonos! —Sajjara intenta atraerlo a ella.

—¡No! —la rechaza y sin dudarlo se lanza al torrente.

—¡Edrik...! —grita con espanto.

Su hermano la sujeta por el talle y la aparta del peligro, llevándola con los demás, que azorados ven como el río aumenta su caudal en violento oleaje; arrastra consigo la maltrecha carreta, estrellándola contra las rocas a su paso, haciéndola añicos. Sajjara grita y golpea con coraje a su hermano; Certar llora por su hija; igualmente Nash. Mevi esconde el rostro, ocultando su pesar y sus lágrimas por su amigo.

Gruesas nubes oscurecen el cielo que pronto retumba y libera fregonazos anunciando tormenta. Halando aire desesperado, Edrik sale a la superficie llevando en sus brazos el cuerpo de Veka. Falto de fuerzas apenas logra llegar a la orilla. Tose, jadea y arrastra a la joven fuera de la corriente de agua.

—Veka —palmea agitado el pálido rostro—. Veka. Mírame te lo ruego.

La joven no muestra signos de vida. Hay sangre en su cabeza; un persistente hilillo que escurre por su frente, abriéndose camino por sus ojos cerrados y una de sus mejillas.

—¡Vamos, Veka! —une sus manos en el centro de su tórax y aprieta con ritmo, haciendo que la joven libere el agua que ha tragado— ¡Vamos!

Un ligero carraspeo lo anima a continuar la misma maniobra, hasta que la muchacha tose con fuerza y recupera el sentido, jadeando.

—Veka —ríe entre lágrimas, besándola.

—¿Qué hiciste? —acaricia su rostro— ¿Saltaste tras de mí?

—No iba a dejar que murieras.

—Pudiste morir conmigo, tonto.

—Si es contigo, hasta la muerte acepto.

—Edrik —sonríe.

—Te amo, Veka —la estrecha contra su pecho.

Se ponen de pie y suben por la pequeña colina. Un poco antes de alcanzar la cima, una serpiente de luz desciende por el otro extremo y golpea con fuerza el cauce del río en medio de una potente explosión, que agita aún más las aguas revueltas y lanza al suelo a la pareja. Edrik cubre con su cuerpo a Veka al ver saltar ramas y chorros de agua lodosa. Muy cerca de ellos cae su vara de dos metros brincoteando sobre el lodo.

—¡Ah! —la mira, sorprendido— Creí que la había perdido.

Siguiendo aquel camino los atrapa una intensa lluvia. Al caer la noche encuentran una cueva sobre una saliente natural. En ella hay paja, leña, agua y hasta ropa seca.

—Debe ser refugio de cazadores —imagina Edrik.

Afuera la tormenta continúa, pero ellos no tienen de qué preocuparse. Edrik enciende el fuego. Cambian sus ropas húmedas. A él le queda perfecta. A ella la cubren y la protegen del frío, pero son demasiado grandes.

—Te ves hermosa —se burla el joven.

—Estoy segura que sí —responde, aleteando las largas mangas de la

camisa.

Un rayo parte en dos un cercano árbol. Eso sobresalta a Veka y busca el refugio de los brazos de Edrik. Él la estrecha con gusto. Revisa la herida en su cabeza; es pequeña y ha dejado de sangrar.

—¿Tienes frío? —la siente temblar.

—Un poco —acepta.

Van junto al fuego. Durante algunos momentos su único interés es recuperar la temperatura de sus cuerpos. Permanecen en silencio, con sus manos tendidas hacia el fuego.

—¿Cómo estarán los otros? —por fin habla Veka.

—Bien. Pasaron todos.

—¿Los viste?

—Los vi.

—Es una tormenta fuerte —mira hacia la boca de la cueva y nota la gruesa manga de agua que cae.

—Están con Sajjara y Garu. Ellos saben qué hacer. No te preocupes.

—Mi padre y yo nunca nos hemos separado.

Él consiente, pero no hace comentario alguno. Fija la mirada en las llamas que danzan ante él. Intenta hacer memoria de su pasado, su primer hogar, con Edwina, su madre, su padre. Es sólo una sombra borrosa para él.

—Yo apenas recuerdo al mío —confía de pronto.

—¿Murió?

—Es lo que creemos. Un día salió de cacería y jamás volvió. Yo tenía cuatro años y Edwina siete.

—¿Y tu madre?

—También nos abandonó. Se fue con un marinero que le prometió hasta lo que no tenía.

—¡Ah...! Lo lamento.

—No lo hagas. No le importamos.

—¿Era una mala madre?

—¿Qué buena madre hay que abandone a sus hijos?

—Tal vez se vio obligada...

—Hablas igual que Edwina. También la defiende. Ella no sabe lo que yo.

—¿Qué cosa?

—Vi cuando ella misma le propuso al marinero dejarnos. Éramos un estorbo, Veka.

—Tal vez...

—No —calla su voz con sus dedos—. Olvidémonos de ella. Se fue. No vale la pena recordarla.

—Era tu madre...

—No vale la pena recordarla.

## Capítulo 42

Ella consiente y mira también las llamas en la hoguera.

—Mi madre murió salvando mi vida —Veka retoma la palabra.

Edrik no dice nada. Sólo la mira, dispuesto a escucharla.

—Yo tenía ocho años y estábamos en las selvas de Okanu, las más salvajes y peligrosas del orbe, aún hoy en día. Nuestro campamento fue atacado por aborígenes. Mi padre y otros miembros de la expedición se hallaban en unas ruinas que se habían descubierto recientemente. Con nosotras habían dejado al cocinero y media docena de guardias. Mi... madre poseía una sensibilidad que sorprendía a muchos. Supo primero que nadie que nos acechaban y nos movilizó a todos.

La joven se siente transportada a ese preciso día. Sin llevar nada consigo ordena ir hacia el río y ponerse a salvo en sus embarcaciones. Veka corre al frente, atendiendo las indicaciones de Rommy, su madre.

—¡No mires atrás! ¡Estoy contigo, hija! ¡Corre! ¡Corre!

Veka, la niña de ocho años ve como flechas veloces surcan a sus lados, clavándose en plantas y troncos de árboles.

—¡Mami...!

—¡Sigo contigo, mi amor! ¡No tengas miedo! ¡Corre!

Adelante ve la anchurosa masa de agua y los botes varados en la orilla. Entre las dos empujan la embarcación.

—¡Salta, salta! —anima Rommy subiendo al bote— ¡Ahora abajo!

Rema con decisión. Las flechas siguen silbando a su alrededor; algunas se clavan en el bote, muy cerca de ella, pero su madre es un escudo a su alrededor. Ella permanece enroscada a sus pies, como se lo ordenara.

—¿Mami? —levanta la cabeza sin escuchar más las saetas.

—Aquí estoy —le sonrío con cierta debilidad, pero sin dejar de clavar el remo en el agua.

Mira a su alrededor. No ve otras embarcaciones siguiéndolas; sabe que los otros no lo lograron.

—Mami —se abraza a ella tranquila.

—¡Ah...! —Rommy se duele y Veka siente en su espalda el talón de varias flechas.

—¡Mami! —grita con horror.

—Todo está bien, cariño. Tranquila.

—¿Cómo te ayudo? —llora impotente.

—Sólo no las toques, amor.

—En el trayecto nos encontramos con mi padre y los otros. Venían de regreso. Aunque llegamos rápido a la aldea de la que habíamos partido... mi madre había perdido demasiada sangre. Murió entre nuestros brazos. Bendiciéndonos.

Siente como Edrik la estrecha un poco más, acaricia sus manos y besa su cabeza.

—Nos rogó que no abandonáramos nuestro trabajo. Dejarlo habría sido igual que cometer suicidio. Han pasado casi quince años de eso. Mi padre y yo nos hemos consagrado a nuestro trabajo, pero ella nos hace mucha falta. Unos días más que otros.

Guarda silencio, con la vista fija en el fuego todavía. No espera que Edrik diga nada; pero sabe que es por orgullo. Por no aceptar que, a pesar de todo, su madre le hace falta y que al igual que ella, la extraña.

Ocultos entre algunos arbustos, Nash, Par y Mon observan a Sajjara, que, con su hombro apoyado en el tronco de un árbol, llora lo más quedo que le es posible.

—Vamos —ordena Mon regresar sobre sus huellas.

Garu deambula por el área, en espera de que la voz en su cabeza resurja. Mevi y los pocos hombres que aún quedan, se debaten en continuar o no en aquella aventura. Por su parte, Pelat no pierde de vista a los pequeños hombres. Sabe que algo traman.

—Bien —dice Mon con discreción—. Hay dos opciones ante nosotros: volver a nuestras tierras o seguir por nuestra cuenta y tratar de encontrar Meycrow.

—Yo te sigo a donde sea, Mon —asegura Par.

—Yo —Nash permanece con la cabeza baja— yo extraño demasiado a mi niña bella.

—Está muerta, Nash. Lo mismo que Edrik. Olvídala, ¿quieres?

—No puedo, Mon. Deberíamos buscarlos. Mi corazón me lo pide a gritos.

—Nadie sobrevive a una crecida como esa.

—De los nuestros, tal vez; pero ellos...

—Ellos son tan vulnerables como nosotros, Nash. Veka está muerta. Acéptalo.

El enano se resiste, pero accede a las palabras de Mon.

—Lo haremos en el siguiente arroyo que crucemos —anuncia su líder y los demás consienten.

## Capítulo 43

Mientras se viste, Edrik ve dormir a Veka. Deja el refugio para cazar algo. Camina por un sendero amplio y bien delineado. Al fondo, en la lejanía, la montaña engrosa su estela de humo, pero él no lo advierte. Ha visto un ciervo entre los árboles, pastando. Se mueve con sumo cuidado. Un buen golpe en la cabeza con su bastón lo atonta, pero le da tiempo suficiente para derribarlo y matarlo con su daga. Vuelve satisfecho con su presa sobre los hombros. A sus espaldas el humo oscurece y hay una fuerte detonación que cimbra, incluso sus pasos. Con su corazón dándole de tumbos en el pecho, mira hacia la montaña y azorado ve cómo escape fuego.

—¡Sajjara, es la señal! —ríe Garu dando de saltos.

La mujer, sujeta a las bridas de su caballo, mira hacia el volcán que ha hecho erupción. Muy junto a ella se encuentran Certar, Mevi y los demás hombres, pero los enanos y Pelat no están con ellos. Desde el punto en que se separaran de los otros, también presencian el fenómeno. Sin que lo adviertan, el capitán sorprende a Par, sujetándolo por el cuello y llevándolo sobre su montura.

—¡Mon! —grita el enano, forcejeando.

—¡Quietas esas manos! —conmina el hombre al ver que buscan sus armas— Ahora... quiero saberlo todo sobre esa maldita ciudad de oro de la que hablan: Meycrow.

Un confuso tropel atrae la atención de Edrik al otro lado del camino. No es un carruaje, no es un caballo o algún otro animal; al menos no uno que él conozca. Vuelve todo el cuerpo. A sus espaldas una nueva exhalación del volcán provoca nubes de aves que escapan del tupido bosque, asustadas. Él no deja de mirar al camino. Siente en las suelas de su calzado un golpeteo rítmico y de pronto está a su vista: un hombre demasiado alto, atlético y vestido de oro, tal cual lo describiera Certar. Pasa junto a él sin mirarlo y se pierde por el bosque en una apremiante carrera. Vuelve lo más rápido que le es posible al refugio. Veka aguarda angustiada.

—Edrik —se lanza a sus brazos con alivio.

—¡Lo vi, Veka! —dice agitado.

—¿A quién?

—¡Al gigante! ¡Es justo la descripción que dio tu padre! ¡Un tipo enorme, fuerte y corrió en dirección al volcán! ¡Es la señal que dijo Garu que oiríamos y veríamos! ¡Ese es nuestro destino!

La toma de la mano y la lleva por el mismo camino que viera perderse al gigante. Casi la arrastra tras él. En sus ojos destellan aún los fulgores de la rica armadura de oro.

—Por favor, Edrik —suplica la joven—. Necesito descansar.

—Pero si no hemos caminado demasiado. ¡Vamos! Hay que encontrar a un gigante. ¿Acaso no te entusiasma la idea? ¿Conocerlo, saber de su raza?

—Sí, pero no puedo dar un paso más.

—Te cargaré —se apresta a ello para continuar.

—Edrik —ríe sorprendida.

—Yo no me canso nunca —asegura.

—Hay algo extraño en tu mirada —acaricia su rostro.

—No cansancio. Lo juro.

—No. Es algo más. Ansiedad, codicia... no me gusta.

—Un poco de codicia no le hace mal a nadie.

—Es un sentimiento como una navaja de doble filo, Edrik. Si no sabes usarla puedes lastimarte o lastimar a alguien más.

—¿Qué dices? Yo sólo quiero mejorar la calidad de vida de mi familia y la mía.

—¿Volviéndote rico de la noche a la mañana?

—Es lícito.

—Pero no siempre sano.

Él detiene sus pasos. La deja libre.

—Dices eso porque nunca has vivido en la pobreza como yo  
—endurece el ceño.

—Tampoco tengo grandes riquezas...

—Pero conoces el orbe más que otros en esas expediciones que haces con tu padre. Conoces lugares, otro tipo de gente, culturas, usos y costumbres. Yo nunca he dejado Xidon y hasta hace unas semanas, jamás había ido más allá de "Tal vez mueras", "Caracolas" y "Guisantes". En Xidon todos nos conocen a mi hermana y a mí. ¿Sabes por qué?

Niega con la cabeza.

—Cortesía del capitán Pelat.

—No entiendo.

—En Xidon es un delito ser pobres. Ese año no tuvimos para pagar los impuestos. Edwina y yo fuimos azotados públicamente.

—Lo... lamento.

—No, Veka. No tienes idea de lo que vivimos ese maldito día. La humillación total. Nos desnudaron y caminamos desde la prisión hasta la picota, atados de nuestras manos al cuello de un cerdo. Todos se rieron de nosotros. Los ricos con mayor razón. No digas que lo lamentas. De haber estado ahí, te habrías reído igual que todos.

—No, Edrik —lo toma por un brazo—. Mis padres me enseñaron que todos somos merecedores del mismo respeto. Odio el abuso de autoridad.

—¿Sí? Pero estás comprometida con un príncipe. El que decide quién vive y quién muere. Quién termina sus días en una horrible mazmorra o es exhibido y humillado públicamente.

—Geweld no es así —replica indignada.

Edrik la mira con sorpresa.

—Tú lo quieres —afirma.

—Sí —acepta sin dudarlo—. Siento mucho cariño por él.

—Pero no lo amas, ¿verdad? —sonríe en medio de un suspiro de

alivio.

Va hasta ella. La sujeta de la barbilla y baja su rostro para tocar sus labios con ternura.

—¿Verdad? —insiste.

—No, pero...

—Eso es suficiente para mí.

Continúa besándola. Ella a él también.

## Capítulo 44

Pelat ajusta las sogas con que atara a los enanos.

—¿Bien? —se marca su ceño— Escucho.

—Meycrow es una leyenda antigua —inicia Mon.

—Nosotros la hemos aprendido de nuestros abuelos —interviene Nash.

—Y ellos la aprendieron a su vez de los suyos —tercia Par.

—Dicen que es una ciudad de oro —continúan—. Difícil de ubicar.

—Donde no existen los pobres y todo es felicidad.

—No hay clases ni distingos entre razas. Se vive con hermandad.

—Es un sitio aburrido entonces —replica Pelat.

—Nosotros sólo repetimos lo que nuestros abuelos escucharon de los suyos.

—¿Sus antepasados llegaron a ella?

—Unos dicen que sí, otros que no —Nash alza sus hombros.

—No tenemos prueba de ello, sólo la tradición oral.

—Entonces, ¿tal vez estamos en busca de una patraña?

—Ya comprobamos que los gigantes no son una patraña. Cuando el profesor describió la armadura del que vio, dijo que tenía grabado un cisne en él.

—¿Y?

—El cisne es el emblema de Meycrow: "Si ves uno síguelo. Tal vez encuentres la ciudad de oro", solían decir los viejos a sus hijos y nietos cuando salían de caza.

—Hoy en día lo dicen en ocasiones...

—Pero ya no con fe.

Los hombres, que lo han elegido como su vocero, animan a Mevi a hablar con los krangs. Este consiente, apurando un poco más su montura.

—Sajjara —la llama.

—Qué —responde con aire triste.

—Los hombres y yo hemos tomado una decisión.

—¿Quieren regresar? No es buena idea, Mevi.

—¿Por qué?

—No hay marcha atrás —replica a su vez Garu.

—Somos hombres libres. Si te comparto nuestra decisión es por respeto a lo que había entre Edrik y tú.

—La muerte llega del otro lado del río —dice Garu—. Si vuelven, la encontrarán y jamás volverán a los suyos.

—¿Qué quiere decir?

—Que regresar no es seguro —adelantan sus monturas.

En aquel camino arbolado, varios cuerpos son izados de las ramas más fuertes. Otros más, que lucen uniforme de soldados son arrojados a los pies del príncipe Geweld. Sus hombres le entregan también varias bolsas con oro.

—Guíenme a esa boca en la montaña —ordena a los prisioneros.

Estos, maltrechos por los golpes que les propinaran, obedecen de inmediato. No quieren morir.

## Capítulo 45

Edrik encuentra el rastro del gigante que viera.

—Su tranco es impresionante —le muestra emocionado las huellas—. Más amplio que el de un caballo.

Un gruñido los sobresalta, alertándolos.

—Vamos —toma de la mano a Veka, alejándose aprisa.

Tres, cuatro metros y a su paso salta un enorme felino, de piel dorada, profuso bigote y largos y filosos colmillos.

—Un dientes de sable —Veka es la que se emociona entonces, conteniendo la respiración—. Es hermoso... y letal.

—Tu espada...

—Saltará sobre nosotros si me muevo. Debemos hacerlo todo lo más lento posible.

—¿Para terminar siendo su cena?

—¡Mira esas garras! Son más fuertes que la espada mejor templada.

—¡Ah! Es bueno saberlo.

—Otro depredador podría ser una buena opción para nosotros. O que oliera una presa más de su agrado...

“Grr... —ruge amenazante.

—No las hay cerca, Veka —observa su entorno—. A mi señal, trepa ese árbol...

—¿Cuál?

—El tupido de lianas.

—No vamos a llegar...

—Lo distraeré...

—¡No, Edrik! Te matará.

—Y salvaré tu vida.

—Decirlo no lo convierte en un hecho. Él podría saltar sobre mí en lugar de ti.

Las orejas puntiagudas se mueven. La expresión de amenaza desaparece y los agresivos ojos miran a todas partes.

—¿Qué pasa?

—Creo que ha oído algo. Le causa miedo.

El felino retrocede y de pronto se pierde entre lo nemoroso. Ellos comienzan a escuchar un zumbido monótono, persistente que parece acercarse.

—Es...

—Ese zumbido. Lo he escuchado antes...

—¡Son avispas! —grita Veka.

Ambos se lanzan al suelo y cubren sus cabezas; imaginan las avispas sobre ellos; sin embargo, jamás sienten sus aguijones. En lugar de ello, ven muy cerca varios pares de pies desnudos. Al levantar la mirada, se encuentran con varios niños que juegan en sus manos pequeñas varas en las que llevan atadas una cuerda de material desconocido para ambos y un peso en su extremo. Los chiquillos los guían hasta su aldea, que es una con aquella espesa selva. Toda la población deja sus humildes chozas para recibir a los extraños. Las viviendas se levantan entre los frondosos árboles, que se comunican por firmes puentes colgantes. Al ras del suelo no hay hogares propiamente dichos.

—Así se protegen de los predadores —sonríe Veka, fascinada.

—¿Quiénes son? —inquire un hombre de largo cabello gris, que sujeta un báculo que alcanza la altura de su pecho.

—Yo soy Edrik y ella Veka. Tuvimos un accidente. Caímos por una cascada y el río nos arrastró.

—¿Están heridos? —inquire una mujer con interés.

—No —sonríe Veka—. Aunque, un dientes de sable estuvo muy cerca de hacerlo.

—Un dientes de sable —se asustan y toman en brazos a sus pequeños.

Invitan a Veka y Edrik a subir a sus hogares. Es más seguro.

—Soy Moicha —se presenta el líder, sirviéndoles algo de comer.

Su mujer, sentada a la mesa con ellos amamanta a su hijo de cinco años.

—Mi mujer se llama Hedra y nuestro pequeño Seldy.

—Será enorme y fuerte cuando crezca —asegura la joven, acariciando la pequeña cabeza.

—¿Ustedes son esposos? —inquiére la mujer.

—Eh...

—Lo somos —asevera Edrik.

—¿De dónde vienen?

—Seguimos las huellas de un gigante.

La pareja se mira. Moicha termina de servir y se sienta para acompañarlos.

—¿Hay más con ustedes? —indaga.

—Al principio éramos un centenar —responde—, pero hemos tenido problemas en el camino y perdido a muchos. Para estos momentos... no tengo idea de cuántos quedan.

—Entonces hay más de ustedes entrando a la jungla.

—Sin que nos impulsen malas intenciones, se lo aseguro.

—Suenas sincero, muchacho —sonríe el hombre—, pero más de las veces... mienten.

—Nosotros no. Lo juro.

—Ni tu compañera cree tus palabras. Se ha mantenido en silencio. Escuchándote nada más. Juras y ella baja sus ojos. Prefiere mirar sus

manos. Creo que le preocupas. La ambición que crece en tu corazón le preocupa.

—Ya hablamos sobre eso, ¿verdad, Veka?

—Sí —consiente, esbozando una sonrisa.

—Aquí, la ambición ha perdido a muchos. Los Centinelas son severos al respecto.

—¿Centinelas?

—Los gigantes que dices. Así los conocemos nosotros. Los Centinelas.

—¿Centinelas de qué? —indaga curiosa Veka.

—¿De qué más? —se pone de pie y va hacia la ventana desde la que puede verse el volcán en actividad— Meycrow.

—La ciudad de oro —susurra Edrik—. ¿Acaso está en el volcán?

—Es lo que todos imaginan. Pero una vez llegados allá... no se sabe más de ellos. Los Centinelas dicen que no todos los convocados son merecedores.

—¿De qué?

—De llegar a Meycrow, por supuesto.

## Capítulo 46

Mientras las mujeres acuestan al niño y arreglan una habitación para los invitados, los hombres salen a uno de los puentes colgantes.

—¿Habías estado ya antes aquí? —Moicha toma la palabra.

—No.

—Esas que llevas no son tus ropas entonces.

—No. Las encontré en el refugio de un cazador. Me gustan, me quedaron bien...

—Y las robaste.

—No, yo... sí...las robé. No es la primera vez. Ni aquí ni en el lugar del que vengo. Soy un ladrón como Garu me llama, pero no estúpido como Mevi y los otros. Yo soy meticoloso. No cometo errores y no hurto grandes cantidades. Así, la ley jamás pone sus ojos en mí.

—Tu mujer no lo sabe.

—No necesita saberlo.

—Es una joven con sensibilidad. Yo creo que lo intuye. Y le duele.

—No lastimo a nadie.

—Lastimas su relación.

—Su comunidad es pacífica. Son pocos. De donde vengo la gente tiene que pelear por ganar un mendrugo. Somos muchos y cada día llegan más; arrebatándonos los pocos empleos que hay. Veka no entiende ni ve eso porque ella ha crecido en ambientes como el suyo. Alejada de la civilización, las ciudades y sus problemas. Debemos sobrevivir como los opulentos nos han obligado a hacerlo. Les robamos una mínima parte de todo lo que en verdad tienen y cuando nos descubren, nos quieren ver colgados en el patíbulo. En cambio, ellos abusan de nuestras mujeres, ¿y quién les pide cuentas? Tienen poder y gracias a él hacen lo que les viene en gana.

—¿Si tú lo tuvieras fuera diferente?

—Totalmente.

Moicha asiente. Invita a Edrik a retirarse para descansar. Al entrar a la habitación que les han asignado, encuentra a Veka ante la ventana, mirando hacia el volcán. Luce un batón que Hedra le proporcionara. Va a ella y besa sus hombros desnudos.

—Creo que la actividad del volcán ha cesado —dice.

—Hueles delicioso —no le presta mucha atención—. ¿Te diste un baño?

—Sí. Hedra me ayudó.

La vuelve a él para besar su rostro, sus labios.

—¿Por qué les mentiste sobre nosotros? —lo aparta con suavidad.

—¿Mentir? —sonríe— No lo hice en realidad. ¿Acaso no eres mi mujer?

—No en el sentido que ellos piensan.

—¿Eso qué importa?

—Para ti creo que no mucho, pero para ellos y para mí... bastante.

—No pasa nada, Veka...

—Mientes con demasiada facilidad, Edrik.

—No es una virtud cardinal, pero me saca de muchos problemas.

—¿Qué tanto me has mentido desde que nos conocemos?

—A ti jamás, Veka. Te amo.

—A Sajjara le has dicho lo mismo.

—No —toma su rostro entre sus manos para besarla—. Sólo te lo digo a ti. Porque mis sentimientos por ti son reales.

—Es seguro que nos encontraremos de nuevo con ellos. ¿Qué va a pasar entonces?

—No pienses en ello en estos momentos. Hagamos el amor.

—Edrik...

—Por favor, Veka —la abraza—. No arruinemos éste tiempo juntos. Cuando estoy contigo me siento más que bien. Tú borras de mi alrededor las sombras que me acosan. Me llenas de esperanza, de fuerza luminosa y me haces olvidar mis vergüenzas, frustraciones, odios... y deseos de venganza. Cuando esto termine y encontremos a Los Centinelas, Meycrow y la ciudad de oro, me consagraré de lleno a ti y a nuestro amor.

—¿De verdad, Edrik?

—Si tú estás dispuesta, claro.

—Sí —sonríe besándolo—. Geweld lo comprenderá. Estoy segura.

## Capítulo 47

—El volcán está satisfecho —dice Garu notando cómo la lava ardiente comienza a extinguirse.

—¿Es seguro continuar, Garu?

—El gigante dice que sí.

—Qué han decidido tú y tus hombres, Mevi.

—Lo hemos hablado mucho. Llegaremos hasta donde nos sea posible. Con ustedes.

—Bien. ¿Profesor?

—Sigo al encuentro de mi Destino —contesta.

—¿Dónde estarán el imbécil de Pelat y esos tontos enanos?

—Nash no es tonto —defiende Garu.

—Claro, hermano. ¡Pongámonos en marcha!

Moicha revisa el báculo de Edrik y lo compara con el suyo.

—¿Qué uso le das? —inquire el hombre.

—Todos los posibles —sonríe y le da una rápida demostración.

Su agilidad y habilidades atrae la atención de todos en la aldea. Ante un público tan dispuesto como aquel, Edrik se luce y juega incluso, saltando por encima de un grupo de mujeres que limpian granos; otro de hombres que preparan redes para ir a pescar, se las arrebató, la gira sobre su cabeza hasta extenderla y la lanza hacia el extremo opuesto, manteniendo a niños y adultos atentos de sus movimientos. Edrik clava la pértiga al suelo, salta y recibe en el punto exacto la red, devolviéndola entonces a sus dueños. Todos gritan, ríen y aplauden. Él agradece la ovación, inclinando el cuerpo.

Moicha aplaude también, pero sin entusiasmo alguno. La sonrisa radiante de Edrik desaparece al ver que no está solo. Seis hombres de fuerte complexión están con él. Pulsan entre sus manos varas similares a

la de su líder y no sonríen para nada.

—¿Podrías contender con ellos, pero usando mi cayado? —reta Moicha.

Edrik los mira, estudiándolos. Luego, deja caer al suelo su bastón y Moicha le lanza el suyo, al tiempo que los otros atacan. Edrik agacha el cuerpo evitando ser golpeado. El bastón del líder está en sus manos: más corto, más ligero, pero igual de resistente. Los maderos chocan constantemente. Luego, Edrik logra impactar el costado de uno.

—¡Ups! Lo siento, amigo —se disculpa.

Sin embargo, él es sorprendido por otro de los hombres y recibe un puñetazo que lo manda al suelo. Tendido, rueda y esquiva a diestra y siniestra las varas blandiéndose en su contra. Se levanta con agilidad, impulsándose con el bastón para patear a sus oponentes.

—Pero, ¿qué pasa? —llega Veka— ¿Por qué pelean?

—Tu hombre nos hizo una demostración de lo bien que maneja su báculo. Nosotros quisimos saber si es tan bueno con él peleando.

—¿Lo han lastimado mucho?

—No. Se defiende mejor que otros.

—¿Ha habido otros?

—Siempre.

—Usted parece probarlo. ¿Para qué?

—Esto y lo que viene no es nada. La batalla definitiva es con uno mismo. Hasta el momento ninguno ha salido victorioso totalmente.

Veka asiente con un movimiento de cabeza.

—¿Quiénes son ustedes? —lo mira fijamente, estudiándolo.

—La antesala de Meycrow —responde sereno.

Edrtik asesta un buen golpe en la entrepierna de aquel hombre y cae doliéndose junto al resto de sus compañeros. El joven está exhausto, pero satisfecho. Levanta en sus manos el báculo por encima de su cabeza y deja escapar un grito de triunfo.

—Estás muy callada —dice a Veka mientras ella cura sus golpes—. ¿Vas a criticar también mi forma de pelear?

—No. Sólo pienso en lo que Moicha dijo.

—¿Qué son la antesala de Meycrow? ¿Le crees? Si ésta es una aldehuela miserable, ¿cómo puede ser la antesala de una ciudad que dicen construida de oro? Yo no lo creo.

—Tal vez las expectativas se han exagerado. Tal vez Meycrow no es de oro en realidad, sino que sucede con ella lo mismo que en Mazra...

—No. Yo tuve en mis manos la moneda que el gigante le dio a Garu y Pelat dijo que era oro de mayor calidad que la del reino. La ciudad de oro es real. Tiene que ser real.

—¿Te das cuenta del timbre de tu voz cuando dices eso?

—¿Qué hay en él?

—De nuevo hay ansiedad y codicia, Edrik.

—No le des tanta importancia, Veka. Soy un poco ansioso y codicioso como tantos otros. Como tú misma.

—No, yo no...

—Sí —juega con ella—, acéptalo. Todos lo somos, Veka. Todos.

—Me inquieta cuando la percibo en ti. Siento que no es normal. No es bueno.

—Vamos —la rodea entre sus brazos advirtiéndole su preocupación—. Tú te encargarás de poner mis pies en la tierra.

—Aunque te amo —desliza sus dedos por sus mejillas— yo no gobierno en ti. Sólo tú puedes poner orden en tu vida con una prudencia, justicia, fortaleza y templanza sólidas. Si no hay armonía entre ellas, cuanto yo haga o te diga no servirá de nada.

—Yo sé que sí. Te escucho. Siempre voy a hacerlo. Siempre.

Descubre su hombro y comienza a besarlo. Luego, desliza sus labios hacia su cuello, sus mejillas, ojos y labios. Le sonrío, la mira con extrema ternura mientras sus dedos acarician delicadamente la blanca piel.

—¡No! —Sajjara despierta agitada.

Su grito es de rabia más que de miedo. Despierta a todos.

—¡Sajjara! —llega a ella Garu con su espada en la mano.

—¡Estoy bien! —espeta dándoles la espalda para que no adviertan sus lágrimas.

—¡Por qué gritaste!

—Un mal sueño —contesta apretando los dientes—. El más espantoso y ofensivo de mi vida.

Los tres enanos y Pelat ponen atención a su alrededor.

—Ya no se oye nada —dice Nash.

—Debió haber sido algún tipo de fiera —imagina Par.

—A mí me pareció el grito de una mujer —dice Mon—. Específicamente de Sajjara.

—¿Y por qué ella?

—Fue alarido de dolor. Sufre por la muerte de Edrik.

—¡Ay...! —suspira Nash— Yo extraño tanto a mi niña bella...

—Dejen ya de parlotear —conmina Pelat— y termina de servir el desayuno.

Nash consiente y va de un lado a otro repartiendo pescado asado. A su cuello lleva una soga que Pelat pasó por la rama de un árbol cercano y el otro extremo está atado a la brida de su caballo. Si alguno intenta escapar o atacarlo, el militar golpeará a su caballo y colgará al enano. Nadie hace aspavientos y los tres se mueven con extrema precaución.

## Capítulo 48

Hedra entrega a Veka un morral con algunas provisiones. La aldea despide a la pareja que es acompañada por Moicha y algunos de sus hombres. Van entre la jungla, charlando como si se conocieran de toda la vida. Los aldeanos comparten con Edrik algunos movimientos de defensa y los practican mientras caminan. Moicha conversa con la joven.

—No te preocupes. El tiempo de su maduración no es tuyo, sino de él mismo. Tú tienes que librar tus propias batallas. Deja a Edrik librar las suyas.

—Usted habla como los chamanes de las amazonas. Dice cosas que uno puede conocer ya, pero a la vez, en sus palabras hay un mensaje oculto.

—Cuando logres descifrarlos —sonríe— te convertirás en una sabia.

—¿Por qué no habla claramente?

—No me es lícito intervenir en el curso de la naturaleza. Ello traería caos... destrucción.

Salen a un camino bien delineado por el que han transitado no sólo personas, también carretas y caballos.

—Los llevará directamente a Meywcrow —señala hacia dónde deben caminar—. Si nos recuerdan, visítenos alguna vez.

—Gracias, Moicha —ofrece Edrik su mano.

Al aceptarla, el hombre toma también el báculo de roble. Lo mira, lo sostiene y sonríe ante la expresión de confusión del joven.

—Espero sea el indicado —dice y sin más vuelven sobre sus huellas.

—¿Indicado para qué? —inquire.

Aunque le perturba, no le da mayor importancia. Toma de la mano a Veka y siguen el camino.

—¿Qué tanto hablabas con Moicha? —quiere saber.

—De ti y que debes librar tus propias batallas.

—¿Cuáles batallas?

—Las que se te presenten, Edrik. ¿Agua?

La rechaza y no hablan más entre ellos.

24

Sin tener idea del tiempo que llevan sobre aquel camino, Pelat y los enanos dormitan sobre sus monturas. Un rayo bruñido golpea de pronto los ojos entrecerrados de Nash. Al abrirlos, debe poner sus manos atadas frente a ellos para protegerlos del intenso resplandor dorado.

—¡Ah...! —grita fascinado despertando a todos.

—¡Qué pasa!

—¡Allá, allá! —señala y ven construcciones, muros, torres y estatuas con destellos áureos.

—¡Ah! —gritan más fuerte de la emoción.

Clavan los talones en sus monturas y a todo galope se dirigen al sitio. Unos metros antes desmontan con desesperación. Pelat, Mon y Par olvidan por completo que Nash tiene una soga al cuello, la cual está atada a la cabeza de la silla de montar y al bajar a toda a prisa, el militar empuja al infeliz enano y éste cae, quedando colgado de la silla. Los tres hombres miran fascinados aquella escultura.

—¡Agh! —Nash patalea con desesperación, buscando aflojar el nudo en su cuello.

El militar saca su daga y va directamente a la efigie para buscar arrancar una hoja de oro de las miles que la recubren. Apenas clava la punta de su daga, una docena de hombres cae a su alrededor amagándolo con sus lanzas.

—¡Nash! —Mon al fin da cuenta de su amigo.

Corre con angustia. Antes de llegar, otro guardia, de ricas vestiduras toma al enano en sus brazos y lo despoja de la soga que lo ahogaba.

—Gra-cias —espeta agitado.

—Caminen —ordenan los soldados.

La rúa por la que transitan se reúnen a otras tantas que se juntan a un camino de piedra perfectamente empalmadas.

—Cantera dorada —examina Veka con un deje burlesco—, no de oro.

Él consiente y continúan. Metros más adelante encuentran atalayas, donde decenas de guardias observan su llegada. Los jóvenes cruzan una arcada de tres metros de alto con cinco de ancho. Al atravesarla, toda la guardia ha seguido sus pasos con la mirada y comentan entre ellos.

—No parecen hostiles —dice Edrik, saludándolos con una mano en alto.

Veka consiente, imitándolo. Algunos responden de igual manera. Ascenden algunos metros más y luego tienen una maravillosa panorámica: La ciudad de oro. Duplica a Mazra en extensión. Con grandes zonas verdes, pacíficas caídas de agua, hermosas construcciones en una simetría perfecta que no tienen comparación con todo lo que han conocido antes.

—¡Wow! —grita Edrik levantando en alto el báculo— ¡Es oro, no cantera! ¡Qué dices a eso, señorita Veka! ¡Wow!

Sin dejar de gritar emocionado baja a buen paso. Ella no se mueve de su sitio, memorizando cuanto a la vista tiene.

—¡No te quedes allí, Veka! —apremia— ¡Ven!

Le tiende su mano. Ella sonríe y va a su encuentro.

—¡Mira eso! —señala los soportes del dintel de aquella ancha puerta.

Veka baja a su lado para ver la maravillosa escultura: un cisne con las alas abiertas, ofreciendo su pecho.

—Es hermoso —exclama.

—Y el mismo acuñado en la moneda de Garu. Estamos en Meycrow, Veka. ¡Llegamos a Meycrow!

—Meycrow —repite mientras pasan bajo el dintel.

La gente con la que cruzan se detiene para mirarlos. Luego, al retomar

sus pasos, cuchichean entre ellos.

—¿Por qué harán eso?

—¿Por qué más? Con éstas ropas parecemos pordioseros. ¡Mira cómo visten todos! Tal cual que reyes y reinas.

## Capítulo 49

A donde miran, el oro refulge. Hasta los abrevaderos para los caballos son de oro. Edrik no puede evitar tocarlo y bruñirlo más con la manga de su camisa.

—¡Caballero! —un hombre le sale al paso— ¿Llegan de lejos?

—De muy lejos, sí —acepta.

—La posada de Midas es la mejor de todo Meycrow. Con amplias y confortables habitaciones, servicio a la alcoba, baño con agua al gusto...

—Eh...

—Así, usted y su linda compañera descansarán con toda tranquilidad.

—Por supuesto. ¿Por qué no? ¿Veka? —le ofrece el brazo mientras el hombre los invita a pasar.

—¿Qué haces? —reclama con discreción.

—Aceptar la invitación amable del tipo.

A través de su balcón abierto, Sajjara mira sin emoción alguna las fachadas de los edificios y hogares de aquella ciudad; revestidos con hojas de oro. La balaustrada de su balcón, las campanas del cercano templo que destellan al menor contacto con el sol que comienza a ocultarse. En su mente no deja de repetirse esa escena de placer entre Veka y Edrik. Le hiere el alma. El corazón.

—Sajjara, quiero buscar al gigante —escucha a su espalda a Garu.

—Oíste lo que el hombre dijo.

—Busquemos ese laberinto entonces.

—¿Te importa si lo dejamos para mañana, hermano? Pronto anochecerá.

—Está bien —acepta, aunque no de muy buena gana—. Tengo hambre. ¿Bajamos a cenar?

—Yo no, Garu. Ve tú.

—¿Te sientes mal?

Ella niega con la cabeza y el krangs deja la pieza, dispuesto a ordenar una gran cena para él. En un pasillo, se encuentra de frente con Edrik.

—¡Ladrón! —lo sorprende, tomándolo de sus ropas.

—Tranquilo, Garu. Ya no hay razón para que estés molesto conmigo. ¡Encontramos Meycrow! La ciudad de oro. ¡La ciudad de los gigantes! Aunque no hemos visto a ninguno...

—Porque ellos no vienen a la ciudad, tonto.

—¡Ah...! Pero aquí abunda el oro. ¿Qué importa una estúpida moneda?

—Es cierto —acepta, dejándolo libre.

—¿Amigos entonces? —le tiende su mano.

—¡No! —lo sorprende de nuevo y lo iza por encima de su cabeza contra el muro.

—¡Garu...!

—Engañas a mi hermana. Te acuestas con Veka.

—No, Garu. Déjame explicarte...

—Lastimas a Sajjara. Lloro por tu culpa.

—Te juro que no es mi intención.

—No come ni duerme bien desde que caíste por esa cascada.

—Lo siento...

—Quiero a mi hermana feliz, ladrón.

—¡Claro, claro!

—Le romperé un dedo a Veka si te veo con ella.

—¿Qué? No, Garu. Veka no tiene la culpa de nada. No le hagas daño, por favor.

—Si te veo con ella le romperé un dedo.

—Eso no es de hombres, Garu.

—Lo que tú haces... tampoco.

—Sí... tienes razón. Tienes razón —palmea sus manos y el krangs lo libera—. ¿Dónde está Sajjara?

—Esto es muy lujoso. No tenemos dinero alguno...

—El sujeto no es ciego, Veka. Quiere hacer su obra buena del día. Déjalo.

Los conducen a una hermosa pieza, digna de un palacio.

—¡Ah! —Edrik se tumba en la amplia cama— ¡Es un lecho exquisito! Ven.

Ella termina de abrir las puertas del balcón. Acude a su llamado antes de poder salir y advertir en la avenida principal a Sajjara y los otros, llegando también.

—¿Es verdad lo que mis ojos ven, Mevi?

—Estaba por preguntarte lo mismo —no puede evitar seguir con la boca abierta.

—No veo gigantes aquí —dice Garu observando a todos lados.

—Mantente tranquilo, ¿quieres? —solicita Sajjara deteniéndose ante una posada.

—¡Bienvenidos! —el mismo hombre que recibiera a Edrik y Veka sale a su encuentro— Soy Midas, su anfitrión.

—Disculpe, señor... ¿es esto un sueño?

—¡Oh, claro que no! —ríe con simpatía— Meycrow es real y cuanto ven en ella también.

—El gigante —conmina Garu—. ¿Dónde está?

—Eh —sus ojos amarillos lo amedrentan un poco—. Disculpe,

caballero, pero Los Centinelas no se encuentran en la ciudad.

—¿Por qué? —inquire Certar.

—Están siempre con la piedra.

—¿Qué piedra?

—La piedra Meycrow, claro.

—Quiero al gigante. El me prometió sanar.

—Sí, sí, pero no es sencillo llegar a ellos. No todos comprenden el laberinto.

Sumamente molesto, Pelat desciende la escalinata de oro de aquel edificio.

—Llámame ladrón —espeto indignado—. ¡A mí! Y luego despojarme de mis armas, mis galones, ¿con qué autoridad?

—Con la que usted no tiene aquí —ríe Mon.

—¿A dónde creen que van? —intenta detenerlos, pero se frena ante la guardia cercana.

Los enanos se despiden de él, arpegiando al aire los pequeños dedos de sus manos. Le hacen caras, obsequiándole algunas divertidas trompetillas.

—Maldita sea —espeto.

—¿Algún problema, caballero? —le sale al paso Midas.

## Capítulo 50

Llevando contra su pecho el morral con los implementos de trabajo de su hija, Certar llama con cierto apremio a aquella puerta con adornos dorados. Ésta se abre y con ojos llorosos se encuentra con Veka tras el umbral.

—¡Padre! —salta a sus brazos, llorando también.

—¡Ah, hija mía! —suspira aliviado— Creí que te había perdido.

—Estoy bien, padre. Edrik salvó mi vida.

La noche cae de lleno sobre Meycrow. Aunque recostada, Sajjara no duerme. La pieza totalmente a oscuras, se ilumina brevemente al abrirse la puerta. La mujer no se mueve en el lecho, pensando que es Garu. Cierra los ojos, para fingir dormir, cuando siente cómo entra a la cama.

—¿Me extrañaste, guerrera krangs? —una voz le habla muy cerca de su oído.

Sajjara se vuelve con sobresalto. Sus ojos destellan al reconocer a Edrik.

—¡Eres tú! —lo abraza con fuerza.

—¿Quién más? —ríe.

—¡Creí que habías muerto! —lo aprieta contra su pecho y luego lo besa.

—La misma fuerza de la corriente nos echó fuera.

—¡Ah! ¿Veka también está aquí?

—Con su padre ya —asiente, acariciando su zona del rostro con pelo.

—Los vi en mis sueños, Edrik —aparta su mano—. Tuviste placer con ella.

—¿Te pones así por un sueño?

—Los krangs soñamos muy poco. Cuando sucede y están intrínsecamente ligados a nosotros o nuestros sentimientos... esos sueños

son premonitorios e inequívocos.

—Sajjara...

—He visto cómo se miran, Edrik. En mis sueños luces tan pleno con ella...

—Deja que...

—Para nosotros la infidelidad es imperdonable.

—Bueno...

—Quien es ofendido puede reclamar la vida de quien ofende.

—Estoy dispuesto...

—En éste caso es Veka.

—Sajjara, no.

—Todo depende de ti, Edrik.

Él la mira a los ojos. En ellos ve determinación.

—Entiendo —asiente—. Entiendo muy bien.

Al despertar, Veka está sola en el confortable lecho, rodeada de los dibujos que hiciera, hasta que el cansancio la hizo dormir.

—Buenos días, cariño —Certar sirve para ella una taza de un líquido caliente.

—¿Qué es...? —la recibe y huele— ¡Mmm...!

—Es una infusión de jazmín, según dijo el dueño de la posada. Delicioso, ¿verdad?

—Mucho —acepta—. ¿Y Edrik?

La sonrisa del hombre se apaga. Va a su lado.

—Está con Sajjara, Veka —informa—. Durmió con ella.

Devuelve su taza a la mesita y adopta una postura apesadumbrada.

—Ni siquiera preguntaré lo que sucedió en esos días que estuvieron perdidos. Haré un enorme esfuerzo y me convenceré que nunca pasó.

—Padre —sus ojos se llenan de lágrimas.

—Tú y yo tenemos un compromiso con el reino. Con Damond. Con Geweld, Veka.

—Quiero a Geweld. Pero amo a Edrik, padre.

—Te pedí que desecharas esos sentimientos.

—Estoy segura que Geweld comprenderá...

—No es sólo la comprensión o no del príncipe, Veka. Expones nuestro trabajo de toda la vida. ¿Ya no te interesa?

—Sí, padre.

—Edrik está con Sajjara. Ese hombre, Midas, desperdiga por todas partes que han dado orden que no se les moleste... por días.

## Capítulo 51

Las lágrimas en los ojos de oliva incrementan su afluente. Certar la recibe en su regazo para que lllore cuanto necesite. Hacia el atardecer, logra convencerla para salir y recorrer la fastuosa ciudad. Siguiendo las órdenes de su padre, Veka toma bocetos de los edificios que le indica. Luego, en un momento de descanso, se sienta al borde de una magnífica fuente, donde ninfas hermosamente talladas vierten agua cristalina. Algunos niños juegan cerca y la joven, para ocupar su mente, los observa y dibuja.

—¡Mi bella! —escucha de pronto. Por la calle ve a Nash y sus amigos.

El enano corre a ella. Tropezaba con el borde de la banqueta y cae de bruces a sus pies.

—Nash, ¿estás bien? —lo ayuda a levantarse.

—Ahora sí —se abraza a ella.

—¿Dónde estaban? —mira a los otros— Mi padre dice que de repente desaparecieron.

—Pelat nos secuestró —acusa Nash—. A mí me llevaba colgado de su montura.

—¡Qué...!

—Si no es por la guardia de Meycrow... muero con la lengua de corbata.

—¡Oh, Nash! —ríe un tanto divertida— Bromeas, ¿verdad?

—No —asegura Par—. Sólo exagera un poco.

—Y... ¿dónde está el capitán?

En un mohín de repulsión, Pelat recoge con una pala —de oro— el excremento de aquella caballeriza. Por un techo dónde dormir y alimento para su cuerpo, lo han empleado en las cuadras principales de la metrópoli.

—Más agilidad, Pelat —palmea el amo de la cuadra—. Un niño de diez años es más efectivo que tú. ¡Vamos, vamos!

—Sí, señor. En seguida, señor. ¡Maldito, bastardo! —espetea en cuanto le da la espalda.

\*\*\*

—Dime que no estás pensando en ella —reclama Sajjara recostada en el pecho de Edrik.

—No pienso en ella —asegura—, sino en Edwina, mi hermana. En todo este tiempo no la había recordado. Tal vez... ya parió a su hijo y no estoy a su lado.

—¿No tiene a un hombre con ella? El padre de su hijo, por ejemplo.

—Sí... Tom. Es un buen hombre que la ama y la cuida como yo no pude hacerlo.

—¿Por qué dices eso?

No responde. Recuerda a Pelat entrando a su celda. Recuerda los gritos de su hermana y luego la expresión de satisfacción del capitán.

—Edrik, te estoy hablando.

—Qué.

—Que si quieres podemos ir por ella y su familia y que vivan con nosotros.

—¿En Mazra?

—No. A Mazra no podemos regresar. Ahora... me consideran una renegada por enamorarme de ti.

—Mi pobre, Sajjara —besa su frente.

—No me compadezcas —esboza una sonrisa—. No me arrepiento de haber desafiado ni a mi padre ni a mi raza. Lo único que importa es mi amor por ti.

—Sí...

Meycrow es una ciudad activa, pujante. Sus habitantes se dedican a diversas ocupaciones: agricultura, cría de ganado, artesanía tejido de hermosos géneros de primera calidad; manufactura de calzado, herrería, etc. Al descubrir el edificio que contiene su Acervo, Certar olvida su primer itinerario. Con tantos folios rodeándole, colmando estantes desde el piso de mármol hasta casi tocar los techos, él olvida todo lo demás; hasta a su hija.

—Bienvenidos —son recibidos por varios hombres.

—Somos los encargados.

—¿Algún tema en particular?

—¿Padre? —Veka atrae con dificultad su atención.

—¿Eh...? —Certar no sale de su admiración.

—Él estará encantado con todo lo que le muestren —asegura—. ¿Puedo confiarlo a su cuidado?

—Aquí no corre ningún peligro, muchacha.

—Gracias. Regresaré más tarde.

—Claro que sí.

—Disfrútalo, padre —besa su frente.

—Eh... cuídate, Veka.

—Sí.

Lo deja en aquél impresionante recinto. Al pie de la escalinata se encuentra con Nash.

—¿Qué haces aquí? —sonríe.

—Aguardando por ti —se pone de pie.

—¿Dónde están Mon y Par?

—Explorando.

—Espero no se metan en algún lío —sigue la acera.

—Se los dije, pero no quisieron escuchar.

—¿Por qué no los acompañaste?

—Tú eres más bonita que ellos.

—Nash —ríe moviendo la cabeza negativamente.

—Así me gusta verte. Riendo, aunque sea por mis estupideces.

—Eres un buen hombre, Nash.

—Y tú una maravillosa mujer. Me haces sentir grande cada vez que me llamas hombre. Mi amor por ti también aumenta.

—Nash...

—Perdón, niña bella. Mis sentimientos por ti no disminuyen porque estés comprometida con un príncipe. O porque tú estés enamorada de un idiota.

—Por favor, Nash.

—Un idiota, sí. Tiene tres días encerrado en la habitación de la krangs. No charlando sobre el clima o ésta increíble ciudad de oro. En la posada no se habla de otra cosa. Lo sabes también. Ellos copulan todo el día.

—No quiero oír nada sobre eso —su gesto endurece.

—Te lastima, ¿verdad? —toma su mano y la acaricia con la suya— Edrik no merece tus lágrimas, Veka. Olvídalo.

—Sí —consiente, secando sus ojos llorosos—. Sí, debo hacerlo. ¿Damos un paseo?

—Donde tú vayas, yo quiero ir también.

## Capítulo 52

Ocultos tras unos setos, Mon y Par observan el movimiento imperante de lo que en Meycrow llaman: las arcas de la ciudad. Desde que las descubrieran, no hay día que deambulen el área o entren al edificio. Ambos sufrieron un colapso la primera vez que estuvieran en el interior. Tras barreras de mármol y granito se levantan montañas de monedas de oro de mayor a menor valor, según han advertido que las catalogan. Hombres, mujeres, viejos y hasta niños, entregan o retiran oro en el día y todos los días. Para ellos, la vigilancia es mínima con la docena de guardias que han visto. Planean un golpe. De noche.

Mientras acarrea estiércol, Pelat ve a Veka y Nash pasar cerca de su trabajo. Como no ha tomado un descanso en todo el día, ese le parece un momento justo para hacerlo. Se lava rápidamente y sigue a la peculiar pareja con suma discreción. Ambos conversan animadamente. Veka ríe ante las ocurrencias del enano y éste toma su mano de vez en cuando, besándosela mientras la mira tiernamente.

—Estúpido, enano —espeta el capitán—. Está perdido por ella.

Continúa tras ellos. El bullicio y movimiento de la gran urbe queda atrás. Encuentran hermosos jardines dispuestos como laberintos, que topan con fuentes, pérgolas y floridas glorietas. Luego, llama su atención un muro de más de tres metros de alto, formado de una verde y espesa enredadera, en la cual se abren botones de una florecilla dorada, muy aromática. La siguen hasta encontrar la entrada a otro laberinto, de anchos corredores en los que hay poca luz debido a la altura de los setos y que la tarde cae.

—¿Seguimos? —dice Nash tomando de la mano a la joven.

—No en éste momento —examina los muros—. Pronto anochecerá y podríamos perdernos.

—¿Paso por ti muy temprano?

—Sí —vuelven sobre sus huellas.

Pelat se oculta para que no lo descubran. Luego continúa tras ellos, pero su amo lo sorprende en el trayecto.

—¿A quién le pediste permiso para dejar tu puesto? —reprende y a

punta de fuetazos lo devuelve a su trabajo.

—¡Sólo tomaba mi descanso!

—Que dura quince minutos, no toda la tarde.

—¿Toda la tarde? ¿Estuve fuera toda la tarde?

—No habrá postre ésta noche para ti.

—¡Oh...!

—Pero, Sajjara —espeta Garu con aire frustrado.

—Danos hasta ésta tarde —suplica la mujer.

—Si no fuera porque tú lo amas, mataría en éste momento al ladrón.

—Se llama Edrik.

—No deja de ser ladrón.

Cierra la puerta y vuelve a la cama, donde Edrik come del opíparo desayuno que Midas les enviara.

—Prueba esto —le da un trozo de carne—. Está deliciosa.

—Sí —acepta.

—Nunca en mi vida me habían atendido tan bien. Me pregunto... ¿qué pasará cuando el tal Midas sepa que no tenemos ni la mitad de una moneda para pagarle?

—¿Le hemos pedido algo acaso? —lo besa.

—No. Eso es lo más extraño y me intriga, ¿sabes? De la nada salió a nuestro encuentro y nos trató como a opulentos desde el principio. ¿Deberíamos preocuparnos?

—No lo creo.

—¿Qué quería tu hermano?

—Desespera por ir en busca del gigante. Quiere salir solo, pero le dije que no. Podría perderse.

—El gigante lo guía, ¿no?

—Ya no ha escuchado su voz. Eso lo pone mal.

—No contra la gente, espero.

—Garu es fuerte, pero nunca ha sido violento con nadie.

—¿Y antes?

—Solemos ser algo impulsivos, pero no inconscientes.

Le quita el servicio con alimentos y lo monta abriendo su bata y la de él para besar su pecho.

—Sajjara...

—Aún no estoy satisfecha, Edrik —lo besa.

—¿Cuándo sí?

—Cuando borre de tu piel la de ella.

—Sajjara...

—Envejeceremos juntos, Edrik. Lo vi y había risas de niños por nuestro hogar. Las risas de nuestros hijos. Lo vi, Edrik. Lo vi.

—Sí —sonríe acariciando su rostro—. Te creo.

—No volverás a traicionarme, ¿verdad?

—No. Jamás.

## Capítulo 53

Vestido con una toga blanca adornada con flores y aves bordados en oro, Certar examina los extensos rollos de piel animal, papiro y papel con la cercana supervisión de los maestros encargados. Veka se acerca a él.

—Buenos días, padre —saluda.

—Desde tiempos inmemoriales —él habla—. Ésta gente ha tenido la certeza de que el orbe es redondo y no plano como afirmaban los primeros científicos. Los océanos no son infinitos, sino que tienen un límite y llegado a él, tal vez existan otros mundos. Tan peligrosos como extraordinarios. Afirman la existencia de sirenas, tritones y otras entidades menos sociales. Nuestro trabajo de veinte años no es ni la milésima parte de lo que hay aquí, cariño.

—Puedo imaginarlo, padre.

—Es más impresionante que el Acervo de los Krangs y aquí hay mucha información acerca de ellos, ¿sabes?

—¿Te has alimentado bien? ¿Has dormido a tus horas...?

—Sí, sí. He comido, dormido y hasta me he aseado. Ésta gente le da mucha importancia al estudio, pero también al cuidado del cuerpo. Si no estamos sanos y descansados, no asimilamos debidamente el conocimiento. Por eso lo aplicamos mal muchas veces y construimos armas y creamos pretextos para declarar la guerra. ¿Has notado que nadie en Meycrow porta armas?

—Sí.

—La guardia es mínima, aunque son peledores excelsos.

—¿Seguirás aquí?

—Lo necesito, cariño —asiente.

—Nash y yo encontramos unos jardines muy interesantes: delineados como laberintos.

—Muy bien. No olvides tomar nota y hacer bocetos de todo.

—Sí. Vengo preparada —le muestra su morral.

Besa su mejilla y se despide de él.

Garu apremia por enésima vez a Sajjara. Midas les indica el camino a tomar para encontrar el laberinto. Edrik se pregunta dónde está Mevi y los suyos. Tiene días sin saber absolutamente nada de ellos. Estos, escudriñan concienzudamente cada cara que conforma los muros de las arcas de Meycrow. Palpan cada bloque de oro, golpeándolo ligeramente con los nudillos en busca de alguna zona hueca. En esta maniobra es que se encuentran cara a cara y cabeza con cabeza con los enanos

—¡Mon! —espeta sorprendido.

—¿Mevi? —se yergue sobre sus casi 90 centímetros de altura.

—¿Qué traman?

—¿Y ustedes?

Con paso seguro los krangs encuentran los jardines con forma de laberintos. Luego, Garu señala los muros altos plagados de la verde enredadera. Mientras ellos los siguen, Veka y Nash entran, siguiendo el sendero que se abre a su derecha.

—¡Aquí es! —espeta emocionado Garu, encontrando la entrada.

—¿Escuchas al gigante? —inquieta Edrik.

—A ti no te contestaré jamás, ladrón.

—Garu —reconviene Sajjara, atravesando el umbral de la entrada.

Mira a su derecha y a su izquierda.

—¿Hacia dónde?

—Que Garu elija.

—Por acá —entra a zancadas hacia el lado izquierdo.

—Esto me inquieta un poco, bonita mía —Nash pasa saliva con

dificultad—. Siento que esos muros caerán sobre mí y me aplastarán.

—No va a pasar —calma acariciando con ternura la trigueña cabeza.

Al encontrar nuevas entradas, hace un bosquejo de ellos y anota referencias específicas que la ayudarán a regresar en su momento. Aunque Garu, Sajjara y Edrik deambulan en la misma área, sus caminos no se encuentran, sino que mientras más caminan, más se alejan uno del otro.

—Tengo la impresión de que caminamos por horas —toman un pequeño descanso.

—Tal vez así sea —sonríe Veka, compartiendo alimento con el hombre pequeño—. Háblame de tu familia.

—¡Ah! No hay mucho qué decir. Son enanos como yo.

—¿A qué se dedican?

—A recolectar frutilla. Crece por montones en el bosque. La recolectamos y luego la vendemos por las aldeas o hacemos trueques.

—¿Tienes padres, hermanos... novia?

—¡Hum! Sí a todos, excepto la novia. Había un compromiso con Runa, la hija de nuestra cabeza de aldea, pero... se acabó.

—Por mí, ¿verdad?

—Jamás habría sido feliz con Runa. Es una caprichosa y demasiado exigente. Yo... soy un tipo sencillo. Cuando no estoy de cacería con Mon y Par, paso mi tiempo tocando la vihuela y cantando coplas.

—¿Tú cantas?

—Y dicen que nada mal.

—¿Cantarías algo para mí?

—¿Para ti? Me moriría de vergüenza.

—¿Por qué? Anda, canta algo.

—Bien. Veamos... ésta la aprendí de mi abuelo. ¡Ejem! ¡Ajum...!

“Cuentan los ancianos  
De una gran ciudad,  
Que está hecha de oro  
Y no es fácil de encontrar.  
Es la llamada Meycrow  
Que brilla como el sol,  
La codiciada urbe  
Que nadie nunca encontró.  
Dicen los más viejos,  
Que la guardan mil gigantes,  
Dicen que también los cisnes  
A ella te guiarán.  
Si lo ves en tu camino  
Síguelos sin mucha prisa  
Que a Meycrow de seguro  
Directamente te guiarán”.

—¿Meycrow ha sido tu obsesión?

—Muchos de los nuestros se perdieron buscándola. Mi pueblo tiene una debilidad, Veka. El oro.

—No sólo tu pueblo, Nash. El oro enloquece a muchos.

—Si lo tienes te abre muchas puertas.

—Sí. Pero también te cierra otras que son más importantes.

—¡Hum...! —consiente el pequeño.

## Capítulo 54

En su habitación de la posada, Mevi, sus hombres, Mon y Par, alrededor de una mesa revisan los diferentes planos que han dibujado unos y otros estudiando el edificio de las arcas de la ciudad.

—Por las noches no hay un solo guardia en ellas —asegura Mevi—, lo hemos corroborado desde que estamos aquí.

—Sí —ríe con cierta emoción Par—. La seguridad no parece importante para ésta gente.

—Bien. Mon, Par, ustedes son pequeños y pueden ocultarse, fácilmente tras cualquiera de las esculturas de cisnes que hay en el edificio.

—Sí.

—Esperarán a que todo el personal salga. Que la noche caiga de lleno...

—Y cuando escuchemos un silbido largo iremos a la puerta trasera y les abriremos.

—Con tanto oro ahí ni siquiera se darán cuenta que tomamos algunas bolsas.

—¡Sí!

Garu sigue con plena seguridad cada pasillo, corredor o canal con el que se encuentran. Sajjara y Edrik lo siguen sin hablar mucho entre ellos. Al porteño no le entusiasma la idea de terminar sus días con la krangs. Él ama a Veka. Él quiere envejecer con Veka, no con Sajjara. Tiene que encontrar una solución a ese problema. Sin dañar a Sajjara y evitando que Garu lastime a Veka. La krangs lo mira por el rabillo del ojo. Sabe que piensa en ella, pero si se lo pregunta lo negará categóricamente. Revive su visión. No es una llamada. No es una ilusión creada por ella misma, sino una proyección inobjetable de su futuro: juntos.

—¡Sajjara! —exclama Garu y le señala emocionado la salida del laberinto.

—Por fin —suspira Edrik con alivio.

Abandonan los muros verdes y miran ante sí un extraño entramado de escaleras, rellanos, puertas, ventanas, balcones que suben y bajan sin dar paso a construcción concreta. A unos veinte metros de ellos ven a Nash y Veka, observando también la especial estructura. Veka, con su legajo en mano vuelve a su boceto. Edrik, por su parte mira a los hermanos krangs. En los luminosos ojos de ambos hay reclamo. El joven aprieta los puños y tensa ligeramente su mandíbula.

—Es claro que eso es otro laberinto —dice.

—Sí —acepta Sajjara— y el posadero dijo que no cualquiera lo comprende.

Edrik consiente y se pasea de un lado a otro examinando el entramado.

—¿Qué piensas, Garu?

Los krangs se miran y el fortachón deja caer los hombros confundido. La pareja se acuclilla para observar el lugar. Hay escaleras que se elevan a más de cuatro metros y otras que bajan por una cercana cañada. Ante ellos se abre una vasta extensión de montañas, en la que sobresale el volcán Meycrow. La lava que derramara mantiene incendiadas laderas y los escasos bosques que logran apreciar. Sajjara nota que mientras más dibuja, Veka se acerca más a ellos.

—¡Hola! —Nash los saluda cuando sus pasos los colocan a un par de metros de ellos.

De los tres solo Garu responde al saludo del enano, con una mano en alto. Sajjara mira a Edrik y él la mira a ella.

—¿Quieres volver? —propone el hombre.

—No —se pone de pie y le tiende su mano.

Edrik la acepta. Sajjara besa su dorso, lo acerca a él y besa sus labios teniendo de testigo a Nash y Veka. Ésta mantiene su posición, trazando en papel lo que ve. Nash, aunque ella no lo patenta del todo, nota que sufre. Mira a Garu y éste lo mira a él, asintiendo con la cabeza. El enano baja la suya experimentando una profunda tristeza. Cuando lo creen conveniente, regresan al laberinto por salidas contrarias a las que llegaron. Apenas internarse en los corredores, Veka cae sobre sus rodillas y rompe a llorar.

—¡Oh, mi bonita! —Nash va a ella y la abraza.

—Perdón —no puede controlar las lágrimas.

—Está bien —algunas también escapan de los ojos de miel del enano.

—Estuve aguantándome todo éste tiempo...

—Lo sé, lo sé...

—Soy una tonta.

—No, claro que no. El tonto es él. El estúpido es él. No lo llores, no merece tus lágrimas. Él no las merece, Veka.

Con sus manos pequeñas enjuga las gotas saladas. Al sentirse satisfecha, Veka sonríe y pide seguir. La luz del día casi se ha apagado cuando Garu encuentra el inicio del laberinto. Edrik mira al otro extremo. ¿Veka saldría ya?

—Edrik.

—Sí. Ya voy.

La noche cae de lleno en Meycrow. Mientras pasa una toalla por su cabello húmedo, Veka acomoda en una mesa los dibujos que hiciera del último laberinto. Los acomoda hasta tener en orden toda la estructura. Luego, mientras se cepilla, lo estudia desde todos los ángulos posibles. Camina pensativa, en torno a él, luego mira su habitación y va hasta una de las paredes, descolgando cualquier adorno en ella. Pega sus dibujos en el muro, estudiándolo un poco más. Sentada en medio de su cama. Memoriza cada recuadro y trata de embonarlo en una fachada cualquiera; pero todas son inverosímiles. Se recuesta y duerme.

Todo es silencio en las arcas de Meycrow. Mon y Par dejan sus escondites perfectos. Cuando comprueban que realmente no hay nadie en el lugar y escuchan el convenido silbido, corren prestos a la puerta trasera y dejan entrar a Mevi y los suyos. Expresan su emoción en gritos mudos ante la vista del oro. Libran de un salto las barreras de mármol y granito; los enanos se escurren por las medias puertas; se lanzan sobre los cúmulos de monedas como si ojos de agua fueran; llenan sus bolsillos, los sacos que encuentran bien acomodados en diversos estantes dorados. Luego, con un buen botín cargado al hombro, se aprestan a dejar el lugar, con cientos de planes y sueños cruzando por sus cabezas. Apenas abandonan el lugar y salen al callejón, un centenar de guardias los amagan con sus lanzas. Los hombres dejan caer las bolsas y con ellas

caen sus ilusiones. Todos levantan las manos, rindiéndose.

## Capítulo 55

Aquella es una de las peores noches que Edrik ha tenido. Garu no los deja dormir ni a él ni a Sajjara, llorando por encontrar al gigante.

—Él me lo prometió, Sajjara —moquea por enésima vez—. Dijo que me sanaría.

—Sí, hermano —ella lo conforta, palmeando el fuerte hombro.

—¿Por qué me hace esto? ¿Por qué no viene por mí y me ayuda?

—No sé, Garu.

—Ese laberinto me da miedo. Está casi en el vacío.

—Sí.

—Creí que al salir de los setos nos encontraríamos con él.

—Yo también —consiente Edrik con su brazo sobre los ojos.

—Son setos muy altos como ellos.

—Sí.

—Pero no fue así. ¿Dónde está, Sajjara? ¡Dónde está!

—No sé.

—Quiero al gigante —balancea el cuerpo—. Quiero que venga el gigante. Encuéntralo, Sajjara.

—Sí, hermano. Tranquilo. Intenta dormir, ¿quieres?

—¿Vas a buscarlo?

—Sí, lo haré.

—Pero no tardes.

—No.

Se arrellana sobre el rico tapete y pronto se queda dormido. La mujer lo contempla por algunos momentos. Algunos recuerdos de su niñez

despiertan en su memoria. Sus juegos junto a su hermano, cuando aún no era llamado al entrenamiento y todo a su alrededor era sólo juego. Él le había enseñado a trepar árboles, a elegir el mejor sitio donde esconderse y que los demás no encontraran. Birlaba de la cocina los primeros bollos que salían del horno e iban al arroyo que bajaba de las montañas y surtía de agua a Mazra, para comerlos con deleite mientras sus pies se refrescaban. ¿Cómo no sentir que su pena le laceraba el alma? Le dolía como propia, pero no tiene idea de cómo mitigarla.

—Descansa tú también —besa a Edrik mientras ella se prepara para salir.

—¿A dónde vas?

—Necesito aire.

—Bien —consiente.

Se abraza a su almohada y duerme pronto. Sajjara pasa su mano por su cabeza, le da un beso en la mejilla y deja la habitación. Sin embargo, no abandona la posada. Va directamente a otra pieza del lugar. Llega a la puerta con decisión. Como no le responden golpea con el puño. Escucha el pestillo ceder y apenas se abre un poco la puerta, entra rápidamente sin dar tiempo a Veka de reaccionar.

—¿Qué pasa? —reclama la joven— ¿Por qué entras así?

—Para evitar que me echéis —responde, con la mano en la empuñadura de una daga.

Veka le da la espalda con aire despectivo y, a la vez retador.

—¿Qué quieres? —inquieta. Los latidos de su corazón le golpean el cuello con violencia, pero se mantiene sin darle la cara.

Sajjara no responde al descubrir los bocetos en el muro. Devuelve por entero la daga a su funda y va a ellos para mirarlos.

—Es el laberinto —dice fascinada—. ¿Cómo puedes pintarlo tan exacto?

—Mi madre era una artista —responde con cierta agitación— y me enseñó a hacerlo también desde muy pequeña. Con el tiempo he perfeccionado mi propia técnica. Cada imagen queda plasmada en mi memoria y, aunque pierda ésta en papel, puedo reproducirlas de nuevo con la misma exactitud de la primera vez.

—Entonces no me he equivocado al venir a verte.

—¿Qué quieres?

—Nada para mí. Sino para mi hermano. Está obsesionado por el gigante. Ese laberinto tiene un significado. Midas lo dijo. Pero al parecer no cualquiera lo comprende.

—¿Quieres que lo descifre para ti?

—Para mí no. Para mi hermano. Si estoy ante ti, buscando ayuda es sólo por él. Sólo por mi hermano.

La joven asiente y va ante sus dibujos.

—No tengo una respuesta para ti todavía —dice—. Quiero levantar muros que vayan de acuerdo a esas ventanas, puertas y escaleras, pero todo es ilógico... como ese laberinto. Sin embargo, si tiene un inicio... debe existir un punto de llegada.

—¿Puedes encontrarlo?

—Tal vez —acepta.

—¿Cuánto tiempo?

—Eso no lo sé.

—Escucha, Veka... mi hermano está sufriendo por causa de ese gigante. Me duele verlo así y me cargo de impotencia porque no sé cómo ayudarlo. Ponme ante un ejército enemigo y atacaré como nadie, formulando estrategias, descubriendo sus puntos débiles, pero... con Garu es la frustración total. Como estar en un campo de batalla, donde todos los tuyos caen sin saber qué los ataca.

—Entiendo. Más de lo que te imaginas.

—¿Sí?

Ella asiente sin dejar de mirarla. Sajjara la reta también y están allí, midiendo su personal poderío, sin que ninguna ceda terreno a la otra. De pronto, la puerta se abre. Ambas miran y Nash se muestra confuso al verlas juntas.

—Tuve un espantoso escalofrío cuando vi a la krangs contigo —espeta Nash caminando por la ciudad—. ¿Qué quería? ¿Exigirte que te alejaras de

Edrik?

—No —advierde como Mevi, sus hombres, Mon y Par dejan el edificio de la autoridad de Meycrow.

Todos discuten a una voz y se lamentan a la vez. Midas, que al parecer estaba con ellos, los adelanta con aire de dignidad y los hombres lo miran contrariados.

—¿Qué pasó? —van a su encuentro.

Nadie se atreve a responder. Intercambian miradas, como si solicitaran a los otros hablar, pero sin conseguirlo; luego, bajan la cabeza con aire avergonzado.

—¡Qué pasó! —apremia Nash.

—Nos sorprendieron robando las arcas de Meycrow —responde Mevi con un dejo de molestia.

—¿Qué hicieron cuál estupidez? —reclama el pequeño.

—¡Entramos a las malditas arcas y robamos su oro! —espeta Mevi con el rostro rojo de coraje—. Todo era perfecto. No había alrededor ni un maldito guardia. Los enanos nos abrieron la puerta, entramos con toda facilidad y llenamos nuestros sacos con esa belleza de oro.

—Sí —resopla Par—. Todo bien, hasta que salimos y encontramos en el callejón a cien guardias esperándonos.

—¿Qué pasó? —inquieta confusa Veka— ¿Por qué los liberaron?

—Porque ya nos advirtieron —Mevi cruza sus brazos sobre su pecho.

—Si incurrimos en el mismo delito entonces nos encerrarán en un calabozo. Y cada moneda en nuestro poder, será un mes prisioneros.

—¡Fiuu...! —silba Nash.

—El posadero estaba allí y nos dijo que no volviéramos a la posada. Defraudamos su confianza, no somos merecedores de sus atenciones. Ahora debemos trabajar para ganar nuestro sustento.

—Como Pelat.

—Creo que han sido justos con ustedes —sonríe la joven—. Ser

honrados es mucho mejor.

—De la que me salvé —Nash pasa su mano por su frente.

—Ella te salvó, pequeño idiota —Par frota su puño en la cabeza de su amigo.

Veka sigue hacia el edificio de Acervo, con su padre.

—Sí —suspira el hombrecito—. Ella me salvó.

## Capítulo 56

Las chozas en los árboles y los puentes colgantes arden con facilidad. Por el suelo de la aldea se aprecian los bastones de pelea convertidos en astillas. Sentado al borde de una mesa, Geweld aguarda que sus hombres culminen con lo que ha ordenado. Degüellan sin piedad a mujeres, ancianos y niños de aquella aldehuela. De los brazos fuertes en los árboles cercanos se aprecian los cuerpos de hombres con buena constitución, colgando con una soga al cuello. Entre ellos, Moicha.

—Terminamos, alteza —informa uno de sus oficiales, limpiando la sangre que salpicara su rostro y ropas.

—Bien —ordena acerquen su caballo y monta con prestancia—. Encontramos esa increíble ciudad que dicen de oro.

Certar examina los dibujos hechos por Veka.

—¿Qué opinas, padre? —inquire— ¿Qué clase de edificio correspondería a un entramado como éste?

—¿No lo has encontrado? —levanta una ceja.

—Nada que imagine embona en él correctamente.

—Tal vez debas buscar otro punto de partida. Quizás esas escaleras subiendo y bajando, esos rellanos, esas puertas y ventanas no construyen un hogar o edificio específico. Tal vez sea el esqueleto de algo más.

—Esqueleto —endereza la espalda y ve las esculturas que adornan su alrededor—. Sí. Podría ser. Gracias, padre —lo besa y deja corriendo el edificio.

Él la sigue con la mirada, un tanto confuso. Luego, vuelve a los legajos que estudia.

No de muy buen talante, Nash se encarga de llamar a Sajjara y su hermano, llevándolos al laberinto.

—¿Encontraste algo? —se acercan a Veka con apremio.

—Sí... —inicia, pero al ver a Edrik titubea un poco. Su presencia le emociona y a la vez la cohibe.

Los dos hermanos miran al joven y éste se aparta de ellos, yendo más cerca de la extraña estructura. Incluso salta los primeros escalones y sigue una de las rutas a una puertilla que no lleva a ninguna parte.

—Necesito subir a lo alto del muro para verificar mis sospechas —señala.

Garu consiente y hace de sus manos un estribo para elevar a la muchacha.

—No será suficiente, Sajjara —observa Edrik.

—Tiene razón, Garu. Deja que Edrik suba a tus hombros.

—¡Grr...! —protesta.

—Deja que lo haga.

—Está bien —consiente y el joven salta sobre sus hombros.

Luego, Garu eleva a Veka, Edrik forma un estribo con sus manos para recibirla y ella sube por su cuerpo hasta alcanzar lo alto del muro.

—Estoy arriba —informa.

—Ten cuidado —recomienda Edrik.

Veka observa el laberinto. En el horizonte montañoso, el sol comienza a descender. En su mente, ella dibuja el cisne que se repite en cada escultura, adorno y pintura que ha visto desde su llegada a Meycrow.

—Eso es —sonríe.

—¿Ves al gigante? —inquieta Garu.

—No. Veo que el laberinto es en verdad el esqueleto de un cisne. La cabeza asciende y baja. Las alas abiertas. Creo... que ha sido herido de muerte.

—¿De qué habla?

—No lo sé.

—Pero —puede ver al ave ofrendando su pecho— entrega su vida con gusto. Así tiene que ser. El corazón es muy importante. El corazón debe ser la meta.

Observa la estructura y ubica la zona del pecho. No hay hacia él ningún rellano y los peldaños parecen flotar en el vacío. El sol que desciende da de lleno en esa área y golpea los ojos de oliva de la joven, cegándola momentáneamente. Ello la obliga a moverse y su pie resbala en la enredadera. Cae.

—¡Veka! —Edrik corre y la recibe en sus brazos.

Ambos se miran fijo. Por un momento, quienes se encuentran a su alrededor desaparecen y sólo son ella y él. Amándose. Sus ojos hablan:

“Volviste a su lado —le reclama la joven.

“No había otra opción.

“Siempre hay más opciones, Edrik.

“No cuando son los krangs los que imponen su voluntad. Temo por ti, debo protegerte...

—¿Estás bien? —es él quien reacciona primero.

—Sí —acepta en medio de un suspiro.

—¡Edrik! —la voz de Sajjara lo golpea como bola de nieve.

Él la deja libre. Veka entra al laberinto. Sube escaleras, baja otras y los guía hacia el pecho.

—¿Allí? —señala Sajjara como la cañada se abre bajo el último peldaño— Debes estar loca.

Protegido a la salida del laberinto de setos, Pelat los observa con discreción. Los ha seguido después de golpear a su amo con su pala de oro para callar su perorata de siempre.

—Ni mi hermano ni yo vamos a descender por ahí.

—Hazlo tú —Garu la sujeta de un brazo y casi la lanza al vacío.

—¡No! —Edrik la sostiene— Lo haré yo.

—No —se opone Sajjara.

—Es lo correcto —consiente el hombre.

Se apoya en su báculo para mirar a Veka. Está seguro que es ahí donde su historia concluye y no tiene miedo ni se arrepiente de lo vivido

desde su salida de Xidon. Agradece cada momento, especialmente los vividos con ella, pero expresarlos de viva voz la pondría en peligro, así que no lo hace.

—¿Recuerdas aquella vez en Darpa? —le sonríe, con sus ojos relampagueando como nunca— ¿Cuándo nos despedimos?

Veka consiente con un movimiento de cabeza. También se esfuerza por controlar sus ganas de llorar.

—Nunca fui más sincero como en ese momento. Tal vez al principio sí te oculté algunas cosas y aparenté en otras, pero... no después y mucho menos en Darpa. No lo olvides. Jamás.

Respira profundo. Baja una tercia de escalones más y mira el vacío plagado de rocas, troncos desgajados, espinos.

—Espera, Edrik —detiene Sajjara, pero el joven no la escucha.

Decidido, da el paso hacia el abismo, pero ante la sorpresa de todos, Edrik desaparece en un resplandor dorado. Los krangs se miran perplejos. Garu ríe y no duda atravesar aquel portal por el que también desaparece.

—Espero no volver a verte nunca —dice Sajjara a la joven y atraviesa también aquella puerta invisible.

Pelat está azorado al verlos desaparecer. Se pregunta cómo era posible algo igual. Mira que Veka se sienta en el escalón. Escucha que alguien se acerca por el laberinto y de inmediato sale y se oculta tras las rocas que allí hay. <<Mi corazón está contigo>>, Escucha a Edrik diciéndole.

—¿Veka? —oye que la llaman.

—Geweld —lo ve saliendo del laberinto de setos con varios de sus hombres.

En la otra salida, Mevi, sus hombres, Mon y Par han dejado el laberinto del cisne, pero se mantienen ocultos al ver al príncipe y su gente armada.

—¿Cómo llegaste aquí? —inquire la joven poniéndose de pie.

—Preguntando —el hombre sube hasta donde se encuentra y le tiende sus manos—. Ven aquí. Con cuidado.

—Estoy bien, Geweld —sonríe ante la preocupación infundada del

príncipe.

—Éste es un lugar peligroso —la saca de ahí—. ¿A quién demontres se le ocurriría levantar un laberinto igual?

—Tienes razón.

## Capítulo 57

Regresan sobre sus huellas. Mevi y compañía se adosan contra los muros plagados de enredaderas, hasta no escuchar ni voces, pasos o roce de armas. Par se asoma con discreción y ve al capitán saliendo de su escondrijo y entrando sin titubeo alguno al laberinto.

—Es Pelat —informa a los otros.

Todos atisban a una vez y ven como el militar llega al sitio en el que la joven estuviera sentada. Desciende con cuidado hasta el último peldaño.

—¿Qué va a hacer el imbécil?

—Ya no soporta su vida...

Aún habla Mevi, cuando ven cómo cruza al otro lado. Se miran confusos, turbados. En un momento todos se apiñan en el mismo sitio.

—No regresa —dice alguien.

—Tal vez es la entrada al infierno —imagina otro.

—Pelat sólo regresó a casa entonces —sonríe Mevi.

—¡Sí! —los demás ríen.

—Bien —Mon los mira—. ¿Vamos también o nos quedaremos aquí?

—Pues...

—¿Par?

—Yo te sigo a donde sea, Mon. Lo sabes.

—De acuerdo. Sígueme.

Da un paso más y entran al portal. Par va tras él sin dudarlo. Desaparecen como si hubiesen sido hojas de papel que el fuego consumiera.

—Se fueron.

—¿Somos menos hombres que ellos? —reta Mevi.

—¿Y si no hay regreso?

—Ustedes deciden —se pierde también en el portal.

Tras las montañas el último rayo de sol se apaga. Los hombres siguen discutiendo y cuando al fin deciden cruzar, casi caen al vacío. Apenas logran sujetar a su amigo y evitar su caída.

—Lo que haya sido —dice uno— se ha cerrado.

Del otro lado, Mevi se encuentra con Mon y Par.

—¿Están bien?

—Sí —ambos se palpan—. ¿Tú no?

—Sí —también se revisa.

La noche ha caído de lleno sobre ellos. En torno tienen un panorama sin vida alguna. No hay arbustos o árboles cualquiera. Nada. Sólo piedras y suelos áridos.

—¿Realmente será el infierno? —se estremece Par.

—Reconozco esas estrellas —observa el cielo Mon—. Seguimos en la misma zona.

—Pero esto no tiene comparación con Meycrow o lo que recorrimos antes.

—Sí...

—Encontré huellas, Mon.

—¿De Pelat?

—Y otras más que a su vez siguen otras.

—De gigante —notan la gran pisada.

Garu, Edrik y Sajjara detienen sus pasos al ver la oscura boca que se abre en aquella parte de la montaña.

—Las huellas del Centinela se pierden dentro —señala Edrik, rodilla al suelo donde las examina.

—Vamos —conviene Garu adelantándose y ellos lo siguen.

## Capítulo 58

Geweld troncha con entusiasmo el filete que le han servido y lo come con placer. Nota que Veka ni siquiera toca sus cubiertos.

—¿Qué tienes? —inquire el hombre.

—No, nada —sonríe.

—Te ves... diferente.

—¿Te parece?

—Sí. Como... más madura. Más mujer.

—No ha sido una travesía sencilla. Estas tierras son diferentes a cuanto mi padre y yo habíamos explorado antes. Aquí hay razas no conocidas para nosotros. Seres malignos, como las brujas.

—Brujas. Nos encargaremos de ellas en poco tiempo.

—¿Para qué lo harías? Tu padre no reina...

—Mi padre reclamó estas tierras como suyas, al lado mismo de mi abuelo.

—Perdona, Geweld, pero todas las aldeas, ciudades y personas que aquí viven estaban mucho antes que ustedes las conquistaran.

—Dices bien, Veka. Que las conquistáramos. Precisamente por eso nos pertenecen.

Al seguir aquella caverna por lo que imaginan horas, Garu, Edrik y Sajjara salen a un claro hermoso de abundantes plantas, pastos frescos y una caída de agua con más de tres metros de alto. Aves diversas vuelan en torno y dejan escuchar sus cantos. Por encima de sus cabezas pueden ver el azul del cielo y las estelas blancas de nubes. De los muros de roca cuelgan verdes enredaderas en las que se mecen simpáticos monos de pequeño tamaño. Garu señala un dintel dorado, con cisnes grabados en él. Hay escalones labrados en la roca y el pasillo luce revestido de cantera dorada. Avanzan por él por varios metros más, hasta entrar a una galería

amplia sin mayores resplandores que una gran esfera destellante.

—Qué extraño —dice Edrik—. Esa luz es muy fuerte, pero no daña mis ojos.

Se acercan un poco más y a escasos dos metros, la luminosidad tiene un cambio drástico. De ella parece escapar un pulso, que los golpea, lanzándolos lejos.

—Edrik —Sajjara va de inmediato a él.

—Estoy bien —asegura levantándose.

—¿Y tú, hermano?

Garu consiente con un movimiento de cabeza. Entonces ven que la esfera ha desaparecido, pero la luz continúa irradiando.

—Los gigantes —sonríe.

Hay tres hombres de ricas armaduras que permanecen dentro de un círculo, con una rodilla al suelo y el dedo índice de su mano derecha puesto sobre una rutilante piedra que flota a cincuenta centímetros del suelo.

—Esa debe ser la piedra de la que habló el posadero —comenta Sajjara.

—¡Aquí estoy, gigante! —ríe Garu golpeando su pecho— Vine como me lo dijiste.

Ninguno de los tres hombres modifica su posición. El krangs mira contrariado a su hermana.

—Gigante —se acerca más.

—Ten cuidado, Garu.

—Aquí estoy. Dijiste que me sanarías. ¿Puedes hacerlo? ¿Por favor?

Los hombres muy altos no dan muestra de vida. La firme mirada de cada uno permanece fija en la piedra. No parpadean. No hay un vaivén rítmico de sus pechos.

—No me escucha, Sajjara —solloza.

—¡Hey! —saca sus espadas golpeándolas entre sí— Atiendan a mi hermano, ¿quieren? ¿Cuál de ustedes le arrebató a mi raza al mejor

guerrero de los últimos tiempos? ¡Vamos! ¡Quiero verte frente a frente, cobarde!

—Sajjara, ¿qué haces? No puedes retarlos.

—¿Porque me duplican en tamaño? No les tengo miedo, Edrik.

—Espera —busca detenerla.

Ella lo hace a un lado y decidida se acerca a ellos blandiendo las dos espadas contra el círculo en que se encuentran encerrados. Cuando las espadas rozan el área curvada, un nuevo pulso de energía lanza a la mujer con mayor fuerza lejos de ellos, envolviendo las hojas afiladas en pequeños rayos que recorren las manos y los brazos de la krangs.

—¡Sajjara! —Edrik corre a ella. Sus ropas humean ligeramente y está inconsciente— Sajjara —palmea sus mejillas.

—¡Qué le haces a mi hermana, gigante! —reclama Garu ceñudo— Dijiste que no lastimabas a nadie.

## Capítulo 59

Incontables murmullos a su alrededor amansan su ira. Edrik también las escucha, aunque no las comprende. Mira a todos lados, como en busca de su procedencia

—¿Qué dicen? —inquire, pero Garu no responde.

Está de pie en su lugar, con la mirada perdida en la nada, si mayores expresiones en el burdo rostro.

—Sajjara —la sacude un poco Edrik, sin embargo ella permanece inconsciente.

El joven no sabe qué hacer. De pronto, ve entrar al lugar a Pelat. Una de las espadas de Sajjara está en su camino y no duda en tomarla.

—¿Qué lugar es éste? —mira azorado y luego ve a Los Centinelas. La piedra que custodian—. Un diamante. El más grande que jamás haya visto. Esa piedra es más valiosa que el oro.

Quiere ir a ella, tomarla, pero su resplandor lo amedrenta. Aprieta la espada krangs en su mano. Edrik intuye sus intenciones, cuando la mira como si fuera el medio preciso para alcanzar sus objetivos. Tiene la intención de advertirle lo que sucediera a Sajjara, pero muerde sus labios para no hacerlo. Recuerda a su hermana llorando inconsolable en su regazo, después de haber sido azotados públicamente. Experimenta de nuevo la rabia que le corría el alma en ese momento y que le juraba a Edwina asesinarlo cuando la oportunidad se le presentara. Pero el llanto dio paso al miedo y ella le suplicó que le jurara que no haría una estupidez igual. Ve a Pelat dirigiendo decidido la espada hacia el diamante, con la intención de arrebatarlo de ese halo luminoso. Sin embargo, apenas librar el círculo, una fuerte descarga lo arroja lejos. El capitán lanza un horrible alarido y su brazo es destrozado por el flujo electrizante. La espada cae cerca de Edrik, con la mano chamuscada de Pelat sujeta aún a ella. El joven respira agitado, impresionado por el poder emanado sólo por el halo que rodea a Los Centinelas. Mevi y los enanos llegan también a la galería. Los gritos de Pelat cimbran los muros rocosos que los rodean.

—¿Qué sucedió? —exclama Mevi.

—Quiso robar la piedra Meycrow —señala— y una energía potente le destrozó el brazo.

—¿Y Sajjara?

De nuevo la ve siendo expulsada como el capitán. La revisa. Siente sus brazos, sus piernas, pero advierte que humean sus ropas. Las rasga con aire desesperado.

—¡Oh...! —espetan todos al ver los tatuajes oscuros marcados por su cuerpo.

—Como si un rayo le hubiese caído encima —dice Par.

—¿Está viva, Edrik?

—Sí —acepta después de escuchar contra su pecho.

—¿Y el grandote qué tiene? —señala Mon.

—No sé. Oímos murmullos por todas partes y él se quedó de pronto así.

—¿Qué hacemos?

—¡No sé, Mevi! —espeto aturdido.

Veka guarda su espada en aquel arcón bañado con oro, envuelta con las ropas que le obsequiaran los krangs. De nuevo luce sus coloridas faldas, aunque ella no despide la misma luminosidad de un principio. Tercia su morral a su pecho y deja su habitación en la posada de Midas, tras los cargadores que llevan el resto de sus cosas.

—Mi niña bella —Nash le sale al paso.

—¿Dónde estabas? —lo saluda— No te había visto.

—No encuentro a Mon y Par. Nadie los ha visto.

—¿No intentarían cometer hurto de nuevo?

—Ya fui a buscarlos y la autoridad no sabe nada de ellos.

—¡Ah! Es extraño.

—¿Me dejarías ir contigo?

—¿Qué? No, Nash.

—Por favor, Veka —toma su mano—. Me moriré de tristeza si no te vuelvo a ver.

—Pero... tu familia, Nash.

—Estuve con ellos la mitad de mi vida. Saben que voy y vengo por ahí y por allá. Además... siempre puedo volver, ¿no?

—Sí, pero... no soy yo quien decide.

El hombre pequeño sigue el curso de su mirada, que le muestra a Geweld, repartiendo órdenes entre sus hombres. Tiene un vuelco inquietante en todo su ser al verlo.

—Si tú se lo pides te lo concederé —le dice, después de tragar un mar de saliva—. Estoy seguro.

—Nash...

—Si me separan de ti, será como clavarme un puñal en el corazón. Por favor, Veka. Déjame ir contigo. Por favor.

Ven a Geweld acercándose, sonriente, gallardo, poderoso. El hombre que siempre obtiene lo que desea y al que no le tiembla la mano al momento de tomar decisiones.

—¿Lista para partir? —toma sus manos, besándoselas.

—Sí —consiente—. Geweld, quiero hacerte una petición especial.

—¿Cuál?

—Quiero que Nash venga conmigo.

—¡Hum...! —mira al enano con indiferencia— ¡Claro! ¿Por qué no? Tal vez resulte mejor bufón que Oderlof. No hay problema. Será como tu mascota también.

—Eh...

—La más fiel, mascota —acepta Nash—. Lo prometo... mi príncipe.

—Ve a tu carreta que estamos por partir —sujeta con suavidad su barbilla.

—¿Y mi padre?

—Tuve que prometerle por escrito que volverá aquí después de nuestra boda. Como si esa infinita información fuese a desaparecer de un día para otro.

—Ya conoces a mi padre...

—Sí... está loco por el conocimiento.

—No es locura, Geweld, sino...

—Lo que tú digas —la besa y luego la invita abordar su carreta—. Ya quiero regresar.

—Sí.

—¡En marcha! —ordena.

## Capítulo 60

Yendo al frente de la caravana, abandonan Meycrow. Recorren de nueva cuenta el sendero de cantera dorada, pasando las atalayas y torreones. Los guardias de Meycrow los observan. Cuando el último jinete desaparece en la profusa jungla, los hombres se vuelven ceniza junto con sus lanzas. La vetustez arropa la construcción, el sendero se desquebraja y nacen en medio de él hierba, arbustos y pequeños árboles. Las fastuosas efigies de los cisnes a la entrada de la ciudad se desmoronan levemente, perdiendo las hojas de oro que lo recubre. Todo el esplendor dorado es invadido de una costra impenetrable y nauseabunda. En la acera de su posada, Midas se despide de cuantos deambulan por las calles de Meycrow y al igual que ellos se vuelve cenizas. Los montones de oro en las arcas son ahora piedras y guijarros. Los jardines se marchitan; las enredaderas, fuentes, manantiales y caídas de agua se secan y, los altos muros del laberinto, pierden su sólida base, inclinándose y golpeando entre sí, se desquebrajan cayendo algunas zonas; obstruyendo su paso hacia el laberinto del cisne. Éste no sufre modificación alguna.

Al explorar el jardín edénico por el que entraran, Par y Mon descubren algunas hierbas y semillas que podrían ayudar a Pelat con el intenso dolor que sufre.

—¿No es extraño que no sangre? —observa Mevi.

—Sí, pero mejor para él —dice el enano—. Tiene más posibilidades de sobrevivir.

—Mutilado —mueve la cabeza negativamente Par—. Es un hombre de carrera militar. Diestro... quién sabe cómo lo tome.

—Dependerá de su voluntad.

Los dos hombres asienten. Mevi regresa al lado de Edrik, que humedece con un paño el rostro de Sajjara.

—¿Sigue sin reaccionar?

—Ni siquiera escucho de ella un gemido. No tengo idea de cómo está en realidad.

—¿Y Garu?

—Parece sumido en una especie de trance.

—¿Igual que ellos? ¿Qué son, Edrik?

—Los Centinelas. Protectores de la piedra.

—¿Qué es esa piedra?

—Un diamante y al parecer más apreciada que el oro.

—Tiene un brillo mucho más que hermoso —se acerca al círculo—. Podría pasarme los días mirándolo para soñar despierto con la cantidad de cosas que podría hacer con lo que vale.

Se aproxima a ella y el resplandor que emite parece envolverlo. Cree oír voces, pero le es difícil identificar lo que expresan. Escucha también tropel de caballos, gritos de dolor. Por un momento siente que es transportado en medio de un campo de batalla y se ve embestido por cientos de hombres armados.

—¡No te acerques más, Mevi! —la voz de Edrik es como si tirara de él con fuerza y reacciona con cierta agitación.

—¿Qué? —lo mira turbado.

—No sabemos lo que pasaría si tocaras eso con tus manos. No te acerques más.

—Eh... —retrocede asintiendo.

Par toma una piedra y la lanza con cuidado. Ésta atraviesa sin mayor problema el campo de energía. Al ver aquello, Edrik se pone de pie y mira en el suelo su bastón. Recuerda entonces las palabras de Moicha al tenerlo en sus manos: <<Espero sea el indicado>>. Y él mismo preguntándose: <<¿Indicado para qué?>>. Mira de nuevo a los gigantes y la piedra. Ayudado con uno de sus pies, levanta el cayado, sujetándolo con fuerza en su mano.

—¿Qué vas a hacer? —inquieta Mevi cuando se acerca con aire decidido a los gigantes.

—Apártense todos —ordena.

—¿Para qué arriesgarte a lo tonto, hermano?

—Nada tengo que perder.

—¡Espera, Edrik...!

No lo atiende. Sin dudarlo alarga la vara a través del círculo y ésta lo atraviesa sin problema. Luego, toca la piedra. Ante el contacto, los tres hombres que la rozan con sus dedos se ponen de pie. La piedra Meycrow resplandece. Edrik siente cómo se adhiere al báculo y tiene que sujetarlo con ambas manos pues inicia una lucha entre la madera y el maravilloso diamante. Los Centinelas dejan el círculo, observando a Edrik. El báculo parece haber tomado vida. Ve cómo envuelve a la piedra, sujetándola entre pequeñas ramas que surgen de él, afianzándola tal cual una mano, de manera que sobresalen, como luminosos gajos, tres porciones de la piedra. Los Centinelas cruzan mirada y mueven la cabeza afirmativamente. El cayado y la piedra Meycrow se han vuelto uno.

—¿Cómo hiciste eso? —inquieren los enanos.

—Yo no lo hice —espetea Edrik confuso—. Creo... que la piedra y el báculo lo hicieron.

## Capítulo 61

Uno de Los Centinelas se separa de los otros, yendo ante el joven porteño. Alarga sus manos a él, solicitándole el báculo. Edrik mira a Mevi y los otros. Ellos se niegan a que lo entregue, con discreción. El joven levanta la cabeza para ver a la cara al Centinela. Aquel rostro es perfecto. Edrik se encuentra con los ojos castaños más limpios y serenos que jamás haya visto. Le entrega el báculo con la piedra sin siquiera meditarlo, ante la molestia de los otros. El Centinela agradece su decisión con una ligera inclinación y los otros se le unen, mientras él camina delante.

La galería, que hasta ese momento sólo se iluminaba con la luz de la piedra, toma claridad gracias a decenas de antorchas que se encienden a cada paso de los hombres muy altos. Quedan entonces a la vista de todos, tesoros inimaginables, en los que hay, no solo oro, también gemas de exquisita belleza, joyas diversas que se derraman de pequeños arcones. Mevi y los enanos corren a ellas para admirarlas y tomar cuanto les es posible. Edrik permanece en su sitio, un tanto turbado. El deseo de toda su vida, encontrar un tesoro está allí, al fin, pero nada mueve en él. Sólo tiene presente a Veka, suplicándole con sus bellos ojos de oliva, no la abandonara. Todo él la habría obedecido sin dudarlo, pero se sentía obligado con Sajjara y Garu.

—¡Mira todo esto, Edrik! —grita entre risas Mevi— ¡Wow!

—¡Ya no nos llamarán enanos vulgares! —ríe a su vez Par— Sino, ¡señor, enano!

—¡Sí! —ríe a carcajadas Mon— ¡Levantaré mi propia aldea! ¡Que mi propia aldea, mi propia comarca!

—¡Sí!

—¡Voy a comprar un barco veloz! ¡Siempre he querido conocer el orbe! ¡Tal vez en otras tierras encuentre al fin a la mujer de mi vida!

Los Centinelas pasan junto a Garu y suben una pequeña escalinata, hasta llegar a una base revestida de losetas doradas. Colocan el báculo con la piedra al centro. El que lo portara clava una rodilla al piso y lo sujeta de su parte media con ambas manos y los otros dos lo flanquean, de pie, tomándolo con una sola mano. Un círculo de luz que mana de la base comienza ascender lentamente. El krangs despierta entonces de su letargo. Ve el círculo cerca de él vacío. Mira confuso a su alrededor y al descubrir a Los Centinelas, sube con ansiedad hasta ellos. Edrik alarga una mano deseando llamar su atención, pero nada puede decir.

—Gigante —se dirige al de sus recuerdos y el hombre lo mira—. Tú prometiste sanarme. ¿Lo harás ahora?

El Centinela accede. Mira a su compañero y ambos tienden a él su mano libre. Garu las toma, entrando al área que continúa iluminándose.

—¡Ah! —el krangs tensa el cuerpo alzando el rostro.

—Garu —Sajjara recupera el sentido.

Al notarlo, Edrik va a ella.

—¿Qué... ha pasado? —espeta un poco agitada.

—¿No lo recuerdas? Embestiste a Los Centinelas con tus espadas...

—Sí, sí —lleva una mano a su cabeza—. Una fuerza extremadamente potente me repelió. Como si yo misma me hubiese lanzado contra un muro.

Nota los tatuajes oscuros en sus manos, como raíces expandiéndose. Los siente en todo su cuerpo y hasta en su rostro. El pelambre en él se ha caído.

—¿Qué me hicieron? ¡Qué me hicieron, Edrik!

—Fue como la descarga de un relámpago, Sajjara. Creo que fuiste afortunada. A Pelat le destrozaron un brazo.

—¿Y mi hermano? ¿Dónde está mi hermano?

Edrik señala la luz. Sajjara quiere levantarse, pero se siente muy débil para hacerlo sola.

—¡Garu! —Edrik la ayuda.

El grito del krangs se ha apagado. La luz que lo envuelve junto a Los Centinelas no disminuye. Está sobre sus cabezas y no deja de ascender.

—¡Garu! —Sajjara lo llama falta de fuerza.

En medio de aquella luz intensa no logra distinguirlo.

—Garu —llora abrazándose a Edrik—. Hermanito. Haz algo, Edrik. ¡Haz algo!

—¡Mevi! —llama para que lo ayude con ella.

Él se encamina a la base, pero entonces aprecia a los tres hombres y que Los Centinelas dejan libre a Garu. Éste da un paso atrás, abandonando la base. Mira a los dos hombres y luego se vuelve a Edrik. El joven mira a los otros sorprendido. El krangs que ve ahora no es el mismo que subiera momentos antes. La horrible cicatriz que deformaba su rostro, apenas es una tenue línea. Los ojos amarillos lucen revitalizados, conscientes de quién es y cuáles son sus objetivos. Los hombros que caían al frente, como llevando un gran peso, se han enderezado y la expresión del rostro no es más el de un adolescente sino el de un hombre; el más viril de todos.

—¿Garu?

—Sajjara —baja a ella con gran porte.

—Garu —lo mira fascinada, acariciando el rostro, la frente casi perfecta—. En verdad eres tú.

—Soy yo —sonríe—. Mucho más del que antes era.

—¿Cómo...?

—Él cumplió su promesa, Sajjara.

—¡Ah! —se desvanece en sus brazos.

—Sajjara —la toma en ellos y la lleva ante los Centinelas—. Te lo ruego, gigante. Ayuda a mi hermana.

—Lo siento, Garu —responde—. No podemos hacerlo.

—¡Por qué! Me ayudaste a mí, ¿por qué no a mi hermana?

—Debe purificarse primero.

—Pero...

—A partir de éste día —se endereza en su posición—, en el orbe da inicio una nueva Era. Se abrirán muchas puertas y se cerrarán otras. La espera de los que aguardan llegará a su término. Despertarán los que dormían: en la tierra, en las aguas, en los cielos y hasta en el mismo fuego. Proliferarán los reinos, los reyes y pelearán entre sí, buscando el poder absoluto. Sólo uno merecerá ese privilegio y los otros se rendirán sin oposición, ante quien levante el báculo con la piedra Meycrow. Ahora, es preciso que salgan de la montaña. El volcán emitirá una nueva señal

que transformará la vida de muchos.

—Pero...

—¡Salgan de aquí! —ordena con autoridad.

—¡Vamos, Garu! —apremia Edrik cuando el suelo comienza a trepidar bajo sus pies— ¡Mevi, Mon, Par! ¡Hay que salir!

—Pero... ¡el tesoro!

—¡El volcán hará erupción! —va con Pelat para salir con él—  
¡Ayúdenme!

—¡No podemos dejarlo, Edrik...!

—¡Ayúdenme...!

## Capítulo 62

Los tres hombres se miran contrariados. Recogen unos cuantos puñados de oro, gemas, guardándolos en sus bolsillos con apremio y van a él para ayudarlo con el capitán. Garu camina delante, con Sajjara en sus brazos. Dejan la galería, salen al hermoso oasis donde la cascada escupe de pronto lava hirviendo.

—¡Corran! —apurán sus pasos.

Los Centinelas dirigen su mirada a la piedra engarzada ahora con el báculo. Ésta emite un intenso haz de luz que escapa con potencia, horada la roca, abriéndose camino por ella hasta alcanzar el mar de lava en el cono del volcán. Una primera detonación obliga a todos detenerse y mirar hacia el cielo. Un rayo se pierde en el intenso y limpio azul del firmamento.

—No hay que detenernos —impele Edrik retomando carrera.

El rayo, duplicando su intensidad regresa a su punto de partida. Cuando atraviesa de nuevo el magma, éste se petrifica en el acto, se desquebraja y estalla de pronto en una profusa e intensa luz dorada. Un nuevo estallido los arroja al suelo. Del volcán escapan entonces tres estelas áureas que ascienden tal cual un relámpago, dibujan una elipsis y luego descienden, perdiéndose en el horizonte. También, del volcán escapan, como olas imparables, diversos pulsos de energía con tonalidades distintas. Se expanden hacia todo el orbe en un fuerte vendaval. Arrastra a Edrik y los otros, pero Garu se mantiene en pie, viendo cómo los cielos adoptan infinidad de colores.

—Deberías verlo, Sajjara —besa su frente—. Es hermoso.

Edrik experimenta algo extraño dentro de él. No comprende qué es. Un halo de color azul lo envuelve y penetra su cuerpo sin que él pueda evitarlo. Frota ligeramente las yemas de sus dedos entre sí y brotan de ellas chispas de color azul. Sonríe sorprendido. Mira todo a su alrededor y le parece diferente. Él se siente diferente. Su cansancio y tristeza han desaparecido. Hay una nueva fuerza en su interior. La siente moverse por su cuerpo, impregnándolo. Mevi, Par y Mon continúan tendidos en el suelo, cubriéndose la cabeza con sus manos. Mira a Garu con Sajjara aún en sus brazos, viéndolo con fijeza.

—¿Estás bien? —inquire y el krangs consiente con un movimiento de cabeza.

El peculiar oleaje alcanza la caravana comandada por Geweld. El viento intenso asusta los caballos, arranca la lona que cubre las carretas. Veka siente que algo la atraviesa de repente. Un fulgor oliváceo estalla en sus ojos. Escucha claramente el latido de su corazón y otro más en su vientre. Lleva sus manos a él con azoro.

—¿Qué pasa, bonita? —va a ella Nash al verla palidecer de pronto.

—¿Sentiste eso? —lo mira sin salir de su turbación.

—¿La ventisca? Sí. Estuvo fuerte, pero ya pasó. ¿Te asustaste?

—Eh... sí. Sí. Arrancó el techo...

—No se lo llevó lejos. Allí lo traen de vuelta.

Con las riendas bien asidas en sus manos, Geweld disfruta la manera en que aquella energía extraña lo abrasa. En sus ojos azules, un halo oscuro los llena de pronto. Le produce demasiado placer. Mientras se enfilan hacia el puerto piensa que su padre no ha sido el rey que debería ser. Se ha portado demasiado indulgente con sus enemigos. Con él al mando, el nuevo orden será implacable.

Después de deambular durante tres días por aquella zona desértica, Edrik y compañía encuentran un afluyente de aguas cristalinas. Garu se arrodilla a la vera húmeda y vierte sobre los labios resecaos de su hermana gotas de agua. Todos beben, refrescan y se lavan. Edrik levanta la mirada al cielo. La noche está por declinar y aquellos destellos irisados en el firmamento continúan palpitando. El grupo se arrellana junto a la corriente de agua para dormir un poco. Él se aleja. Se retira del área como lo ha hecho también los días anteriores. Baja una pequeña colina hasta lo que en algún tiempo fue el lecho de alguna laguna. Revisa cuanto le rodea y fija su atención en las piedras de mayor tamaño. Luego, extiende una de sus manos a ella, concentrándose en un mismo punto. Mueve la mano hacia un extremo y la piedra que mira rueda al mismo.

—¡Sí! —espeta emocionado.

Luego, endereza su postura. Dirige su mano al mismo lugar, pero la abre de manera que pueda recibir algo en ella. La piedra en el suelo se levanta y acude a su mano, pero golpeándola con demasiada fuerza.

—¡Ah...! —se duele, envolviéndola contra su vientre.

La toma del suelo con rabia y la lanza con fuerza frente a él. Garu la recibe en su mano, a la altura de su cabeza. La aplasta en su puño, rompiéndola.

—¿Qué haces? —inquire.

—Nada —responde sin dejar de sobar su palma.

—He notado cómo te alejas todas éstas noches.

—Sólo busco un momento a solas. ¿Te molesta?

—Mi hermana te necesita, ladrón.

—¿Sí? Tú no me das espacio suficiente para cuidarla.

—Tú no eres el hombre que necesita a su lado.

—¿Por qué no la convences de ello?

El krangs lo sorprende, tomándolo de sus ropas para elevarlo a su altura y que mire de frente sus intensos ojos amarillos.

—Está obsesionada contigo —espetá—; pero no se ha dado cuenta todavía. Tu corazón, tu mente están con la otra en lugar de con Sajjara. De haberme encontrado entero... le rompo el cuello a Veka mucho antes de Meycrow.

—Veka es inocente, Garu. Si quieres lastimar a alguien, romperle el cuello, ese soy yo.

—Mi hermana te quiere. Yo respeto sus sentimientos. Vas a seguir a su lado y hacerla feliz el tiempo que ella misma decida. De lo contrario...

—Me rompes el cuello y allí termina la historia.

—No. No será así, ladrón. La buscaré y será a ella a quien asesine.

Lo deja libre y vuelve sobre sus huellas. Edrik no despega su mirada de la ancha y fuerte espalda. Su miedo por la seguridad de Veka aumenta.

## Capítulo 63

Cansado de su camarote, Certar sale a cubierta para tomar un poco de aire y admirar los distintos colores que emite el cielo. En su camino se encuentra con Nash, sentado sobre un grueso manojó de cuerda. Con un movimiento de cabeza, el enano le indica dónde está Veka. Deshaciéndose en suspiros atribulados, el profesor encuentra a su hija apoyada en la batayola. La abraza por la espalda y plasma sus labios en su cabeza.

—Deberías estar durmiendo —le dice.

—No tengo sueño —suspira, rozando con su mejilla le mano en su hombro.

—No me gusta verte triste, cariño. Tú no eres así.

—Este viaje no fue como los anteriores, padre. En aquellos dejábamos cada ciudad, aldea o continente revitalizados y con deseos de ir por más. Esta vez... no ha sucedido así. No para mí.

—Veka.

—¿Te molestarás si te digo que no volveré a salir contigo en expedición alguna? Me casaré con Geweld y me dedicaré de lleno a nuestro matrimonio.

—Veka —la toma por la barbilla para que lo vea de frente—. Tú no amas a Geweld.

—Con el tiempo aprenderé...

—No, hija. Cuando uno experimenta el verdadero amor, no es sencillo olvidarlo. No te cases.

—¿Qué? —sus palabras realmente la sorprenden— Pero... perderás el financiamiento del reino.

—Está bien. Es momento de asentarnos.

—¿Lo dices en serio, padre? —sonríe.

—Hay veinte años de trabajo acumulado en casa. Pondremos todo en orden. Volveré a dar clases, tú puedes abrir tu taller al público...

—¡Sí! —lo abraza— ¡Sí, padre!

—Juntos saldremos adelante, cariño.

Con nuevas esperanzas en ambos, regresan bajo cubierta.

—Te amo —Certar besa su frente dejándola en su camarote.

—Y yo a ti, padre. Buenas noches.

—Descansa, cariño —sonríe y permanece en el pasillo hasta verla entrar a la pieza.

Él entra entonces a su camarote. Arregla su camastro y aligera sus ropas para acostarse. Al volverse para colgar en un gancho su saco, topa de pronto con Geweld. Los ojos del príncipe lucen nublados, circundados por un halo oscuro y frío.

—Me... decepciona, profesor —espeta con gravedad—. Prácticamente, usted y Veka gozan de tanto prestigio y admiración en el reino, gracias a nosotros.

—Geweld...

—Gracias a mí —aprieta los dientes y hunde de pronto su mano en el pecho de Certar.

—¡Ah...! —gime, con dolor y sorpresa.

—He condescendido tanto a ambos.

—Ge... weld...

—A mi padre le parecía pérdida de tiempo tantos viajes aquí y allá. Pero yo lo convencía, que esos viajes nos abrían las puertas para conquistar nuevas tierras. ¿Y es así como me paga, profesor?

Retuerce su mano dentro de su pecho y Certar pierde fuerza en sus piernas. Quiere gritar pidiendo auxilio, pero no puede. Mira con angustia el deformado rostro de Geweld: desencajado por la rabia, el odio.

—Mi... hija... —balbucea.

—No se preocupe por ella, profesor. Prometo cuidarla bien.

Estruja en su mano el corazón de Certar y el profesor se estremece bajo su peso. Su aliento se corta y sus ojos quedan fijos en el príncipe. Éste retira su mano del interior del pecho y sale limpiamente, sin dejar marca alguna en la piel. Geweld la mira detenidamente por unos

instantes.

—Maravilloso —sonríe, arpegiando los dedos.

Se encarga de cerrar los ojos del hombre y luego lo recuesta cuidadosamente en su camastro. Veka no debe sospechar absolutamente nada. Luego, abandona el camarote en silencio. Sale a cubierta, sintiéndose agitado, inquieto. Frota sus manos contra la batayola. Ve que acude a ellas un flujo destellante, que expele a su vez un halo denso, las cubre y guía hacia la mar, liberando dos potentes rayos que golpean la superficie del agua, levantando y resoplando ligeramente el oleaje.

—Tranquilo —frota sus manos entre sí—. Debes controlarlo. Sea lo que sea... debes controlarlo.

Al tocar la cima de aquella montaña desnuda, los caminantes encuentran un panorama totalmente distinto al de sus espaldas. Un bosque profuso baja a un valle lleno de vida, pastos altos, verdes; ciervos, aves surcando el cielo, de nuevo azul. Por la ladera baja un arroyo, que se ensancha, crece y cae en una hermosa, fresca cascada, a un afluente rápido, violento. Cuando llegan al punto en que se calma, pueden pescar algo y comer.

—¡Mmm! —disfrutan como nunca cada bocado.

Edrik alimenta a Sajjara con pequeñas porciones.

—¿Cómo te sientes? —acaricia sus mejillas.

—Me parece que mejor —responde—, pero no tengo en mis piernas toda mi fuerza todavía.

Con sumo cuidado, Mon quita el improvisado vendaje que cubre el muñón de Pelat. El hombre va de la conciencia a la inconciencia de un día a otro.

—¿Cómo lo ves? —lo detiene Edrik camino al río para lavar los vendajes.

—Creo que va a librarla —contesta—. El tipo es fuerte después de todo.

—Sí —palmea su hombro dejándolo hacer su trabajo.

—¿Dónde está mi hermano?

—Ha tomado el mando en sus manos. Nos ordenó quedarnos aquí mientras él explora. Cree conocer estos bosques. Dijo que si encontraba

ciertos montículos podríamos llegar en unos días a Krangland.

—Krangland. No vamos allí desde que Sajthí nació.

—¿Qué lugar es ese?

—El de mi visión —alarga una mano para tocar su rostro—. Una villa que construyó mi pueblo hace muchísimo tiempo. Cuando estábamos en guerra, nuestros padres nos enviaban a Krangland para protegernos. Además de educarnos, allí los adultos de los que dependíamos, nos entrenaban. No sólo para pelear si se presentaba la ocasión, sino para construir armas: arcos, flechas, dagas, espadas... lo que se necesitara.

—¿Contra quién entraban en guerra?

Ella no responde. Mira sus manos, con esos tatuajes que le son dolorosos.

—Sajjara...

—¿Esto desaparecerá? —los roza suavemente, pero ello la lastima.

—Estoy seguro que sí. Sólo necesitas reposo.

## Capítulo 64

Con dos tazas de infusión en una pequeña charola, Veka llama al camarote de Certar. Luego entra, sonriente, descansada, con una multitud de planes en su cabeza.

—Padre, ¿sigues dormido? —va a su lado para moverlo.

Ante su no reacción lo vuelve a ella por completo. Su extrema palidez es un golpe cruel para la joven.

—¿Padre? —deja caer su taza al piso— ¡Padre!

Al regresar, Garu conduce una carreta y arrastra también consigo tres caballos ensillados.

—¿Dónde los conseguiste? —inquire Edrik, confuso.

—No te importa —va por su hermana para subirla al vehículo.

—Los robaste —afirma.

—Los pedí prestados —lo encara dispuesto a golpearlo si el joven abre la boca una vez más.

—Garu —llama Sajjara—. Por favor, hermano.

—No fastidies mi paciencia.

—Deja de llamarme ladrón.

Se hacen al camino de inmediato. Garu, Mevi y Edrik cabalgan a buen ritmo. Mon y Par se turnan para guiar la carreta, mientras que Sajjara y Pelat descansan en el interior. Después de varios días en la inconsciencia, el capitán se espabila. Tendida de espaldas a él, Sajjara duerme profundamente. Mon y Par mantienen un diálogo constante, discutiendo su futuro. Él tiene una idea fija en su cabeza: escapar. No duda en hacerlo. Baja de la carreta justo en el momento que reducen la velocidad para tomar una curva pronunciada. Algo trastabillante, el capitán desciende por una pendiente arbolada, internándose en el bosque. Camina, corre por breves espacios y de pronto se detiene, atraído por el azul del cielo, que se abre por encima de su cabeza. Transpira profusamente y su rostro se viste de palidez. Camina sobre su propio eje,

sin dejar de mirar hacia arriba.

—¡Qué silencio! —espetá.

El resquebrajar de rama seca llama su atención y al bajar los ojos de entre los árboles escapa un furioso oso grizzli que corre directamente a él, en medio de erizante gruñido.

—¡Ah...! —cierra los ojos tendiendo su única mano a la bestia.

El chasquido de un relámpago lo sobresalta y se lanza al suelo. Se hace ovillo en sí mismo, aguardando el fiero ataque, más nada sucede. Confuso levanta la cabeza y ve al oso tumbado, con su pelaje humeando. Se levanta yendo a él con todo el cuidado que es capaz. Paso a paso, confuso. Se detiene, mira entorno. Se sabe solo y tiene miedo. En su cabeza hay demasiados huecos vacíos. ¿Quién es él? ¿Qué le ha sucedido? ¿Y al oso? El intenso hedor a quemado lo obliga a cubrir su nariz.

—Está muerto —dice—. Pero, ¿cómo?

Al acercar su mano al animal, ésta despide aún algunas chispas crepitantes. Su ceño se quiebra sin comprender aquella nueva facultad. Frota un poco más sus dedos, emanando de ellos hilillos de energía que saltan alrededor: siega hierba fresca, enciende la que está seca; las piedras brincan en su lugar. La inexpresiva faz se transforma entonces. Primero en una sonrisa tímida; luego, en una risa reconfortante y, por último, trepida en una carcajada siniestra.

Con el corazón desecho por el dolor, Veka despide a su padre. De rodillas junto a la camilla en la que reposa, en una sonrisa cansada, mira por última vez el amado rostro de su padre. No le quedan fuerzas para dirigirle unas últimas palabras, pero plasma sus resechos labios en su fría frente. Geweld, con extrema suavidad la aparta y a una orden suya ordena que el cadáver, envuelto en frazadas, sea arrojado al mar. La joven se abraza a él llorosa. El príncipe la estrecha cálidamente.

—Todo va a estar bien, querida mía —acaricia la femenina cabeza.

Ante la vista del caserío asentado en aquella meseta rodeada de montañas y bosques, Garu lanza un grito de alegría y se adelanta a todo galope. Mevi y Edrik lo siguen a poca distancia. El krangs desmonta con agilidad ante la casa principal, de piedra y troncos. Abre las puertas de par en par, lo mismo que ventanas y balcones. El lugar está vacío, pero en perfectas condiciones. Entre todos, pronto asean una habitación para

Sajjara.

—¿Estás cómoda? —Edrik arregla algunas almohadas a su espalda.

Ella no responde; lo sujeta de sus ropas y lo besa. Él entra con ella al lecho, dispuesto al placer. Abre sus ropas, la de ella, pero apenas desliza sus manos por su piel.

—No —lo rechaza doliéndose.

—¿Qué pasa?

—Tus manos me lastiman —solloza.

—Perdón, Sajjara —se levanta y arregla sus ropas.

—Déjame sola, ¿sí? —se arrellana en el lecho, dándole la espalda.

—Está bien —consiente y la deja.

En el pasillo, sin poder evitarlo, el joven libera un suspiro de alivio. Ella, en cambio, rompe a llorar.

De un solo hachazo, Garu parte más leña que Mevi y los enanos juntos. Ellos lo observan e intentan imitar sus movimientos, pero no logran astillar la pieza más pequeña. El krangs ríe divertido, sin romper el ritmo de su trabajo. Antes del anochecer ha partido toda la leña necesaria para algunas semanas.

## Capítulo 65

Ataviados de blanco y oro, bajo una lluvia de pétalos de flores, los nuevos esposos, Geweld y Veka, príncipes de Bellum saludan a su paso a sus súbditos.

—¿Eres feliz? —Geweld se engancha a su brazo y la besa.

—Sí —sonríe palmeando con ternura la varonil mejilla.

La noche cae en la villa krangs. Edrik abre aquel ventanal con puertas de madera plegables, que le da salida a una espaciosa terraza. Desde ella tiene una hermosa panorámica de las cercanas montañas y el profundo cañón que se extiende más allá de lo que sus ojos alcanzan a ver. Sus pensamientos están llenos de Veka. ¿Dónde está? ¿Con quién? ¿Pensará en él? Cierra los ojos y de nuevo están juntos. Sus manos acarician sus finas facciones. Ella le aparta un largo mechón de cabello que le cae en el rostro. No hay palabras, pero sus ojos no dejan de mirarse y prometer estar de nuevo juntos pronto.

—Pronto —apenas dice.

—¿Edrik? —escucha a sus espaldas y se espabila.

Mevi sale, yendo hasta el firme barandal. Se apoya en la baranda y mira en silencio a su viejo amigo por unos momentos. No ve más al muchacho porteño. El vago de Xidon, de manos ágiles que birlaba pequeñas cosas para no llamar la atención y, al que por más que le insistiera, nunca convenció de dar golpes más osados. El Edrik que ansiaba hasta el desespero encontrar tesoros no está más. Ese, estaba seguro, se había quedado en las entrañas de aquel volcán, fundido junto a todo el oro y las piedras preciosas que dejaran.

—¿Es verdad que tú y Sajjara se quedarán aquí? —habla al fin.

—Sí —acepta.

—¿Para qué? Aquí no hay nadie más.

—Sajjara me necesita, Mevi. Ella no puede volver a Mazra...

—¿En verdad es lo que quieres, viejo?

—Es lo que debo hacer —palmea su hombro con aire resignado.

—Escucha, yo...

—Quieres regresar a Xidon. Por mí no te detengas, amigo. Sólo te ruego que busques a Edwina y le digas que estoy bien. Que en cuanto Sajjara recupere fuerzas iremos a visitarlos...

—A conocer al sobrino, porque de seguro ya nació.

—Sí —esboza una sonrisa.

—Y para entonces, quizás tú y Sajjara...

—Tal vez —consiente—. Ella no ha hablado nada al respecto.

Esa misma noche, durante la cena, Mon y Par anuncian también su decisión de volver en compañía de Garu y Mevi.

—Y Pelat, ¿dónde quedaría?

—¿Quién lo sabe?

—Ni siquiera nos dimos cuenta en qué momento dejó la carreta.

—Dudo que sobreviva.

—Quisiera poder decir que lamento su suerte, pero no es así.

—Si me lo preguntan —Mevi da un trago a su copa—. A mí tampoco me interesa.

—¿A quién sí? —inquire Par y nadie a la mesa responde.

\*\*\*

—¡Ah! —exhala satisfecho Geweld

Aparta el cabello que se pega en el rostro sudoroso de Veka y la besa repetidas veces.

—Gracias por no decepcionarme —no deja de besarla—. Imaginé tantas veces éste momento y superó mis expectativas. Eres exquisita.

Buenas noches.

Le da un beso más y se tumba su lado, dándole la espalda para dormir. La joven permanece un tiempo en su misma posición. Luego, segura de que él duerme, deja el lecho y entra al baño. Mira en el espejo del lavabo las marcas de los dientes de Geweld en sus hombros, sus brazos, su vientre. Un mar de lágrimas se desborda de sus ojos.

Garu se sienta al lado de su hermana. La enreda entre sus brazos con cuidado para hablarle con extrema ternura.

—¿Qué quieres que le diga a mamá?

—Que estoy bien, Garu.

—Pero no estás bien, hermanita. Aunque no lo expresas, sé que sufres. Que sientes dolor. ¡Maldita sea! De saber que mi sanación te traería a ti dolor, habría preferido continuar siendo un idiota.

—No hay marcha atrás, hermano —sujeta su mano—. ¿Recuerdas?

—Sí, pero...

—Orash estará más que feliz al ver regresar a su sucesor a casa. Al guerrero bravío de nuestros cantos y leyendas.

—Madre querrá venir a cuidarte.

—Él no se lo permitirá.

—Padre no puede detenerla mucho tiempo. Me lo llevaré de cacería. La tendrás aquí con Sajthí antes del invierno. Lo verás.

—Sí.

Después de comer, los cuatro hombres parten.

—¿Necesitas algo? —Edrik la ayuda a recostarse.

—No. Quiero dormir.

—Bien —la besa y la deja.

Él toma la tarde para recorrer la villa, cada una de las viviendas. En algunos baúles encuentra ropa diversa, botas y algunas armas. Vuelve al lado de Sajjara, pero ella continúa dormida. Sale de nuevo. Sigue una

explanada rocosa que sube a la parte más alta de la villa. Desde ella tiene una panorámica más amplia de dónde se encuentra. Ni montañas, ni bosques ni corrientes de aguas que aprecia en la lejanía le parecen familiares. Está lejos de todo: de su hogar, de su familia, del puerto que lo viera nacer, pero principalmente, está lejos de Veka.

El sol descende en el horizonte. Abajo, Krangslan, con sus pequeñas calles y su centenar de cabañas se cubre de sombras. Un viento fresco que llega del sur alborota sus cabellos largos. Empuña las manos, apretándolas con fuerza.

—¡¡Veka...!! —grita, todo pulmón.

Fin.

TIERRA DE HECHICEROS

PRIMER LIBRO

MEYCROW.